

SUMARIO

Editorial

Acompañar en la esperanza

P. Raúl O. Méndez.

En la cama del dolor, la misericordia de Dios

Pbro. Andrés Tello Cornejo.

Un pastor que anima la esperanza del pueblo. El Cardenal Pironio y la esperanza

Pbro. Pablo M. Etchepareborda.

Testigos del invisible. Consuelo y esperanza

Card. Carlo María Martini.

¿Qué certezas en un mundo de insertidumbres?

Mons. Eduardo Briancesco.

La esperanza de la comunión y la comunión de la esperanza

Pbro. Eduardo Casas.

Legado teológico-pastoral de Monseñor Sueldo

P. Gerardo Ramos SCJ.

La reforma económica de la Iglesia en la Argentina. Evaluación del plan “COMPARTIR”

Mons. Carmelo Juan Giaquinta.

La espiritualidad de los administradores públicos de los bienes materiales en la Iglesia

Pbro. Rafael Braun.

El coraje de ser testigos

Mons. F. X. Nguyen van Thuan.

III° Encuentro Nacional de Sacerdotes Villa Cura Brochero.

Editorial

Consuelen, consuelen a mi Pueblo, dice el Señor...

Preparen en el desierto un camino, que se rellenen todos los valles y se aplanen las montañas y colinas (Isaías 40, 1-4)

Desde el año pasado, los obispos argentinos, en diversos mensajes al terminar sus reuniones de Asamblea Plenaria o Comisión Permanente, vienen dando su palabra para iluminar esta crisis que se vive en Argentina y animar en la esperanza. (cfr. *La Nación, el presente y la esperanza*, 80° AP, noviembre de 2000; *Hoy la Patria requiere algo inédito*, 81° AP, mayo de 2001; *Queremos ser Nación*, 129° CP, agosto de 2001; *Carta al Pueblo de Dios*, 82° AP, noviembre de 2001)

Nosotros, sacerdotes, somos testigos directos de las consecuencias de la crisis en la vida de nuestra gente. En nuestra tarea pastoral en parroquias, capillas, barrios, hospitales, universidades, con trabajadores o profesionales, etc., etc., somos requeridos para dar una palabra de *consuelo* y alimentar la *esperanza*.

“Pero esta crisis no es sólo un problema estadístico. Ante todo es un problema humano. Tiene nombres, apellidos, espíritus y rostros. Y lamentablemente a los excluidos ya los contamos por centenares de miles. Acostumbrarnos a vivir en un mundo con excluidos y sin equidad social, es una grave falta moral que deteriora la dignidad del hombre y compromete la armonía y la paz social.” (La Nación, el presente y la esperanza, n° 6, parr. c)

“... Nombres, apellidos, espíritus y rostros.” Rostros que nosotros, sacerdotes, conocemos. Nombres que para nosotros son personas que sufren, se desaniman y caen. Genta de nuestras comunidades o barrios que comparten con nosotros su dolor y muchas veces (sino siempre) nos dejan impotentes.

“¿Quién piensa el futuro de Argentina? ¿Cuál es el proyecto de país que oriente nuestra acción? ¿Qué hacer para generar esperanza?...” (Hoy la Patria requiere algo inédito, n° 8) “Dado que la crisis afecta a los vínculos sociales, se hace necesario que, con imaginación y creatividad, todos participemos en recomponerlos, sea en la familia, que es el fundamento de la sociedad, el barrio, el municipio, el trabajo o la profesión. Hoy la Patria requiere algo inédito. Dondequiera que estemos podemos hacer algo para generar mayor comunión. Nosotros mismos, como ministros de reconciliación, unidad y comunión, nos comprometemos a intensificar nuestro trabajo en la reconstitución de esos vínculos.” (Hoy la Patria requiere algo inédito, n° 12)

Este número de *Pastores* pretende ayudar en la reflexión interior para que podamos ser ministros de consuelo, reconciliación y esperanza. Nosotros, sacerdotes, nos preguntamos también cómo generar esperanza. Porque cuando ya nadie da respuestas, el pueblo de Dios se acerca a sus ministros para encontrar una palabra, una acción, un gesto solidario que permita seguir caminando.

“¡Queridos hermanos y hermanas! Animémonos a una esperanza solidaria y operativa que, arraigada en la fuerza del Bautismo, enfrente los problemas de cada uno, del vecino, del compañero de trabajo, del barrio, de la ciudad, de la propia Provincia, de la Nación entera. Un auténtico espíritu cristiano implica esfuerzo creativo. Más que lamento es aliento, más que pesimismo es una confianza generosa que no se deja vencer. No espera pasivamente el cambio, se compromete con él. Actúa con la pasión de quien espera, lleno de magnanimidad y de arrojo. La fe en Cristo muerto y resucitado nos

obliga a ser protagonistas de la historia mediante una vida fundamentada en la verdad, la justicia, el amor y la solidaridad.” (Carta al Pueblo de Dios, n° 5)

Hoy más que nunca nuestro ministerio tiene que estar lleno de acciones que fortalezcan los lazos y vínculos familiares y sociales. Hoy más que nunca debemos ser ministros de comunión y de esperanza.

Comenzamos este número de *Pastores* con dos testimonios. El Padre P. Raúl O. Méndez, de la Diócesis de Formosa, nos presenta una reflexión sobre cómo animar en la esperanza en nuestra tarea pastoral cotidiana. El P. Andrés Tello Cornejo, de Buenos Aires, comparte su experiencia como Capellán del Hospital Muñiz, donde acompaña a los enfermos infectados de HIV.

Luego presentamos un grupo de reflexiones teológicas y espirituales. El P. Pablo M. Etchepareborda, de la diócesis de Mar del Plata, nos presenta un trabajo sobre el tema de la Esperanza en los escritos del Card. Eduardo Pironio. Publicamos, del Card. Martini, un capítulo del libro “Itinerario espiritual del cristiano”, donde se muestran los fundamentos del consuelo y la esperanza en la vida apostólica. Y terminamos este grupo de reflexiones, con un texto de Mons. Eduardo Brianceso, Profesor de la Facultad de Teología (Buenos Aires), en torno a las certezas necesarias para vivir en medio de un mundo lleno de incertidumbres.

A partir de la “*Novo millennio ineunte*”, el P. Eduardo Casas, de la Arquidiócesis de Córdoba desarrolla, en una reflexión pastoral, la invitación del Papa Juan Pablo II sobre la necesaria tarea de trabajar en y por la comunión como camino de esperanza. Lo hace a través de un texto presentado en la Jornada Pastoral Arquidiocesana de Córdoba.

Un estudio del P. Gerardo Ramos SCJ nos permite hacer presente la figura de un pastor muy querido entre nosotros, que animó en la esperanza a su pueblo: Mons. Gerardo Sueldo, Obispo de Santiago del Estero (1995-1998).

Terminamos con dos artículos que tratan sobre el manejo de los bienes materiales en la Iglesia. En medio de la crisis económica y social, donde tantos recursos se necesitan para ayudar a nuestros hermanos, transcribimos la exposición de Mons. Carmelo Giaquinta, Arzobispo de Resistencia, en la Asamblea Plenaria de mayo de 2001, donde hace una evaluación del *Plan Compartir*. Finalmente un texto del P. Rafael Braun, de Buenos Aires, que reflexiona sobre la tarea del sacerdote como administrador de bienes materiales en la Iglesia.

Esperamos que este número de Pastores nos ayude a mirar nuestro ministerio pastoral como instrumento de consuelo y esperanza para el Pueblo de Dios. La Navidad que se acerca, nos ilumine para crecer en la “esperanza que no defrauda”. ¡Feliz Navidad!

Testimonio

Acompañar en la esperanza

P. Raúl O. Méndez

Diócesis de Formosa

Alégrense en la esperanza (Rom. 12, 12) Que el Dios de la esperanza los llene de alegría y paz en la fe, para que la esperanza sobreabunde en ustedes, por obra del Espíritu Santo (Rom. 15, 13)

¿Cómo animar a la esperanza si muchas veces nosotros mismos experimentamos el peso del desaliento? No sólo por alguna limitación o fracaso pastoral sino también por estar palpando cotidianamente muchas situaciones de impotencia e injusticia que padece la gente de nuestras comunidades, corremos el riesgo de vernos abrumados y tentados a desesperar.

Sin embargo, frecuentemente vivimos experiencias que nos van dando un poco de luz a la hora de acompañar pastoralmente y seguir apostando a la esperanza.

Recuerdo que hace pocos meses, cuando la situación económica se fue tornando alarmante, iba a una comunidad rural muy humilde donde celebramos la misa solamente un domingo al mes. Ese día el Evangelio hablaba del hombre que quería acumular sus bienes. Venía pensando en el camino cómo hablar de la codicia, sin caer en acusaciones a los codiciosos del momento.

Al llegar el momento de la homilía hice referencia someramente a la situación económica y el panorama social del país. Buscaba ser cercano a la vivencia de la gente tratando de identificarme con las penurias que estaban pasando estos campesinos. Mientras me esforzaba por ser simple y a la vez no ensombrecer más el panorama, les pregunté qué podíamos hacer como cristianos. Entonces una mujer me dijo: “Padre, nosotros ya estamos acostumbrados a vivir así, hace mucho que no vemos plata, lo que tenemos que hacer es dar gracias porque Dios nos da salud que es lo más importante para seguir viviendo”

De pronto en esa expresión sencilla y lejana de todo conformismo, se me hizo clara la fuerza de la fe y la confianza en Dios. A la vez me pareció como si yo estuviese en otro mundo y me di cuenta que estaba transmitiendo vivencias mías y desesperanzas propias. Cuántas veces habré predicado sobre lo importante y lo fundamental en nuestra vida de cristianos, sin embargo allí me sentía un alumno aprendiendo de una sabiduría más honda y transparente.

“...lo más importante...” esa expresión no era un dicho más. Surgía del fondo de muchos despojos y dolores cotidianos, una nitidez que brota del sufrimiento y a la vez de la confianza en quien no defrauda.

Esa misma semana, hablaba con un hombre joven, que vive de la pesca. Me comentaba que no había quien compre y que además se sumaba la sequía y el río que retaceaba sus frutos a los pobladores del lugar. Mientras escuchaba sentía una angustia y un deseo de ofrecer algo y casi espontáneamente dije: parece que todos los males vienen juntos. Y el muchacho respondió: “Acá lo más importante es que no nos falta la salud y por eso podemos subsistir, siempre hay alguna manera de armar el puchero.”

Otra vez la misma sensación: tratando de animar a la esperanza resulta que era yo animado a la esperanza.

“...lo más importante...” no significa desconocer la realidad sino que se trata de poner la mirada en aquel horizonte que da sentido a todo el paisaje de la vida.

En otra oportunidad celebrábamos el aniversario de una localidad. Tratando de alentar a la gente propuse hacer memoria de los primeros pobladores. Los familiares traían los nombres de sus abuelos y recordaban los primeros momentos vividos en esa localidad. Muchos aportaron las distintas vivencias de esos tiempos duros de colonización, el entusiasmo y la decisión de los abuelos. Pero no faltó quien hizo nuevamente este aporte: “Tenían mucha fe en Dios y la Virgen y no les faltaba salud.”

Fe y salud. Yo había pensado otras cosas para hablar de la esperanza, tuve que asentir a esa certeza que experimentan los pobres: Dios nos acompaña dándonos salud, y esto es lo más importante.

Es una certeza que se va aprendiendo en el camino, y que hoy escucho como si fuese una melodía constante: en las oraciones espontáneas, en las plegarias inocentes de los niños, en los ojos profundos de los ancianos: con la salud es suficiente.

Y empecé a hablar de la salud que trae Jesús, de la salud del alma que inspiran sus palabras. Y me di cuenta que tenía que hablar de la vida, y de lo lindo que es ver crecer la vida a pesar de tanta muerte.

Me llevó a pensar mucho, a veces queremos dramatizar la vida, ciertamente que hay dramas, pero esta gente me va enseñando a no ser dramático y eso es posible porque la mirada está puesta en "...lo más importante.": Dios nos da la salud, que no es solamente la salud física, es el deseo de vivir y la capacidad de estar en sintonía con todo lo que ello implica.

Pantaleón, un diabético que ya tiene cortadas las dos piernas, cada vez que llego a su casa, en la que vive solo, me saluda con una sonrisa amplia. Cuando le digo: "Cómo estás" me contesta, "Habiendo salud, todo está bien."

Un día él me explicó así la vida eterna: "Cuando me muera voy a andar paseando un tiempo porque tengo que ir a buscar una pierna que dejé en Resistencia y otra en Formosa; porque en el cielo dice que uno está enterito, y voy a venir a buscar mi camiseta de River para jugar al fútbol en el cielo."

Lo recuerdo y mis pequeños dolores parecen desaparecer ante esa certeza de vida plena, ante "...lo más importante"

Que Dios nos da la salud significa que nos da la vida, y vida que no se acaba.

Todavía me queda mucho para aprender, solo les puedo decir que me parece que alentar en la esperanza es afirmar la vida y ser discípulos y apóstoles de esta vida en la Iglesia Madre. Me viene como un grito al corazón la exhortación del apóstol: Alégrese en la esperanza. Allí esta la clave, que Dios nos libre de ser especialistas en sombras y no testigos de la luz.

Los tiempos duros son como un caminar en el desierto, y se trata de andar allí con una certeza: que en algún lugar el desierto esconde un pozo de agua fresca.

Los presbíteros conocemos al menos de oídas el secreto para llegar a los pozos. Es que a veces tenemos que hacer la experiencia de confiarnos totalmente y creer; la certeza aleja las tristezas. Ayudarnos mutuamente, en nuestros presbiterios, a ver qué es "...lo más importante".

Jesús en la Eucaristía se sigue haciendo pequeño en nuestras manos como para decirnos: tú eres grande, recuerda tu dignidad. Creo que alentar la esperanza, desde nuestro ser sacerdotes, hoy significa hacerse pequeño y sencillo en la comunidad para que así pueda brillar la grandeza de la dignidad de todos los hijos de Dios.

Cuando sabemos lo que somos, lo que poseemos como don, cuando reconocemos "lo más importante.", eso nunca nos puede ser quitado.

Presiento que estas experiencias humanas, vividas en la simplicidad de nuestros postergados campesinos, tienen un sabor de universalidad; y que en el anuncio del Evangelio hay notas que se repiten como música de fondo en muchas realidades y tiempos.

Que el Dios de la Esperanza, de la Salud que viene de la Cruz nos sostenga alegres, como el peregrino que vislumbra la meta, porque la lleva ya desde el comienzo en su corazón, caminando como quien ya está viendo lo invisible.

Testimonio

En la cama del dolor, la misericordia de Dios

*Pbro. Andrés Tello Cornejo Capellán del Hospital de Infecciones
"Dr. Francisco Muñiz" Arquidiócesis de Buenos Aires*

Leo la revista, pero no imaginé ser leído: me da un poco de calor. El mes pasado, en la Semana del Clero, el P. Eguía Seguí, me pidió que escribiera para "Pastores" un testimonio acerca de mi tarea pastoral y la esperanza.

En marzo del 98 llegué al Hospital Muñiz como capellán. Había estado como seminarista ayudando al capellán, el P. Jorge, en el 92 y 93, y me quedó ese deseo de "cuando me ordene, me gustaría volver como sacerdote".

El Hospital es un mundo: médicos, enfermeras, estudiantes, personal de servicio, voluntarios, pacientes y familiares. Pero el corazón de este mundo son los enfermos, especialmente los más sufrientes y los agonizantes.

Al principio, por la noche me venían las imágenes de lo que había vivido durante el día. En el Muñiz hay mucho dolor, dolor que no podía llegar a imaginar. Tocás en un mismo día el cielo y el infierno. Aquí el año pasado, el 92 % de los pacientes que se internaron padecían el HIV-SIDA. Se internan desde niños, muchos de ellos huérfanos, hasta algunos pocos abuelos. La mayoría son jóvenes, el promedio de edad de pacientes internados del año pasado fue de 28 años.

Algunos tuvieron una vida linda y el SIDA se las arruinó.

Podemos pensar que el SIDA es un drama, pero para la mayoría de ellos el drama empezó mucho antes, esta es una gota más, la más pesada en la historia de su cruz.

Gran parte de los muchachos y muchachas que conozco arrancaron con una familia que nunca llegó ser familia, sino un desastre lleno de abandonos, golpes, abusos, pobreza y adicciones.

Y ellos continuaron lo que aprendieron, en sus casas, en la calle o en la cárcel. Por eso tenemos en el Hospital mucha marginalidad, muchos que terminaron después de su horrible niñez de destruir su vida con drogas, alcohol, violencia, sexo mal vivido (promiscuidad, prostitución, homosexualidad y travestismo).

Me duele que muchos no tuvieran quien les haya enseñado a vivir. Muchos están solos, les soltaron las manos temprano o ellos se escaparon antes de tiempo.

Algunos con el llanto del dolor aprenden a vivir de nuevo, vuelven a sus familias, cambian de vida, hacen los tratamientos, descubren a Dios, nacen de nuevo.

Otros quieren, pero no pueden, están tan atrapados en el infierno de la droga, el sexo mal vivido y la pobreza, y ya no pueden escaparse. ¿Cómo escaparse de la droga cuando ya es parte de tu cuerpo? ¿Cómo escaparse del robo o la prostitución cuando no sabés hacer otra cosa o no te dan trabajo porque tenés SIDA, y la pensión de cien pesos no te alcanza ni para el boleto?

Hoy HIV no es muerte, pero con estas condiciones de vida, muchas veces sí.

¿Cómo hablar del amor y la misericordia de Dios en medio de este infierno vivido?

Pero descubro que Dios sigue escribiendo en nuestros corazones, sigue hablando hasta que podamos escucharlo. Todo hombre tiene sed de algo más profundo, tiene sed de EL. Y experimento que a medida que van desapareciendo las realidades materiales, van aflorando más fácilmente las espirituales. Y veo como en medio de la gran culpa y el barro, cuando a veces ya no hay fuerzas para comer ni para drogarse, muchos quieren rezar o aprender a rezar, a leer la Biblia, confesarse, a recibir la Comunión y la Unción, muchos quieren sentirse cerca, cerca de quien le acaricie una mano, cerca de Dios.

Es terrible ver morir, más cuando es un ser amado. A diario se vive una familia más sin un hijo, sin un padre o hermano, sin una mamá o una hermana. Nuestras paredes tienen muchas veces sabor a llanto. Pero cuando se van los médicos y las enfermeras, cuando te quedás rezando con la familia o muchas veces solo, vivís la amargura de una vida perdida, que hubiese querido tener una vida distinta, y la esperanza de un Cielo robado. Descubrís en tu sagrario de cura, que ese pibe o piba que conociste, te confeso su tormento y terminó en paz, vivió en la miseria y se terminó encontrando con la Misericordia, vivió en el infierno y terminó en el Cielo. Solo uno conoce como a lo último conoció al Dios que casi perdió, lo tocó y abrazó. Cómo Jesús transformó su cama de dolor en cruz, hasta casi no haber diferencia entre Jesús en la Cruz y ese hermano desfigurado en su cama. Cuerpo a cuerpo se tocan y hacen comunión. Comunión que se convierte en salvación.

Muchos se asustan cuando sus cuerpos se van deteriorando, se van desfigurando; cuando en tres o cuatro años envejecieron treinta o cuarenta años. Y ahí es cuando les hablo de la resurrección. Que un día van a tener un cuerpo que nunca más se va a enfermar, que un día Jesús les va a dar un cuerpo sano y pleno, un cuerpo glorioso; y que se van a encontrar con sus papás, con su pareja o su hijo, con Jesús, la Virgen y los Santos. Ahí la muerte ya no es más miedo sino espera, ya no es más soledad sino encuentro.

Por eso, cuando cierro los ojos y pienso en los cientos y cientos que partieron, vivo ya no el sabor de la amargura, sino el de la esperanza, con la seguridad de tener muchos amigos en el Cielo, muchos que nos están esperando.

Estudio

Un pastor que anima la esperanza del pueblo

El Cardenal Pironio y la esperanza

Pbro. Pablo M. Etchepareborda
Diócesis de Mar del Plata

“Resucitó Cristo, mi esperanza”

Jesús llamó a algunos hombres para que estuvieran con él, enviarlos a predicar (cf. Mc 3, 14) y apacentar el pueblo de Dios (cf. Jn 21, 16). Los pastores del nuevo pueblo de Dios reciben un ministerio para llevar adelante estas tareas. Pero se les pide particularmente que sean testigos de la resurrección de Jesús (cf. Hech 1, 22).

El Cardenal Pironio vivió predicando la Pascua, diciendo a todos los hombres “resucitó Cristo, mi esperanza”. ¡Con qué fuerza repetía las palabras de la liturgia en la secuencia del domingo de Pascua: “dinos, María Magdalena, ¿qué viste en el camino? He visto a los ángeles... Ha resucitado Cristo, mi esperanza...”! No fue casual que se lo llamara el *profeta de la esperanza*, porque durante su ministerio no se cansó de gritar la esperanza y de invitar a toda la Iglesia a vivirla desde la fecundidad de la cruz y la alegría de la resurrección. Al contrario, él mismo define a los obispos y presbíteros como esenciales profetas de esperanza “porque son, por definición, los primarios testigos de la Pascua”.¹

La finalidad de este artículo es introducirnos al tema de la esperanza en el Cardenal Pironio y desde sus escritos encontrar los motivos antiguos y siempre nuevos para la esperanza cristiana al comenzar el nuevo milenio y frente a la realidad de la Argentina que nos duele y golpea. No es un trabajo exhaustivo, sino sólo indicaciones de las ideas más importantes –según mi entender– que tendrán como complemento necesario recurrir a la lectura de sus escritos.

Sabemos que la palabra de Mons. Pironio ha sido siempre contextualizada y que ha respondido desde su magisterio a las situaciones particulares del tiempo que le ha tocado vivir.² Sin embargo, la temática de su predicación “tiende a mantener una mirada unificadora de lo múltiple, una mirada sapiencial que contempla todo desde sus causas supremas: Cristo en su Misterio pascual y el amor del Padre³” que se manifiesta en su designio salvífico. Lo cual le da estabilidad a su reflexión aunque los contextos históricos hayan cambiado.

Hoy es muy oportuno que los pastores podamos volver a reflexionar sobre esta virtud teologal y que dejemos que las palabras y el testimonio de Mons. Pironio, que nos comunica lo que ha contemplado y

¹ CARD. EDUARDO F. PIRONIO, *Meditación para tiempos difíciles*. Centro de Documentación – CIAS, n° doble 40-41, Buenos Aires 1976, 5.

² Como fruto de esto nos ha dejado unas reflexiones sobre la Esperanza que indicamos especialmente: “Reflexiones sobre la esperanza sacerdotal”, (del período previo al Concilio Vaticano II), en *Palabras sacerdotales*, Buenos Aires 1992, 35-43; “Mensaje Pascual” a los fieles de la Diócesis de Mar del Plata, pascua de 1975; *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1975, 259-286; *Alegría Cristiana*, Buenos Aires 1978, 17-27; “Meditación para tiempos difíciles”, Roma, noviembre de 1976; “La Iglesia de la Alegría y la Esperanza” en *Consagrados en la Iglesia*, Madrid 1984, 141-155; “Anunciar y testimoniar a Cristo hoy”, discurso de apertura al II Forum Internacional de jóvenes en Santiago de Compostela, 13 de agosto de 1989, en *Jóvenes amigos míos...* Madrid 1999, 97-115.

³ GERA L., “Presentación”; en CARDENAL PIRONIO, *Cristo entre nosotros*. PPC, Madrid 1998, 10.

tocado de la Palabra de Vida (1 Jn 1,1), revitalicen nuestro ministerio para encontrar nuevos motivos de esperanza y, junto con nuestro pueblo, hacer presente al Señor de la historia en la vida.

Cuando se leen sus reflexiones se puede ver que hay una profunda raíz teológica en su pensamiento. El fundamento de su predicación es bíblico, se basa en textos como el de la resurrección (Lc 24, 13-53), parábolas tomadas del discurso escatológico (Mt 24 – 25), en las Bienaventuranzas (Mt 5, 1) y otras exhortaciones neotestamentarias (Rom 5. 8; Tit 1- 2; 1 Pe 3, 13-15) donde se manifiestan los elementos que luego serán.

También encontramos consonancia con las enseñanzas conciliares, se perciben principalmente como trasfondo el capítulo 7 de *Lumen Gentium* y *Gaudium et spes*.

Dar razón de la esperanza

El Cardenal reflexiona sobre la esperanza, pero lo hace particularmente frente a tres temas: el misterio Pascual, la Iglesia y la situación de crisis de mundo. Desde esta base puede proponer la tensión escatológica. Tensión que se basa en la confianza de una Iglesia que se apoya en la resurrección de Jesús y la espera de la segunda venida del Señor: “Ven Señor Jesús”, pero que se vive en camino, anunciando la buena noticia en tiempos difíciles y cuando ha entrado el cansancio y el desánimo a la humanidad y a la Iglesia. Ella permite entender desde adentro, con la penetración de la fe los acontecimientos de la historia.⁴

“Una Iglesia pascual es esencialmente una Iglesia de la esperanza; es decir, una Iglesia en camino, que va marchando hacia el encuentro definitivo con el Señor, mientras anuncia gozosamente a los hombres que Jesús ya vino, murió y resucitó por nosotros, vive y va peregrinando con nosotros hacia el Padre.

...Es una Iglesia esencialmente abierta a la segunda venida del Señor. Una Iglesia que se apoya en la resurrección de Jesús y en la potencia del Espíritu”⁵

Una Iglesia en esperanza es una Iglesia comprometida, desde la fe y la caridad, en el servicio integral del hombre y de los pueblos”⁶

Esperanza y misterio pascual

La esperanza define al cristiano que se ha encontrado con Cristo. Para el Apóstol el cristiano es el que vive “con Dios, con Cristo, con esperanza”. Para Pedro es aquel que sabe dar razón de la esperanza (1 Pe 3, 15), quien ha sido engendrado para una feliz esperanza (1 Pe 1,3).⁷

Como cristianos nos apoyamos en la Resurrección de Cristo. Hecho que se realizó en la noche de la Pascua pero que continúa hasta el final de los siglos. Es la certeza que Cristo sigue viviendo con nosotros y enviándonos desde el Padre al Espíritu que vivifica y renueva todas las cosas:

“Tenemos motivos para esperar. Pero la esperanza cristiana no se apoya en los talentos o la fuerza de los hombres. Sólo se apoya en la bondad del Padre, para quien nada es imposible (Lc

⁴ Cf. MONS. EDUARDO F. PIRONIO, *Alegría Cristiana*. Buenos Aires 1978, 17.

⁵ E. F. PIRONIO, *Queremos ver a Jesús (Retiro en el Vaticano, 1974)*, Madrid 1980 259.

⁶ MONS. EDUARDO F. PIRONIO, *El hombre nuevo en América Latina*. Buenos Aires 1977. 51.

⁷ Cf. *Alegría Cristiana*, 18.

1, 37), en la muerte de Cristo que dio su vida para reconciliarnos (Col 1, 20) y en la actividad incesantemente renovadora del Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom 5, 5).”⁸

Para esperar es necesario creer en la resurrección de Jesús y tener seguridad en la fuerza transformadora de su muerte. La cruz es inherente a la esperanza, la hora más difícil de la vida de Jesús es la hora de su pasión, de la glorificación. La cruz lleva a la Resurrección, porque el Señor se entregó serenamente como el grano de trigo para dar fruto. Es necesario redescubrir el sentido de la cruz porque en ella el Señor nos enseña a superar los tiempos difíciles:

“Por su entrega incondicional al Padre en la cruz (Jesús) convierte la muerte en vida, la tristeza en alegría, la servidumbre en libertad, las tinieblas en luz, la división en unidad, el pecado en gracia, la violencia en paz, la desesperación en esperanza”⁹

El misterio de la cruz no es fácil de comprender y aceptar. Es necesario estar desposeído de las propias seguridades y certezas, hace falta poner toda la confianza en Dios:

“La esperanza cristiana nace de lo inevitable y providencialmente absurdo de la cruz, pero es activa y exige paciencia y fortaleza. Sólo los pobres –los desposeídos y desnudos, los desprovistos según el mundo, pero totalmente asegurados en el Dios que no falla- pueden esperar de veras.”¹⁰

La Iglesia es testigo de esta resurrección y por eso es signo e instrumento de la esperanza en el corazón de la humanidad. Pero al mismo tiempo sabe que espera “los cielos nuevos y la tierra nueva donde habitará la justicia” (2 Pe 3, 13), su tensión es hacia la plenitud de donde se realice definitivamente lo que espera.

Aguardamos la feliz esperanza...

La vida del cristiano es esperar a “Cristo, nuestra feliz esperanza” (Tit 2, 13), esto nos convierte en peregrinos de lo eterno, tenemos los ojos abiertos y el corazón tendido hacia la ciudad definitiva.¹¹ Por el bautismo hemos sido constituidos herederos de la promesa, esta vida alcanzará su consumación plena con la venida del Señor en la gloria. Si bien hemos sido redimidos sólo en esperanza (Rom 8,24) debemos esperar lo definitivamente nuevo, cuando Cristo vuelva a entregar el Reino al Padre (1 Cor 15, 24).

Pero también esperamos volver al Padre, como Jesús que salió del Padre y vuelve a él (cf. Jn 16, 28). La filiación adoptiva que hemos recibido en el bautismo es vivida con seguridad y confianza porque nos sabemos en las manos de nuestro Padre. Nuestra filiación tiene otros dos momentos: el de nuestra muerte y el de la segunda venida del Señor donde nuestro cuerpo de miseria se transformará en un cuerpo glorioso.¹²

⁸ *Alegría Cristiana*, 23.

⁹ *Meditación para tiempos difíciles*, 7.

¹⁰ *Meditación para tiempos difíciles*, 4.

¹¹ *Alegría Cristiana*, 19.

¹² Cf. *Queremos ver a Jesús*, 264.

La esperanza nos pone de cara a la Luz definitiva, a la eternidad para la que fuimos convocados, al Señor en cuya inmediata visión seremos inmensamente felices: “Seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es” (1 Jn 3,2). La esperanza ilumina las sombras provisionarias –a veces dolorosamente oscuras– de nuestro camino.¹³

La predicación sobre la vida eterna iba acompañada por un anhelo del Cardenal. Él afirmaba que “la esperanza es la fruición anticipada del futuro, como la eternidad será la fruición definitiva de lo esperado”.¹⁴ Recuerdo que cuando él hablaba sobre el momento de su “pascua”, su muerte, expresaba un deseo: *deseo que el día de mi muerte sea el Domingo de Pascua, o el día de la Asunción de Nuestra Señora (la pascua de María) o el día de la Transfiguración*. Ponía así de manifiesto su deseo de participar de la misma suerte del Señor, para contemplar el rostro de Dios, término de su esperanza. Para él “la vida eterna es ver a Dios como Él se ve, amarlo como Él se ama y gozarlo como Él se goza”.¹⁵

Al plantear la vida eterna como objeto de la esperanza no tiene una visión espiritualista ni individual sino que plantea que el fin se realiza en varias dimensiones. La vida eterna tiene una dimensión divina: la glorificación de la Trinidad, una dimensión personal: nuestra felicidad integral y una dimensión cósmica: la segunda venida del Señor.¹⁶

La redención definitiva se realizará en toda la creación, en todos los pueblos y en toda la Iglesia, será el triunfo de la comunión universal, del amor verdadero, de la justicia plenamente realizada, de la paz acabadamente conseguida.¹⁷

Peregrinar en la historia con esperanza

Para Monseñor Pironio la esperanza es una virtud que se vive en el tiempo pero en tensión de eternidad. Hay un punto de partida que nos da la certeza: es la obra redentora realizada por Cristo y un punto de llegada: la contemplación de la gloria; entre ellos la Iglesia está llamada a peregrinar en la historia asumiéndola y evangelizándola para que sea una historia salvífica. El cristiano y la Iglesia vivimos en esta historia, en tiempos concretos, muchas veces difíciles y críticos, pero simultáneamente nuevos. Es en estas circunstancias donde debemos vivir con toda la fuerza la esperanza cristiana.

Al referirse a los tiempos que le han tocado vivir, el profeta de esperanza presentaba una visión *realista* y al mismo tiempo *esperanzada*.

La descripción realista lo llevaba a afirmar que se viven tiempos difíciles, donde abunda el miedo, la tristeza, el desaliento, la violencia, el cansancio, la evasión, el pesimismo, la desesperanza, la insensibilidad, la apatía, el desinterés, el sentido del fracaso o la impotencia.¹⁸

En la invitación a los religiosos para ser alegres les decía: “Ser alegres en la esperanza. Pero sabiendo que esto no es humanamente posible en cada momento, porque hay situaciones en las cuales nos

¹³ *Queremos ver a Jesús*, 263.

¹⁴ *Meditación para tiempos difíciles*, 9.

¹⁵ CARD. EDUARDO F. PIRONIO, *Palabras sacerdotales*. Buenos Aires 1992, 39.

¹⁶ Cf. *Palabras sacerdotales*, 40.

¹⁷ Cf. *Alegría Cristiana*, 20.

¹⁸ *Meditación para tiempos difíciles*, 4; *Alegría Cristiana*, 18-19.

sentimos despedazados, desechos, cansados. (...) Hay muchas tarde de crucifixión, de viernes santo, tal vez la mayor parte”¹⁹

A los jóvenes los exhortaba a gritar la esperanza en una “cultura de crisis”. Porque no es fácil para un joven de hoy, que vive el fracaso de las personas y el derrumbe de las instituciones y ve que se le cierran las puertas para una participación activa, seguir gritando la esperanza.²⁰ En lugar de quedarnos contemplando las ruinas entre lágrimas, hemos de empezar a construir en el esfuerzo, en el amor, en el sacrificio.²¹

Cuando muere la esperanza no sólo surge la desesperación; enseguida nace la amargura, la agresividad y la violencia. La violencia es la negación de la esperanza. Como "el pacifismo" superficial e impuesto es la negación de la justicia. Como la simple filantropía es la negación de la caridad. Y así se impide que nazca la paz auténtica, firme y duradera.²²

Junto a esta visión realista que hemos descrito en pocas líneas, pero que se encuentran ampliamente desarrolladas en sus escritos, está la visión esperanzada. Hay un fundamento teológico por el cual es así. Para él:

“los tiempos muy difíciles son muy evangélicos, porque es cuando el cristiano está llamado a dar razón de su esperanza, a penetrar por la fe y el Espíritu Santo en el escándalo de la cruz y sacar de allí la certeza inmovible de la Pascua para comunicarla a otros”. Los tiempos difíciles pertenecen al designio del Padre y son esencialmente tiempos de gracia y salvación. Jesús nos abre el camino para vivir con amor y gratitud los tiempos difíciles, y convertirlos en providenciales tiempos de esperanza.²³

Estos tiempos pertenecen al designio del Padre y son tiempos de gracia y salvación. La esperanza se vive en la historia, sobre todo en los momentos difíciles, dramáticos. Estos son un desafío a la esperanza. No olvidemos que la esperanza cristiana nace cuando todo humanamente se derrumba.²⁴ Este es el momento en que se debe gritar a los hombres “en el mundo tendrán que sufrir, pero tengan valor, yo he vencido al mundo (Jn 16, 33).

¿Cómo vivir la esperanza?

La respuesta del cristiano al mundo que le toca vivir se hace desde el dinamismo creador de la esperanza. Esta exige la fortaleza en el Espíritu y el testimonio que Cristo es la esperanza de la humanidad.²⁵ Así se va construyendo el futuro, mejor todavía, quien vive la esperanza hace que el futuro nazca ya como presente.²⁶ Vivimos tiempos en que hay que confiar más en Dios y en la capacidad constructiva del hombre.²⁷

¹⁹ CARDENAL EDUARDO F. PIRONIO, *Consagrados en la Iglesia*. Madrid 1984, 146.

²⁰ CARDENAL EDUARDO F. PIRONIO, *Jóvenes amigos míos...* Madrid 1999, 100.

²¹ *Jóvenes amigos míos...*, 75.

²² MONS. EDUARDO PIRONIO, *Tiempo de esperanza. Escritos pastorales III*. Pastoral de Cuaresma. Buenos Aires 1976, 109.

²³ Cf. *Meditación para tiempos difíciles*, 2-4.

²⁴ CARDENAL PIRONIO, *Diálogo con Laicos*. Buenos Aires 1986, 92.

²⁵ *Jóvenes amigos míos...*, 100.

²⁶ *Tiempo de esperanza. Escritos pastorales III*. Pastoral de Cuaresma, 109.

²⁷ *Diálogo con Laicos*, 92.

La esperanza es seguridad, confianza, ánimo, coraje, optimismo. Supone la fe en la Resurrección del Señor, en su vida en medio de nosotros. La evangelización, tiende a la salvación integral del hombre, a su plena liberación, a la construcción de la civilización del amor.²⁸

Es esencial a la esperanza lo siguiente: ser activa y creadora, ser fuerte, comprometida y perseverante. (...) Esto supone apoyarnos confiadamente en Alguien que no cambia y comprometernos cotidianamente a hacer algo: ayudar al hombre, renovar el mundo, ir humildemente construyendo la historia.²⁹

Pironio es un hombre del Vaticano II, en su planteo de pastor cuando conduce al pueblo tiene muy en cuenta la enseñanza conciliar. Ha asumido en su enseñanza que "la esperanza escatológica no merma la importancia de las tareas temporales" (GS 21).

“Pero nuestra esperanza no es únicamente una esperanza escatológica: “algún día vendrán tiempos nuevos...”. Esperamos que ya aquí, en la tierra, se realicen los cielos nuevos y la tierra nueva. Esperamos ir haciendo con la solidaridad de todos los hombres de buena voluntad y con el compromiso concreto de nuestro ministerio sacerdotal, una patria de hermanos, una tierra solidaria donde los hombres vivan reconciliados con el Padre y con los hermanos. Esperamos que haya más justicia y más libertad, menos odio y menos violencia, menos destrucción y menos muerte; esperamos la reconciliación y la paz. Y lo hacemos porque Jesús vino y se entregó por nosotros a fin de rescatarnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo que fuese suyo, fervoroso en buenas obras (Tit 2, 14)”³⁰

La esperanza es camino, no es pasividad ociosa y evasiva, ilusión, resignación fatalista y destructiva. Trabajamos en el tiempo, tratando de ordenar según Dios las cosas temporales, pero con una dinámica y gozosa tensión de eternidad. Vivimos la bondad y las exigencias de cada día, pero sin olvidar que vamos hacia “el Día de Cristo Jesús”. La esperanza es camino: con todo lo que el camino tiene de desprendimiento y dureza, de sorpresa y cansancio, de compromiso y espera: “mientras aguardamos la feliz esperanza” (Tit. 2, 13); “que el amor de ustedes crezca cada vez más en el conocimiento y en la plena comprensión a fin de que puedan discernir lo que es mejor” (vv.9 y 10).³¹

La esperanza es compromiso y conversión. Es un llamado urgente al cambio rápido, universal y profundo. Vivir en la esperanza es creer fuertemente en el Señor y luchar evangélicamente por cambiar algo todos los días.³² Parece un proyecto poco realizable pero si se vive desde la contemplación, la pobreza, la alegría y la fortaleza que da el Espíritu la vivencia de la virtud de la esperanza será un camino de santificación.

La esperanza se vive en comunidad

La comunión es una exigencia eclesial, una comunidad cristiana se despedaza si pierde la seguridad creadora de la esperanza, se para liza y se muere.³³ La comunidad es un espacio privilegiado para vivir y renovar la esperanza. Existe una dimensión social de nuestra esperanza: somos un pueblo, una familia,

²⁸ CARD. E. F. PIRONIO, "Meditazione biblica": en PONTIFICIO CONSIGLIO PER I LAICI, *Primavera del Vangelo*, Servizio di documentazione 26, Città del Vaticano 1993, 23.

²⁹ *Alegría Cristiana*, 21.

³⁰ *Cristo entre nosotros*, 38.

³¹ *Diálogo con Laicos*, 83.

³² Cf. *El hombre nuevo en América Latina*, 54.

³³ Cf. *Alegría cristiana*, 22.

un cuerpo, somos un pueblo que camina.³⁴ Uno solo sería incapaz de esperar, la comunión con Cristo es también comunión con los hermanos.³⁵

Nunca esperamos solos, siempre lo hacemos con los demás. En la medida en que no dejemos poseer por el Espíritu de Pentecostés, como María y los apóstoles, formaremos una comunidad de hermanos, “un solo corazón y una sola alma” (Hech 4, 32), totalmente abierta a la presencia de Jesús Resucitado y generosamente disponible a las necesidades de los hombres.³⁶

La Pascua toca el misterio de la comunidad cristiana. El Señor resucitado vive en el interior de una Comunidad invadida por el Espíritu Santo y que permanece unida en la Palabra, la comunión fraterna, la fracción del Pan y el espíritu misionero.³⁷

La “comunidad cristiana que se siente invadida por la fuerza transformadora del Espíritu de la Pascua y enciende para el mundo –dividido y en tinieblas- la claridad invariable de un testimonio que esperaba: “he visto al Señor” (Jn 20, 18).³⁸

El cristiano está exigido por el amor, porque ha conocido el amor que Dios le tiene y ha creído en El (1 Jn 4, 16). La experiencia comunitaria de la virtud de la esperanza pide que se viva

un amor que sea comprensión y ayuda recíproca para “discernir lo que es mejor” aquí y ahora; que sea unidad y comunión: la hora difícil que vivimos exige de nosotros una grande capacidad para renunciar a lo nuestro, morir a los individualismos o grupos, para nacer en la comunión fecunda de la Iglesia. Finalmente, un amor que sea entrega generosa a los hermanos, disponibilidad para el servicio cotidiano, compromiso auténtico con los más pobres y necesitados.³⁹

La esperanza no es sólo esperar *con los demás*, porque nuestra felicidad depende de la glorificación del cuerpo entero, sino también esperamos *para los demás*: su conversión, su santificación, su glorificación; esto es porque la esperanza se funda en la caridad.⁴⁰

Profetas de esperanza

Pironio era un hombre que anunciaba la esperanza, porque anunciaba a “Jesús, esperanza de la gloria”. No dejó nunca de expresar que “es urgente descubrir y exponer las razones de la esperanza que llevamos dentro” (Cf. 1Ped 3,5), no sólo con convicción humana sino la certeza que es fruto de la virtud cristiana.⁴¹

³⁴ Cf. *Palabras sacerdotales*, 41.

³⁵ Cf. *Consagrados en la Iglesia*, 152

³⁶ *Alegría Cristiana*, 94-95.

³⁷ *Tiempo de esperanza. Escritos pastorales III*. Pastoral de Cuaresma, 24.

³⁸ *Tiempo de esperanza. Escritos pastorales III*. Mensaje de Pascua, 33.

³⁹ *Diálogo con laicos*, 84.

⁴⁰ Cf. *Palabras sacerdotales*, 42.

⁴¹ MORENO L., "Card. Eduardo Francisco Pironio un comunicador del amor de Dios", en *Cardenal Eduardo Pironio la palabra*, 24.

Frente a un mundo que transita sus días en medio de muerte y dolor, incertidumbres y oscuridades hoy hacen falta más que nunca hombres contemplativos y profetas de esperanza.⁴² Hombres desinstalados y contemplativos que saben vivir en la pobreza, la fortaleza y el amor del Espíritu Santo, y que por eso se convierten en serenos y ardientes testigos de la Pascua.⁴³ Es la hora de los hombres poseídos por el Espíritu que los hace fuertes y audaces. Sólo pueden dar razón de su esperanza los que saben sufrir y tienen el privilegio de participar muy íntimamente en la pasión del Señor.

Si los cristianos tienen hoy una responsabilidad frente a “la cultura de la muerte” es la de ser mensajeros de alegría y de esperanza, la de ser, por fidelidad al Evangelio, los auténticos artífices de la Paz.⁴⁴

El Señor nos dice: griten a los hombres la esperanza porque ya se manifestó la gracia salvadora de Dios, pero inviten también a la conversión, a vivir en la justicia, en la sensatez y la piedad (cf. Tit 2, 11-12).⁴⁵

María Madre de la Santa Esperanza

En la vida de la Virgen María se sintetizan las dimensiones de la esperanza. Porque “un camino de esperanza supone vivir de novedad en novedad”. En María este camino comienza en su Concepción Inmaculada y culmina en la Asunción; desde este momento se convierte en signo de esperanza y de consuelo para el pueblo peregrino (LG 68).⁴⁶ Toda su vida fue vivir al servicio de la voluntad del Padre que se manifestó en el servicio a los hombres desde el *Fiat* hasta el *Magnificat*, palabras que sintetizan su vida y que irá diciendo cada día con mayor profundidad.⁴⁷

La Iglesia mira a María y camina con ella porque nos enseña a ser fuertes en la cruz y a caminar alegres en la esperanza.⁴⁸

Sabemos que Mons. Pironio ha compuesto muchas oraciones a la Virgen María, entre ellas hizo esta a María; Madre de la Santa Esperanza como solía nombrarla:

“María de Nazaret, Madre de la Santa Esperanza, Señora nuestra de Luján: gracias por hacernos vivir en esta hora difícil y decisiva. Gracias por tu presencia de Madre en esta hora. Ayúdanos a dar siempre razón de la esperanza que hay en nosotros. Que no tengamos miedo, que confiemos siempre en la bondad del hombre y en el amor del Padre, que aprendamos de una vez que el mundo se construye desde dentro: desde la profundidad del silencio y la oración, desde la alegría del amor fraterno, desde la sencillez de la pobreza, desde la fecundidad insustituible de la cruz. Tú eres la Madre de la Santa Esperanza. Danos siempre a Jesús, nuestra feliz esperanza.”⁴⁹

Conclusión

⁴² *Queremos ver a Jesús*, 260.

⁴³ *Meditación para tiempos difíciles*, 4.

⁴⁴ *Alegría Cristiana*, 49.

⁴⁵ *Cristo entre nosotros*, 39.

⁴⁶ Cf. *Cristo entre nosotros*, 167-170.

⁴⁷ *Queremos ver a Jesús*, 291.

⁴⁸ *Jóvenes amigos míos...*, 88.

⁴⁹ CARDENAL EDUARDO F. PIRONIO, *Señor, enséñanos a orar*. Madrid 1987, 80.

Al finalizar esta presentación de textos en los cuales “el Profeta de la esperanza” nos invita a vivir esta virtud teologal deseo presentar algunas conclusiones.

El tema de la esperanza no es para el Cardenal Pironio una declamación homilética sino parte de su etilo de vida sacerdotal y pastoral. En su testamento espiritual expresa: “he querido ser una simple presencia de «Cristo, Esperanza de la Gloria». Lo he querido ser siempre, en los servicios que Dios me ha pedido...”⁵⁰

Hoy su palabra sigue siendo una exhortación para todos, en particular para nosotros pastores que debemos ser fortalecidos desde la Pascua y fortalecer a nuestro pueblo con el anuncio de Cristo resucitado. Es parte de nuestra espiritualidad sacerdotal que tiene un núcleo que es la “caridad pastoral”. La caridad pastoral –amor del sacerdote a Dios– en este tiempo de nuestra historia ha de tomar un sesgo especial: el del amor que llama a la *esperanza*, el del amor a Cristo, *esperanza de la gloria*.⁵¹

Las reflexiones de Mons. Pironio necesitan ser actualizadas a nuestro contexto del comienzo del nuevo milenio, nos ha dado claves esenciales para hacerlo. Pero deseo señalar una en particular, debemos hacerlo comunitariamente, eclesialmente -pastores, consagrados y laicos-, en comunión con todos para dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pida.

Que estas palabras del querido Padre y pastor nos impulsen a una nueva evangelización en nuestra patria.

¡Cómo quisiera que nuestra Iglesia –plenamente consciente de los sufrimientos de los hombres y de la renovada Pasión de Jesucristo en nuestra historia- respirase fundamentalmente el aire siempre vivo de la resurrección y predicase fundamentalmente la esperanza!⁵²

⁵⁰ CARD. E. F. PIRONIO, Testamento Espiritual: en CARD. E. F. PIRONIO, *Jóvenes amigos míos...*, Madrid 1999, 196.

⁵¹ Cf. GERA L., “Presentación”, 12.

⁵² CARD. E. F. PIRONIO, "Meditazione biblica" : en PONTIFICIO CONSIGLIO PER I LAICI; *Primavera del Vangelo*, Servizio di documentazione 26, Città del Vaticano 1993, 14.

Espiritualidad
Testigos del Invisible
-Consuelo y Esperanza-

Card. Carlo María Martini
Arzobispo de Milán

*Transcribimos un capítulo del libro "Itinerario espiritual del cristiano".
Si bien, en algunos pasajes, hace referencia a capítulos anteriores, nos pareció valioso compartirlo en este número de Pastores por la claridad, sencillez y profundidad en tratar los temas de los fundamentos teológicos del ministerio del "consuelo" y de la Esperanza.*

Iluminados por la experiencia del coloquio de Jesús con Pedro⁵³ (Jn. 21, 15-17) y por la experiencia de Moisés (Ex. 33, 12-23), sigamos reflexionando sobre el tema de la contemplación apostólica. En efecto, es muy importante que el pastor, llamado al servicio de la unidad de la Iglesia, comprenda bien este punto. Después, en estrecha conexión con el tema, haremos una reflexión sobre la vida eterna.

El fundamento de la valentía apostólica

Les propongo un pasaje del Nuevo Testamento, que nos presenta la contemplación apostólica como fundamento y fuente de la valentía apostólica. Es el comienzo de la segunda carta a los Corintios: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar a cuantos están atribulados, con el consuelo que nosotros mismos recibimos de Dios" (2 Co. 1, 3-4).

La contemplación apostólica es esa relación íntima, luminosa aunque profunda, no siempre inmediatamente sensible, con el Dios de la consolación que llena de valentía, de capacidad de consolar y confortar aun partiendo del propio sufrimiento y en el sufrimiento ajeno. Pablo está sumergido completamente en los sufrimientos del apostolado, en las incomodidades, en las contradicciones, en los rechazos que se le presentan.

Toda la segunda carta a los Corintios está llena de estas tensiones, emociones y sufrimientos del apóstol. Pero en la base de todas se encuentra esta fundamental consolación con que Dios lo alimenta: "Así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así también, por Cristo, abunda nuestra consolación. Si estamos afligidos es por la consolación de ustedes y por su salvación. Si somos consolados, es por su consolación que los hace soportar con constancia los mismos padecimientos que nosotros sufrimos" (vv. 5-6). Aquí aparece claramente también el intercambio entre la mía y la de ustedes: mi consolación es por ustedes, mi tribulación es por su consolación. Este pasaje puede ayudarnos a comprender mejor qué se entiende por contemplación apostólica y cómo es de necesaria para un ministerio apostólico difícil y atormentado, como es el de Pablo en la segunda carta a los Corintios, con dificultades dentro de la misma comunidad: divisiones, oposiciones, rechazos, insultos, necesidad de explicarse y de recomenzar las situaciones.

"Pero no queremos, hermanos, que ignoren la tribulación que nos sobrevino en Asia. Nos abatió hasta tal extremo sobre nuestras fuerzas, que dudamos hasta de nuestra vida. Hasta tuvimos como cierta la sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita los muertos"

⁵³ Cfr. "Itinerario espiritual del cristiano", Card. Martini, Edic. Paulinas, Bogotá, Colombia, 1986. Cap. 7, "La contemplación apostólica: Pedro y Moisés."

(vv. 8-9). La confianza en el Dios que resucita los muertos es la contemplación apostólica que así se llama "consolación", "paráclisi", palabra con la que se designa al Espíritu Santo, al Paráclito.

La contemplación apostólica es, pues, don del Espíritu al pastor, al apóstol, y esto conlleva algunas consecuencias.

Ante todo, que no puede venir de nosotros, precisamente porque es don de Dios, del Paráclito: "Igualmente también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos qué pedir para orar según conviene" (Rm. 8, 26). Nosotros no sabemos orar y mucho menos podemos darnos la contemplación apostólica.

Por otra parte, el Espíritu de oración se nos da como don, como consecuencia de la ordenación sacerdotal: "El Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros con gemidos inenarrables". El don de contemplación apostólica no está lejos de nosotros, está dentro de nosotros y hay que darle cabida.

La acción que se nos pide es una acción dispositiva, y, al respecto, quiero sugerir tres actitudes que me parecen fundamentales.

Primera: la disposición de Pedro: "Señor, apártate de mí que soy un pecador" (Lc. 5): acercarnos a la oración y disponernos a la contemplación reconociendo que no somos capaces, que es don, que somos indignos y que nuestros pecados, nuestras negligencias, nuestras morbosidades, nuestro espíritu posesivo, egoísta, resentido, ha hecho y hace oposición a este don, y por tanto humillarnos delante de Dios diciendo: "Señor, no soy digno de este don; Señor, con toda razón no has permitido que él se extienda dentro de mí".

Es la primera actitud fundamental de humildad, de silencio, de adoración, de reconocimiento de nuestras incapacidades; actitud teologal que desde el punto de vista psicológico es muy importante, porque significa relajarnos, derretirnos. Con frecuencia, a pesar de la buena voluntad, no se llega al don de la oración, porque queremos casi arrancar, construir este don. En cambio, debemos relajarnos, dejarnos derretir a este punto. Digo a este punto, porque evidentemente se supone ya una búsqueda intensa oración. No se trata del relajamiento moral y ascético: es la tranquilidad psicológica de quien sabe que se encuentra ante una montaña, pero que la cima de la montaña ya se le ha dado en el don del Espíritu, y espera que el águila lo lleve a la cima. Si quieren una imagen más fácil, se está como uno que espera el teleférico para subir y no se esfuerza por subir a pie porque sabe que el teleférico llegará. Es una actitud que evidentemente puede entenderse mal, pero que tiene su importancia y está unida a la humildad: Señor, apártate de mí que soy un pecador; Señor, no soy digno de esta gracia; solamente tú eres bueno, sólo tú santo.

La segunda actitud la podemos expresar refiriéndonos al capítulo 6 de Mateo: "Tú, cuando ores, entra en tu habitación y, habiendo cerrado la puerta, ora a tu Padre que está presente en el secreto".(v. 6). Se subraya evidentemente una actitud exterior; pero en este contexto de Mateo indica sobre todo la exclusión de cualquier otro fin, aun aparentemente bueno. Si, en efecto, en el momento en que practico esta forma de oración, de adoración silenciosa, comienzo a pensar en la homilía que tengo que hacer, en lo que les voy a decir a las personas que encuentre y pienso que la oración me va a dar concretamente las ayudas necesarias para esta o aquella situación, ya no he cerrado completamente la habitación. Estoy a nivel de la oración apostólica, pero no de la contemplación apostólica; me he detenido en un nivel útil, importante, necesario, pero hay momentos en los que se nos invita a pasar a otro nivel, en donde no se busca nada, ninguna luz particular o ayuda específica, ninguna indicación para problemas concretos. Sólo se quiere adorar a Dios porque es el Absoluto, el sumamente adorable, y se acepta separarse de cualquier interés o empeño: creo que esta era la oración de Jesús en la noche, cuando se alejaba hasta de los apóstoles y permanecía solo.

La tercera actitud consiste en dar tiempo a Dios. Hay que hablar de una paciencia con Dios que no tienen nuestros tiempos, no tienen nuestros ritmos, por lo que no puedo pretender que ahora, en breve tiempo, entraré en la contemplación apostólica. Cuando le damos tiempo a Dios, hemos entrado ya en sus dimensiones, le hemos dado cabida.

Finalmente, podemos preguntarnos si es obligatorio corresponder a la gracia de la contemplación apostólica. Aquí se plantea el problema de las necesidades morales del hombre en camino, no del hombre abstracto; evidentemente un hombre puede vivir y obrar bien aún sin esta gracia de la contemplación apostólica. Se trata de ver si uno puede de hecho, concretamente, sin este don perseverar en situaciones difíciles y gravosas manteniendo el espíritu diligente, ágil, creativo, confiado.

El problema no es si se puede llegar a ser un buen pastor de almas sin llegar a la contemplación apostólica. El problema está en el peso del ateísmo moderno que nos rodea, de la tentación de incredulidad que brota por todas partes, de la inseguridad, de la desconfianza de la gente, de las fatigas físicas y morales de toda clase que nos rodean, de las ambigüedades de la existencia, de los problemas internos de la Iglesia, de las situaciones intrincadas, de las estructuras eclesíásticas seculares. Este es el problema que, en las manos del

enemigo, de Satanás, se convierte en instrumento de ateísmo práctico. Entonces, en este caso, el don de la contemplación apostólica se convierte en el sentido de la presencia del Dios vivo en el corazón del hombre.

Les voy a leer un trozo del libro de Larrañaga que tiene el siguiente título: *Cuando se deja de orar, Dios termina siendo nadie*. "Si durante largo tiempo se deja la oración, Dios termina *muriendo*, no en sí mismo, porque es por esencia el Viviente, el Eterno e Inmortal, sino que en el corazón del hombre Dios *muere* como una planta que se seca porque no se le echa agua". Dios muere en el sentido de que el hombre llega a una situación que es como si él no existiera, aunque manteniéndose tal vez en una red de relaciones objetivamente buenas, sagradas, sacrales, eclesíásticas; pero en realidad ha llegado a este vacío interior."Abandonada la fuente de la vida, rápidamente se llega al ateísmo vital. Los que llegan a este estadio, tal vez... siguen sosteniendo -y hasta están convencidos- que la hipótesis "Dios" todavía tiene validez, pero de hecho se comportan en la vida como si Dios no existiera. Es como decir: Dios no es ya la realidad próxima, concreta, arrebatadora. Ya no es esa fuerza pascual que los arranca de los rincones de su egoísmo para lanzarlos, en un perpetuo "éxodo" hacia un mundo de libertad, humildad, amor, compromiso. Sobre todo, el signo inequívoco de la agonía de Dios en ellos es que el Señor ya no despierta alegría en el corazón".

Después hace un análisis muy amargo y, me parece, sustancialmente válido de lo que sucede cuando una situación tal comienza a anidar en el interior del espíritu: he aquí que entonces se afanan como nunca en discutir, cuestionar, dialogar respecto de la oración, de su naturaleza, de su necesidad. Esto puede ser un buen signo. Podría también significar que la sombra de Dios no los deja en paz.

Con una alegre superficialidad estos individuos divagan hasta el infinito en debates religiosos, sobre las nuevas formas de oración: afirman que el concepto de Dios hay que 'desmitizarlo'; que la oración personal es tiempo perdido, un residuo egoístico y alienante; que vivimos en tiempos secularizados en los que se acabó definitivamente el elemento religioso; que las formas clásicas de oración son elucubraciones subjetivas, y así por el estilo. En una palabra, se problematiza y se intelectualiza la oración. Mala señal.

Se crea "una inversión de valores y desplazamiento de planes. Muchos proclaman: a Dios no hay que buscarlo sobre la montaña; no hay que buscarlo 'en espíritu y en verdad', sino en el bullicio de la muchedumbre hambrienta; no existe *la salvación de mi alma*, sino la liberación del hombre de la

explotación y la miseria; hay que superar la dicotomía entre oración y vida, entre trabajo y oración... 'Teologías' frívolas que caen ante las saetas lanzadas por la autenticidad.

Cuando se produce la 'crisis de Dios', se comienza a contabilizar todo con los criterios de la *utilidad*. Pero la Biblia nos recuerda que Dios está muy lejos de las categorías de lo útil o lo inútil. Las Escrituras afirman solamente una cosa: que *Dios existe*. Dios escogió un pueblo, cuyo destino final era el de proclamar al mundo entero que *Dios existe*. Y el pueblo *sirvió* sólo para adorarlo, darle gracias, alabarlo y, ser su testigo. Si olvidamos este destino *inútil* del pueblo de Dios, siempre caminaremos divagando" (Muéstrame tu rostro, págs. 29-30).

Pueden parecer palabras muy fuertes. En realidad, nos hacen comprender una crisis sutil de una pseudo religiosidad contemporánea que discute, divaga y habla mucho de compromiso; no porque no sea importante hablar de compromiso, pero se siente por el modo, por el tono, por el contexto que este disertar es sólo una sustitución de lo que en realidad ya no es vivo, en el fondo de la conciencia.

Por esto creo que corresponder a la gracia de la contemplación apostólica es ciertamente necesario en la situación actual de esta crisis tan grave de fe.

Testimoniar la, esperanza

La grave crisis de fe actual nos lleva a reflexionar sobre el tema de la vida eterna que ha quedado como oscurecido, velado. Me limito a alguna breve observación: es indudable que respecto del tema de la vida eterna hay una crisis de la conciencia contemporánea aun cristiana y se tiene la impresión de que, en la misma predicación se hable muy poco de ella. A diferencia de la predicación anterior, hoy por lo general se detiene en el compromiso. Existe una cierta timidez para ir más allá del compromiso del cristiano en el presente. Esto no es una acusación a la actual predicación, sino la anotación de una cierta molestia al menos para el lenguaje. Esta molestia llega aun a la mentalidad, como se dijo en la carta escrita (*Algunas cuestiones de escatología*, 15 de julio de 1979) por la Congregación de la Fe precisamente sobre el tema de la vida eterna: "¿Cómo explicar sobre este punto la molestia e inquietud de muchas personas? ¿Quién no se da cuenta, de que la duda se insinúa sutilmente y muy profundamente en los espíritus? Aunque afortunadamente en la mayoría de los casos el cristiano todavía no ha llegado a la duda positiva, con frecuencia él renuncia a pensar en lo que sigue después de la muerte, porque comienza a sentir que en él surgen interrogantes a los que tienen miedo de responder. ¿Existe algo después de la muerte? ¿Subsiste algo de nosotros mismos después de esta muerte? ¿No nos esperará la nada?".

La carta parte de una consideración de reflexión global sobre la situación de la Iglesia en general (particularmente de la Iglesia occidental y tal vez de las Iglesias de los países del norte, del mundo anglosajón); nota la incomodidad y sugiere que no es solamente en la mentalidad, sino en la raíz, como concausa de la teología. "En todo esto hay que revisar en parte la repercusión, no querida en los espíritus, de las controversias teológicas ampliamente difundidas en la opinión pública de las cuales la mayoría de los fieles no están en capacidad de comprender ni el objeto preciso ni su alcance. Se oye discutir sobre la existencia del alma, el significado de su supervivencia, se pregunta qué relación hay entre la muerte del cristiano y la resurrección universal. El pueblo cristiano está desorientado, porque ya no encuentra su vocabulario ni sus nociones familiares".

Dije incomodidad en la teología o, mejor, en la relación entre teología y pastoral; pero quiero añadir una última nota sobre este punto: es la incomodidad que el cristiano experimenta (que siempre ha experimentado, pero más todavía hoy) ante la muerte. El cristiano hoy participa de la tendencia de la sociedad moderna a exorcizar, a poner aparte, y en cierto modo, a velar la realidad de la muerte y los problemas que conlleva. Esto se ve en las costumbres, en los anuncios fúnebres, en el modo de considerar este dramático acontecimiento-límite del hombre. La tentativa de aislarlo, de marginarlo, de

hacer que no ponga interrogantes demasiado crudos a la vida humana, mientras por otra parte los acontecimientos, las crónicas, las situaciones siguen haciendo resaltar cruda y cruelmente este interrogante. El hombre trata de exorcizarlo mientras le salta continuamente entre las manos; ustedes mismos, con su experiencia pastoral, pueden hacer una lista mucho más amplia de estas incomodidades del pueblo cristiano.

La causa de estas incomodidades e inquietudes (a más de la obvia de la mentalidad laicista) se quisiera ponerla en una así llamada falta de instrucción catequética; no es muy cierto, porque las fórmulas catequéticas sobre la vida eterna están siendo transmitidas como debe ser: el problema está más en el fondo, y es que las fórmulas catequéticas no pegan. El problema fundamental no es que no haya catequesis (ordinariamente la mayoría de los niños reciben suficientes nociones por medio de la preparación a la comunión, confesión, confirmación), sino que desaparezca tan rápidamente de la mente, que se la olvide en la conciencia sucesiva. ¿Por qué no perduran estas nociones catequéticas y se las olvida tan rápidamente? Es uno de los problemas grandes, fundamentales, que tenemos que afrontar y que nos hace ver que tenemos que ir más a fondo.

Entonces nos damos cuenta que en la vida del cristiano, en la vida de todos nosotros (pongámonos todos, porque todos hemos sido bautizados y todos sujetos a estas tentaciones de nuestro tiempo), hay una cierta falta de espíritu de fe. Nos apegamos a lo que se ve, aun en la vida cristiana, en la vida eclesial y eclesiástica, porque lo que se ve es inmediato, da la sensación de equilibrio entre las cosas que se pueden medir. Toda falta de fe produce un apego, un resalte de cosas buenas pero todas visibles; no digamos falta de fe teológica, sino falta de fe vivida, es decir, ese tejido de fe orgánico, vital, que se caracteriza por el sentido intenso de Dios, de la oración profunda, de la comunicación de fe.

"Cuando se descuida la oración, Dios termina siendo nadie". Cuando se deja de orar, la vida que no se ve pierde sentido. Habiendo eliminado del propio organismo cultural esta dimensión, evidentemente ella gradualmente pierde significado, color, intensidad, vibración; no es sino una posibilidad genérica, una realidad que se acepta superficialmente, pero que no forma parte de la vida. Es falta de fe vivida al mismo tiempo y de esperanza, porque la vida eterna es cuestión de esperanza, de haber puesto totalmente en Dios nuestro tesoro. No queremos denunciar una falta de esperanza plena, porque hay mucha en las nuevas generaciones: hay mucho sentido de la donación, de la generosidad, y esto supone esperanza. Lo que falta es un amplio horizonte de esperanza; la esperanza no se proyecta en sus dimensiones eternas, plenas, definitivas, y uno se contenta con subrayar las dimensiones penúltimas, las que se pueden controlar más fácilmente. Entonces no es que los hombres no tengan esperanza, porque existe la esperanza en el corazón del cristiano y existe una fe a veces verdadera, sentida, sufrida; pero a esta fe y a esta esperanza no se les dan todas las dimensiones que deberían tener. Implícitamente, el cristiano hace "la cuenta" de la vida eterna: en los momentos de enfermedad y de sufrimiento renace el pensamiento, pero luego desaparece del horizonte de su reflexión ordinaria. Por otra parte, no se obtiene un aumento de esperanza estigmatizando la no esperanza; se obtiene un aumento de esperanza cultivándola, haciendo que ella aumente las propias dimensiones sobre la base de la que ya tiene.

El remedio evangélico profundo para el oscurecimiento del horizonte último es muy semejante a aquel al que hacíamos alusión hablando de la oración: dar lugar al espíritu de esperanza, de fe y de oración. Dar cabida, disponer el corazón para que el espíritu de fe y de esperanza se extienda. Fe, oración y esperanza son la respiración sobrenatural del alma, del ser profundo del hombre, la trascendencia de lo visible, la entrega de sí al Invisible, y, por tanto, la entrega del cuerpo y de la vida al Invisible. Entrega del mundo y de la historia al Invisible para que Dios nos dé la ciudad nueva, la Jerusalén celestial que desciende de Dios.

Todo esto no es simplemente cuestión de palabras: es una elección profunda, la elección de fe del hombre que hay que cultivar en sus raíces. Y nosotros (sacerdotes) somos los testigos de esta elección: todo bautizado, todo confirmado, especialmente todo sacerdote es testigo del Invisible, como Moisés.

De aquí nuestra misión de verificar -en cuanto nuestra fragilidad lo permita y en cuanto dejemos que el don de Dios obre en nosotros- la definición de Moisés "conductor del pueblo": "Por fe dejó a Egipto.. Por fe celebró la Pascua e hizo la aspersión de la sangre, por fe, atravesaron el Mar Rojo, como si fuera tierra seca" (Hb. 11, 27-29). Noten el singular y el plural. En parte es la fe de Moisés, en parte es todo el pueblo; y si leemos atentamente el Éxodo, nos damos cuenta de que, en el fondo, no todos tenían la esperanza y la fe de Moisés que vela al Invisible; había una cierta forma de confianza, se confiaban en Dios por medio de Moisés. Moisés llevaba el peso, en parte, de esa esperanza no completa: si Moisés hubiera tenido que esperar que todos tuvieran la esperanza teologal perfecta para hacerlos pasar el Mar Rojo, creo que todavía estaría allá esperando y discutiendo con el pueblo. Moisés, como testigo, lleva al pueblo a un misterioso cambio, de fe a fe, de esperanza a esperanza: hay un organismo de la salvación, hay un cuerpo místico y en él una participación de los dones. Entonces la poca esperanza de algunos queda rescatada y apoyada por la mayor esperanza de los otros que son los testigos: a través de este camino, el pueblo pasa el Mar Rojo y, a pesar de las murmuraciones, la rebeldías, las fatigas, avanza lentamente hacia la tierra prometida. Vuelve para nosotros la llamada a la importancia de la contemplación apostólica: ella es el modo como podemos llegar a ser, no por medio de sermones o verbosidad repetitiva, sino con la vida, testigos del Invisible. A él le pedimos este don, por intercesión de los grandes testigos de la fe y de la esperanza.

Teología

¿Qué certezas en un mundo de incertidumbres?

Mons. Eduardo Briancesco

Facultad de Teología (U.C.A.) - Arquidiócesis de Buenos Aires

Antes que nada el título. ¿Tiene sentido para un cristiano plantearlo cuando a la inseguridad de los apóstoles, representados por Felipe que alega no saber ni adonde iban ni qué camino seguir, Cristo se limita a responder: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre si no es por mí" (Jo 14 6)? Respuesta decisiva en verdad sobre la que descansa la certeza de nuestra fe cristiana pero que no es de fácil comprensión para nosotros, como no lo fue para los discípulos. Baste pensar en la triple actitud de Pedro quien, luego de haber confesado al Maestro como "Mesías, hijo de Dios vivo" (Mt 16 16), debió escuchar sin entender mucho más que Felipe el triple y único "Yo soy" arriba indicado, antes de oírse preguntar tres veces, por el mismo Maestro crucificado y resucitado: "Simón ¿me amas?" (Jo 21 15-17). Ahí, él también, como Tomás, vió y creyó (Jo 20 29). En la fe.

Nos toca, pues, hacer un camino semejante para pasar de nuestra humana incoherencia a la coherencia superior -teologal- de la fe. Decir incoherencia no significa decir irracionalidad humana ni arbitrariedad sino indicar el desajuste, la desproporción, diríamos "natural", ordinaria, entre las luces propias del horizonte connatural de nuestra vida y la desmesura humano-divina en la que introduce el Evangelio cuando el Señor nos invita a creer en Él y a seguirlo. Para ayudar a percibirlo convendrá también servirse de algunas preguntas típicamente humanas formuladas por contemporáneos y en cierta manera correlativas a nuestro tema.

El conocido escritor peruano M. Vargas Llosa escribió hace algunos años en el diario "La Nación", hacia el tiempo de Navidad, un artículo titulado: ¿La esperanza tiene futuro? Lo que, en el mundo concreto en que vivimos, significaba y significa: ¿tiene sentido esperar hoy? ¿es creíble esperar hoy en este mundo en que vivimos? ¿se abren hoy horizontes de esperanza para los hombres? Con otras palabras, es la misma pregunta de Felipe a Jesús: no sabemos adónde vas ¿cómo vamos a saber el camino? En un lenguaje más nuestro: ¿qué clase de guía eres si no indicas ni el objetivo hacia el que vamos ni el camino a seguir?...- Otra referencia, relativa esta vez al orden político. En la década del 70 el entonces presidente francés V. Giscard d'Estaing desconcertaba a menudo a los observadores políticos por un "estilo" abierto, flexible, dinámico y dialogal en un mundo lleno de problemas nuevos que generaban incertidumbre en el ámbito político. La pregunta espontánea era entonces: ¿es posible asumir la gestión de la incertidumbre? ¿Y qué implica esta "gerencia de la incertidumbre"?

Estas dos preguntas parecen reflejar la situación del hombre contemporáneo, más aun la de todo hombre en cuanto tal. En efecto, el hombre, sea individual sea colectivo, camina en su vida esperando llegar a alguna parte, mejor si es posible, y en algún momento, no demasiado tarde ni lejos. Pero esta esperanza que nos mueve, falta de seguridades absolutas que la funden y sostengan en su marcha, no puede ser sino "condicional" en cuanto a sus logros a través de los medios o provisiones relativas de que se dispone en el camino. Vale decir, que a esta esperanza condicional responde necesariamente una gestión incierta. Tal, como bien lo sabemos por experiencia, el horizonte connatural en que nos movemos los humanos. Tal la incoherencia a que antes se aludió, y que la esperanza cristiana, gracias y a través de la Encarnación de Cristo, viene a atravesar - a "cumplir" en sentido neotestamentario - asumiendo las coordenadas humanas en su limitación para llevarlas ya - el "hoy" bíblico - a su plenitud escatológico, incipiente pero real.

Antes que nada, para reaclimatar nuestra fe, conviene entonces dejar resonar en el oído interior el eco del "hoy" que nos viene de las Escrituras. He aquí algunos textos esenciales tomados sobre todo del

evangelio de Lucas, lo que por otra parte ayudará a ponernos en la perspectiva de este año litúrgico (el ciclo C centrado en Lucas):

- Lc 2 10-11: "el Angel les dijo: "No teman porque les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor".

- Lc 4 16-21: "Jesús fue a Nazaret... entró en la sinagoga... le presentaron el libro del profeta Isaias y, abriéndolo, encontró el pasaje ... : "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. El me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres,..... Jesús cerró el Libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. Entonces comenzó a decirles: "Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír".

- Lc 13 32-33: "En ese momento se acercaron algunos fariseos que le dijeron: "Aléjate de aquí porque Herodes quiere matarte". El les respondió: "Vayan a decir a ese zorro: hoy y mañana expulso a los demonios y realizo curaciones, y al tercer día habré terminado, pero debo seguir mi camino hoy, mañana y pasado, porque no puede ser que un profeta muera fuera de Jerusalén".

- Lc 19 5.9: Jesús miró hacia arriba y le dijo-. "Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alejarme en tu casa". Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría..... Y Jesús le dijo: "hoy a llegado la salvación a esta casa, ya que también este hombre es un hijo de Abraham, porque el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido".

- Lc 23 42-43: "Y decía (el buen ladrón) a Jesús: "Señor, acuérdate de mi cuando llegues a tu Reino". El le respondió: "Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso".

Quizás pueda condensarse el eco de este "hoy" a través de la frase inmensa del Salmo 2: "Tu eres mi hijo, Yo, hoy, te he engendrado", citada, en referencia al Cristo resucitado, en Heb. 1 5 y 5 5, y en Hech 13 33. Ella expresa lo que sería, para cada uno de nosotros y para toda la humanidad, el horizonte de su unidad en devenir. A la luz de lo cual, y para no perder de vista nuestro tema, conviene encarar dos preguntas, tan sencillas como tremendas: ¿qué es, para mi, creer?, ¿qué es, para mi, esperar? Ellas irán abriendo el camino de nuestra respuesta. Respuesta por supuesto provisoria, tratándose de una fe que busca entender siempre mejor la propia entrega a Cristo.

Por lo que concierne a la fe, es conveniente sensibilizarse más al movimiento que la impulsa que a los contenidos, por más importantes que estos sean. En términos técnicos, la "fides qua" antes que la "fides quae". Creer es, ante todo, un gesto, un movimiento que puede llegar a caracterizar nuestra vida humana: entregarse a otro, depender de otro para la vida entera. Máxime, como en el caso de la fe cristiana, cuando se descubre que se juega en ella lo que el mismo Jesús vivió en su relación al Padre: el lazo libre con la misma Fuente de la Vida y del Ser que se revela ahí mismo como Amor insondable y fiel para siempre. Es el Dios "más grande que tu corazón" de San Juan (1 Jo 3 20).

Ahora bien, si Dios, a través de Jesús, ha entrado en la historia y se ha hecho uno de nosotros, el camino que El propone a cada uno ¿no consiste en encarnarnos y hacernos cada día un poco más presentes en esa sucesión de los "hoy" que forman nuestra vida? Así, al creer en el Dios de Jesús, yo creo, hoy y cada día, que Dios, habiéndonos llamado a entrar en su vida y en su historia de Dios encarnado, cree en mí y en cada uno de nosotros. Que El se dice, aquí y ahora, en mi historia y en la historia de cada hombre. Yo creo pues en cada "hoy", corazón y hogar de una historia siempre nueva, la de la Alianza entre El y los hombres, jamás trazada de antemano sino siempre en gestación. Creo en y a través de tantas historias personales que se cruzan y se engendran, tanto en el sufrimiento como en la alegría, una historia que es la historia de todos nosotros: la que Dios nos ha contado, una vez, en su Hijo, y que no deja de volver a contar en su creación, en nosotros, hombres y mujeres, que somos sus hijos "en el Hijo". Y en ambos casos, indisolublemente, cuenta Su Historia. Así, pues, creer es, quizás, esto: recibir una historia como se recibe la vida de otros, para entrar en ellas y aportar el propio "sí", para

moldearla en consecuencia, apropiársela y luego darla a otros, esperando que ellos sigan el camino de ese devenir transformante iniciado por el "Sígueme" de Jesús. Invitación donde debe resonar siempre el eco de la Buena Nueva evangelizadora y que debe ser recibida libremente como promesa de vida y de belleza. Eso es creer en el Señor Jesús - que es, que era y que viene - como en el "Viviente" para siempre (Le 24 23.30-31). Esa es la certeza básica que sostiene la fe del cristiano y que también podría formularse así: siguiendo la Buena Nueva de Jesús yo estoy cierto de que todos los hombres somos llamados a ser felices y que podemos serlo desde ya, siendo propio de cada uno ir descubriendo cómo. Así se recoge en la propia vida el eco de las Bienaventuranzas.

Pero como es evidente que vivimos en un mundo que está en doloroso proceso de humanización, donde se codean lo mejor y lo peor, el trabajo de nuestra fe debe unir incansablemente la urgencia de ese creer recién indicado y el deseo de proponer una fe atenta a los problemas planteados por dicho proceso. Con la certeza de que el tiempo de la reflexión hace madurar las convicciones, los compromisos y la audacia de emprender, y que al hacerlo, nos hace reencontrar con lo más profundo de nuestra personalidad y de nuestra identidad cristiana. Con la certeza también de que, en la historia de los hombres, lo peor no es siempre lo más cierto, y que nos es requerido trabajar esperando que el engranaje diabólico de la violencia, cualquiera sea su origen, sea revertido en un proceso de diálogo, donde la palabra y la negociación pasen por encima del fanatismo y el odio. Tres convicciones fundamentales sobre el Dios de Jesús deben sostenemos aquí: Dios no pacta con el mal, no es un mero espectador del mal, y triunfa definitivamente del mal pero no a través de la violencia. Basta contemplar al Crucificado pascual para entender lo que está aquí en juego.

Es el momento de entrar en el segundo aspecto del tema, dedicado a la esperanza cristiana, cuya certeza es tradicionalmente formulada como certeza al mismo tiempo "tendencial" y "absoluta" (Santo Tomás). Lo que trataremos de mostrar presentando algunos rasgos propios del cristiano bajo la figura del peregrino (homo viator). En efecto, es decisivo captar que si el carácter absoluto de la esperanza se apoya sobre esa fe en Cristo de la que se acaba de hablar, ese mismo carácter debe impregnarla en cuanto ella es, esencialmente, tendencia en espera del encuentro final. Aparentemente es extraño. Parecería que absoluto va con posesión y no con tendencia, e inversamente, que tendencia va con condicional y no con absoluto. Ahora bien, eso no es así en la esperanza cristiana. Ese carácter paradójico que aúna dos términos aparentemente contrarios - absoluto y tendencial - se expresa también, desde el ángulo de la esperanza, en la afirmación central de Cristo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre si no es por mí".

¿Es posible iluminar de alguna manera ese carácter paradójico de la esperanza? Lo intentaremos, no sin indicar antes que de un gran místico medieval, conocido como el Maestro Eckhart (siglo XIII/XIV), pudo decirse que su pensamiento se deja condensar en dos fórmulas: "identidad peregrinal" y "alegría errante". Donde lo absoluto de la identidad y la alegría se combina con la tendencia propia del peregrino y del que anda errante por el camino. Algo así quisiéramos presentar aquí, con una modesta pretensión fenomenológica, recurriendo a ciertas analogías más cercanas a nuestra experiencia. Todas ellas relativas a la figura del hombre caminante.

El "turista" ante todo, recorre, observa, escruta, imágenes naturales y/o artísticas, llenando de ellas su espíritu y descubriendo a veces su belleza. La pregunta que plantea es: ¿cual es su mirada?...

Hacer una "recorrida", dar vueltas, sea con carácter deportivo o simplemente placentero, en auto o a pie, es algo espontáneo y no intencional como en el turismo, aunque al hacerlo se descubre a veces sorpresivamente la belleza del mundo. La pregunta sería aquí: ¿hay búsqueda? ¿cual?...

El "paseo" supone en cambio la búsqueda de un marco o tela de fondo, la selección de un lugar donde descubrirse mejor a si mismo y/o a los otros, solo o en compañía de otros, con el mismo goce que suscita el paseo. La pregunta correspondiente sería: ¿qué tipo de monólogo o diálogo implica?...

La "errancia" (de errar, como el caballero errante) no supone ni objetivo ni meta, y quizás ni búsqueda ni guía. Las preguntas "¿adonde vamos?"- "qué hacemos?" indican bien ese vagabundeo que puede transformarse en un laberinto donde se quiere descubrir algo y no se puede, donde a veces ni siquiera se sabe qué se quiere. La pregunta sería entonces ¿es el equivalente de un éxodo (como Israel durante sus cuarenta años de desierto), o de un exilio?... En todo caso el carácter incierto parece dominante.

La "peregrinación" implica el deseo, la espera y la conquista de un término u objetivo que es importante para el peregrino. Es, además, un recorrido "espiritual" que supone interioridad y gozo. Por eso el canto y la oración son ingredientes casi infaltables. En ese sentido el "homo viator" cristiano es un peregrino que espera descubrir a Dios "cara a cara" caminando "detrás" de El. La pregunta correspondiente es: ¿cuál es el canto peregrinal donde se refleja su alegría errante?... Pregunta apasionante, imposible de desarrollar aquí pero que se presta a variaciones casi infinitas.

El "itinerario", al interrogarse por el fin o el término, indica una verdadera búsqueda de lo esencial donde se aglutinan los signos o marcas del fin en el camino contra un puro dar vueltas sin sentido; implica la búsqueda definida de una dirección a seguir y de un guía que conduzca hacia el fin, lo que basta para distinguirlo de la simple errancia y del vagabundeo. La pregunta es: ¿cuál es el fin?... Y la respuesta cristiana es, nuevamente, que coinciden el camino y el fin (Jo 14: "Vía, Veritas, Vita"). Eso nos remite a la segunda faceta del Maestro Eckhart "la identidad peregrinal" indisolublemente unida a la "alegría errante". Son como las dos líneas, horizontal y vertical, de una imaginaria "cruz hermenéutica", donde la "travesía de si a si" (identidad peregrinal) es al mismo tiempo el advenir de si a si" (alegría errante), donde la sobreabundancia del exceso del don divino y del éxtasis del espíritu humano van asumiendo, englobando y superando los elementos de éxodo y del exilio propios del mundo en que vivimos, dejando su traza más o menos profunda en los signos o marcas que señalan nuestro caminar siguiendo a Cristo.

El carácter simultáneamente absoluto y tendencial de nuestra esperanza cierta parece quedar bien reflejada, al menos en lo esencial, dentro de esos parámetros. Que Cristo sea "Vía" indica que asume y transforma la determinación de los elementos horizontales de nuestro caminar en el tiempo histórico (los signos o señales, la errancia, el exilio, la búsqueda) pero con una dirección segura y bajo su guía (Nadie va al Padre si no es por mi). Esa transformación horizontal es posible por el advenir vertical del don de la Buena Nueva que debe resonar sin fin en el suceder cotidiano haciéndonos gustar en nuestra propia vida el "hoy" de la vida eterna. La que deviene así "alegría errante". Tal me parece, si no la mejor, al menos una manera convincente de pensar y presentar, gracias a la cruz hermenéutica, lo que podríamos llamar la fenomenología del cristiano peregrino, del "homo viator". El carácter "teológico" - o si se prefiere teándrico - de la vida cristiana se impone así por si mismo lo que no significa que sea fácil vivirlo. Razón por lo será conveniente, para concluir, resumir y completar estas reflexiones con algunas observaciones que deben ser leídas a la luz de lo que precede.

Las relaciones inseparables entre el "creer" y el "hoy" cristianos pueden también expresarse de la manera siguiente, que refleja simplemente la fe dicha por cristianos de hoy:

- "Es el "hoy" que para mí da sentido y contenido al "creer", y el "creer" el que da sentido y contenido al "hoy". Hoy, es el mundo tal cual es, son los otros, soy yo mismo. Sin creer, el hoy se inquieta, busca un sentido, pero se pierde en su movilidad, su inestabilidad, su evanescencia. Hoy, será mañana, será ayer... Creer, es el sentido del movimiento que va de ayer a mañana. A la inversa, sin el hoy, el creer se fija, deviene abstracto, vacío, ciego". Manera original de formular el cruce horizontal-vertical de la vida cristiana. ¿Coincide con la arriba expuesta?...

- " Desde siempre el HOY - y mañana a su vez va a devenir hoy - es nuevo e intacto, promesa de vida y de bondad. Y nosotros tenemos que CREER en eso: creer en ese hoy que se nos ofrece sin cesar,

creer en el Señor Jesús, que es, que era y que viene, el Viviente para siempre". ¿Se puede expresar mejor el hermoso texto de Heb 13 8: "Jesucristo es el Mismo ayer y hoy, y para siempre", que abre y cierra toda la Carta para el tercer milenio de Juan Pablo II?...

- "Nos encontramos en algún lugar sobre el itinerario que nos lleva a la luz plena. Vemos ahora como se ve en un espejo deteriorado. En nosotros se mezclan ilusión y verdad, generosidad y avaricia, impulso e inmovilidad. En nuestro universo espiritual, hay agujeros negros, zonas de sombra. No hay que asustarse: como las multitudes en el evangelio, estamos en camino, no todavía en el término de la ruta. Pero con Cristo. Permanezcamos abiertos a lo que viene ". Identidad peregrinal, alegría errante...

Dejemos resonar en fin, en este concierto de la esperanza, algunas voces no confesionales pero donde la profundidad humana descubre el mismo eco del evangelio. Un gran pensador y dos poetas serán así nuestros compañeros de viaje:

- "Fecundar el pasado, creando el futuro, que tal sea mi presente" (Nietzsche)...

- "El futuro consistirá en esto:

mirar todo de lejos,

mirar todo de cerca,

y que todo tenga un nombre nuevo" (Appolinaire)...

- "Lo virgen, lo viviente, lo bello, HOY" (Mallarmé)...

Es claro que, para dar consistencia y espesor concretos a estas reflexiones, habría que interrogar al menos algunos de los grandes problemas que dan cuerpo y forma a las tremendas incertidumbres contemporáneas. Encararlas día a día es nuestro pan cotidiano, nuestra tarea ineludible, cada uno de acuerdo a su propia responsabilidad. Pero es imposible ocuparse ahora de ellas so pena de desbordar los límites prudentes del presente artículo. Bastará al respecto recoger finalmente la pregunta inicial de Vargas Llosa: ¿tiene futuro nuestra esperanza?, y, siguiendo el orden de ideas que me parece emanar de las reflexiones precedentes, arriesgarse a resumir en dos frases lo que constituye para mi lo esencial de la respuesta:

1/ La esperanza cristiana tiene y tendrá futuro, es decir sentido y credibilidad, mientras haya quien testimonie hoy y aquí, en este mundo y en esta historia, de "otro mundo" realmente posible del que su propia manera de vivir da precisamente testimonio concreto.

2/ Esa experiencia concreta, esa vivencia singularmente distinta se carga de un peso doblemente testimonial cuando el que la encarna manifiesta hacerlo, en dichos y hechos, porque cree en un "mundo otro" del que vivimos, porque confiesa, en virtud de una Palabra que lo trasciende y lo atraviesa, "nuevos cielos y nuevas tierras" realmente posibles y entregadas como Promesa a su esperanza.

Si es lícito hablar así, es en la dialéctica entre "otro" mundo y mundo "otro", los dos afirmados como realmente posibles y mantenidos en el testimonio concreto de la propia vida, que la esperanza cristiana manifiesta su futuro. La conexión entre ambos polos dialécticos está dada de manera tal que de la vivencia testimonial surge la posibilidad de la transformación de este mundo en "otro" mundo, modelado ya por parámetros más cristianos y más humanos. A su vez, esa posibilidad de transformación, de conversión, para usar el término evangélico adecuado, abre la posibilidad de cuestionarse más radicalmente sobre la eventualidad de ese mundo "otro" que sostiene en profundidad la vivencia del primero, es decir de "este" mundo ya transformado en "otro". A falta de espacio para largos razonamientos y para provecho del lector que percibirá rápida y plásticamente aquello que está en juego, me permito remitirlo a repensar en dos películas no muy recientes pero que seguramente no habrá pasado por alto. Me refiero a "El cartero" y a "Mientras estés conmigo". Esta última, verdadera meditación sobre "crimen y santidad", muestra claramente el valor de la vivencia testimonial para abrir la posibilidad de construir un mundo "otro" sobre la base de extraordinarias relaciones de solidaridad que implican la conversión de nuestras mentalidades para encontrar salida a delicados problemas de

orden social. "El cartero", en cambio, muestra en un sutil planteo poético que la simple percepción de la belleza terrenal en todas sus formas, cuando se tiene antenas para ello, abre el espíritu a cuestionamientos radicales. "¿Es el mundo metáfora de "otra cosa"?", pregunta el cartero al poeta que no sabe qué responder en el momento, y que cierra evidentemente el film interrogándose en silencio sobre la misma cuestión en el mismo escenario de la pregunta. Con el respaldo del testimonio de vida del cartero, pobre poeta, el gran poeta del premio Nobel (Neruda) accede a aceptar que el cuestionamiento radical de la esperanza, un mundo "otro", tiene sentido. Esta ha recuperado su credibilidad, es decir tiene futuro.

He ahí, en pocas palabras y mejor que expresado con puros conceptos, lo esencial de la respuesta que solo es posible balbucear. Su carácter simultáneamente humano y cristiano resalta sin embargo de manera neta. De paso, el lector tiene ocasión de reflexionar sobre cómo es posible ayudarse hoy, para comunicar la Buena Nueva que funda nuestra fe y nuestra esperanza, con los variados recursos que ofrece la civilización de la imagen. Por supuesto, cuando estos son válidos. Al concluir, nada mejor que estas ideas para estimular la certeza de que, incluso en tiempos de gran incertidumbre, la fecundidad de nuestra certeza cristiana sólo reclama de nosotros, hoy, entrega generosa y espíritu de creatividad. En otro orden de cosas, el ejemplo de la Madre Teresa de Calcuta ¿no es un testimonio acabado de ello?...

Pastoral

La esperanza de la comunión y la comunión de la esperanza*

Pbro. Edaurdo Casas
Arquidiócesis de Córdoba

1- La esperanza de la comunión.

El camino que vamos haciendo como Iglesia Argentina en el intento de renovación de las primeras LPNE y el proceso que hemos iniciado como Iglesia diocesana hoy lo vamos a iluminar con el horizonte que -para toda la Iglesia- el Papa Juan Pablo II ha marcado en la Carta Apostólica “**Novo Millennio Ineunte**”.

En el primer párrafo del primer número del Documento se afirma que **“al comienzo del nuevo milenio se abre para la Iglesia una nueva etapa de su camino”**.⁵⁴ Esta nueva etapa coincide con el principio de un nuevo milenio y de un nuevo siglo. Estamos en el comienzo de un nuevo comienzo. En una singular gracia histórica, inmersos no sólo en una época de cambios sino en un cambio de época, en una “curva” de la historia en la cual -como en toda curva- no se puede ver lo que se ha dejado atrás, ni tampoco lo que aún está por venir. Cuando la historia nos permita -en medio de sus sinuosos caminos- transitar más rectamente, contemplaremos con mayor claridad lo que está por delante. Mientras estemos en esta “curva” del tiempo, en la transición de un siglo a otro y de un milenio a otro, prevalecerán los claroscuros y tendremos que vigilar más atentamente para captar las señales del camino. Mientras navegamos en el tiempo, los cristianos como pacientes peregrinos, debemos mantener vivas las palabras del Apóstol válidas para cualquier momento: **“... He sido alcanzado por Cristo Jesús, aunque continúo mi carrera por si yo consigo alcanzarlo, sabiendo que no lo he alcanzado todavía. Sin embargo, olvido lo que dejo atrás y me lanzo a lo que está por delante para tomar lo que Dios me ofrece desde lo alto en Cristo Jesús...”** (Flp 3,12-15). También en el “hoy” de nuestro presente tenemos que lanzarnos **“a lo que está por delante”** y discernir todo lo bueno que Dios nos ofrece **“desde lo alto”**.

En medio de esta historia tenemos que sentir el “soplo de Dios” que transita por inescrutables caminos y, como afirma el mismo Papa, **“no es raro que el Espíritu de Dios, que sopla donde quiere (Jn 3,8) suscite en la experiencia humana universal, a pesar de sus múltiples contradicciones, signos de su presencia. El Concilio Vaticano II se esforzó en leer los signos de los tiempos, incluso llevando a cabo un laborioso y atento discernimiento para captar los verdaderos signos de la presencia y del designio de Dios”**.⁵⁵ Ciertamente nadie puede hacer futurología, el profetismo cristiano tiene que ver con la esperanza y no con las predicciones. Seguimos expectantes en esta inauguración del nuevo milenio aunque todavía no se vean claras muchas cosas, tampoco **“sabemos qué acontecimientos nos reservará el milenio que está comenzando, pero tenemos la certeza de que éste permanecerá firmemente en las manos de Cristo, el eje de la historia, con el cual se relacionan el misterio del principio y del destino final del mundo”**.⁵⁶

* Reflexión presentada en la Jornada Pastoral Arquidiócesana de Córdoba, Sábado 8 de Setiembre de 2001

⁵⁴ Carta Apostólica “Novo Millennio Ineunte” (NMI) N° 1. Roma, 6 de Enero de 2001.

⁵⁵ Ibid. N° 56.

⁵⁶ Ibid. N° 35.

Haciendo este sencillo y fundamental acto de fe en Jesucristo, Señor de la historia, debemos contemplar toda realidad bajo la luz pascual de la fe en el ejercicio mantenido de una renovada esperanza. El mismo Santo Padre lo exclama: “...¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia como un océano inmenso en el cual hay que aventurarse...”⁵⁷. Tenemos que sumergirnos y bucear en las profundidades abismales de este “océano inmenso” y recóndito del milenio, llegar al corazón de este mundo salvado y de nuestra época ya redimida con la convicción que **“nuestra andadura, al principio de este nuevo siglo, debe hacerse más rápida al recorrer los senderos del mundo”**.⁵⁸ No es tiempo de detenernos, el dinamismo de la esperanza nos tira hacia adelante y nos empuja hacia arriba.

Ciertamente existen muchas realidades extremadamente preocupantes en la globalización del mundo y en el proceso histórico de nuestro País. Algunas han quedado consignadas en el material de la “Consulta a las Iglesias particulares de la CEA” tanto en la vida de las personas, como en las familias, en la cultura, en la realidad social, en la religiosidad y en las problemáticas eclesiales. El mismo Santo Padre señala en la Carta algunos retos actuales que no pueden pasarse por alto. Todos pueden reducirse a planteos éticos de nuevas formas de ser en el mundo en donde **“esta vertiente ético-social se propone como una dimensión imprescindible del testimonio cristiano. Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista que tiene poco que ver con la lógica de la Encarnación”**.⁵⁹

Precisamente el criterio teológico de la Encarnación nos ubica en las coordenadas de la realidad de Dios, del hombre y del mundo. Sólo es posible la esperanza si existe un criterio de realidad. Muchos piensan que la esperanza se fundamenta en el optimismo, en el buen humor, en la ilusión, en la fantasía, en la utopía o en la “buena onda”. Se puede tener todo eso y no ser verdaderamente esperanzado. La esperanza se diferencia esencialmente de los otros estados mencionados especialmente por su adecuación a la realidad. La ascésis que posibilita la esperanza no disfraza ni maquilla la realidad distorsionándola y caricaturizándola para que sea más “digerible”.

La esperanza -desde la perspectiva pedagógica de la Encarnación que permite asumir el criterio realista del mundo y comprometerse con él sin ninguna posible evasión- nos pone corresponsablemente frente al destino siempre dramático de la historia. Decimos “siempre dramático” porque en la construcción del mundo interviene la libertad -muchas veces- en conflicto del hombre. La esperanza es compatible con el drama del mismo modo en que son compatibles la fe y la crisis. Esto es posible desde el horizonte cristiano porque creemos en un Dios hecho hombre asumiendo el drama del mundo y resolviéndolo desde adentro en la crisis de la Cruz.

El drama puede ser asumido cristianamente porque el sufrimiento que conlleva es –para decirlo gráficamente- como “espiralado”, asciende en círculos cada vez más amplios, abriéndose hacia arriba. En cambio la “tragedia” el sufrimiento que contiene se encuentra lastimado y clausurado, encerrado en sí mismo, sin posibilidad de ninguna apertura, mostrando la fatalidad irremediable de la finitud y la contingencia. Esto se puede observar literariamente en todas las tragedias clásicas. Se narran sucesos fatales, desgraciados e infaustos con un desenlace generalmente funesto entre espada, sangre y veneno. La Cruz **“misterio en el misterio”**⁶⁰ –en el cual paradójicamente se sostiene nuestra esperanza

⁵⁷ Ibid. N° 58.

⁵⁸ Idem.

⁵⁹ Ibid. N° 51-52.

⁶⁰ Ibid. N° 25.

cristiana- no es una “tragedia” pagana, verdaderamente es un “drama” de salvación donde entran en juego la libertad de Dios, del hombre y del mundo. Concretamente es una “teo-dramática”: El drama del hombre y del mundo asumido y resuelto por Dios hecho hombre en el mundo. Nuestra esperanza es que Dios se ha hecho hombre. El mundo ya está irrevocablemente salvado; se encuentra absolutamente redimido, aunque a nuestros ojos aparezca opacado por tantos signos de muerte. La fe nos dice que el mundo ahora es indeclinablemente de Dios; ha entrado definitivamente en el ámbito de la gracia; en el horizonte de lo divino.

A partir de este dato fundamental de la fe es que se mantiene victoriosa nuestra esperanza. Los cristianos en cada inflexión de la historia debemos redimir nuestra frágil esperanza para que -en medio de los sufrimientos del mundo- estemos siempre **“esperando contra toda esperanza” (Rm 4,18)** sabiendo que **“el sufrimiento engendra paciencia y la paciencia -como virtud probada- engendra esperanza y la esperanza no falla porque el amor de Dios ha sido derramado” (5,3-5)**. La esperanza que no defrauda tiene su sostén en el amor de Dios. Un amor que abarca todas las esperanzas del mundo. El cristiano concibe su esperanza centrándola en el Dios de toda espera. Es por eso que **“la fe, la esperanza y la caridad, estas tres” (1 Co 13,13)** constituyen las llamadas “virtudes teologales”, las que tienen a Dios como último destino de su realización. La esperanza para el cristiano no es sólo, ni principalmente, una virtud humana sino una virtud teologal. Aquí estamos hablando de una “esperanza ética”. Muchos en la cultura actual postulan una mera esperanza humana sin ninguna responsabilidad en la construcción solidaria del mundo. La esperanza ética nos debe permitir actuar con una ética de la esperanza en todas las cosas, especialmente en nuestra mirada del mundo y en nuestra participación en él.

Hay quienes piensan que, como País, estamos tan mal que más bajo no podemos caer y si cabe alguna tímida esperanza en esta danza de espectros la única posible es la “esperanza del rebote”. Así como cuando se arroja una pelota para abajo sólo vuelve a saltar hacia arriba en una altura proporcional a la caída que tuvo, de igual manera piensan que ésa es la única esperanza que nos queda: La de seguir rebotando después de la caída, con el mismo impulso, proporcional al se tuvo pero en la dirección contraria. Ojalá que después de cada caída nos quede el impulso del “rebote” aunque más no sea como “mecanismo” de esperanza. Sin embargo, eso no basta. Necesitamos la fuerza de una verdadera esperanza transfiguradora del mundo. No solamente que nos tire hacia arriba sino que también nos empuje hacia adelante. Hay quienes creen que esperar es “anhelar que ocurra algo” –ya que la angustia y el estrés, el cansancio y el agobio, las decepciones y las desconfianzas, los escepticismos y las frustraciones, las incertidumbres y los fracasos van erosionando nuestras ultrajadas energías- no obstante, la genuina esperanza más que anhelar en una actitud pasiva que ocurra algo consiste “en hacer que algo ocurra”. La esperanza es activa y dinámica. Esperar es mantener la convicción de que lo mejor está aún por venir y nosotros desde la fe sabemos que verdaderamente es así. Como rezamos cada día en la Santa Misa: **“... Mientras aguardamos con gozosa esperanza la venida de Nuestro Señor Jesucristo...”** Toda la historia del mundo es un solo adviento. Para los cristianos allí se cobija la única esperanza. Mientras creemos, como reza el salmo, que alguna suerte puede cambiar ya que **“los que siembran entre lágrimas, cosecharán entre canciones” (126,5)**.

Este “profetismo de la esperanza” es el aporte que los cristianos en la actualidad podemos dar a una cultura en vertiginoso proceso de transformación. En este contexto, hay muchos que sostienen que existe una verdadera y profunda “crisis de valores”. Creo que en vez de hablar de “crisis” es más apropiado afirmar una necesidad cultural de “re-significación”. En vez de sostener una irremediable “pérdida de valores” tenemos que procurar un “encuentro de nuevas significaciones”. Los valores no

están en crisis. Lo que está en crisis son las referencias significativas al modo cómo se han vivido hasta ahora tales valores. Hay que encontrar nuevas maneras de dar significación a valores que -en el desfasaje de la “trans-culturación” que acontece de una época a otra y en los procesos de adaptación a nuevos códigos culturales- necesariamente entran en cambio. Nuestro tiempo respecto a los valores – humanos y cristianos- no es menos “crítica” que otras épocas históricas. Tenemos que dar con modos inculcados de nuevas significaciones para este tiempo a los valores de siempre. La justicia será siempre justicia; lo que tenemos que ingeniar es la propuesta de una significación con la cual la justicia pueda ser verdaderamente un “valor” -algo “valioso”- para el hombre y la sociedad de hoy.

Los jóvenes de la actualidad no es que carezcan de valores sino que poseen un acaudalado torbellino de experiencias y un cúmulo gigantesco y ecléctico de información sin poder armonizar una síntesis vital desde una adecuada referencialidad. La esperanza como “eje de sentido” para con la realidad es la que puede otorgar apertura a nuevos significados, abriendo los espacios vitales a otros sentidos. En un mundo en el cual se pierde la esperanza, también se pierde el sentido.

Este cometido de “re-significación” es lo que la inculcación del Evangelio debe hacer al entablar profundamente un diálogo con el tiempo histórico en el que se vive. Tal vez la tan mencionada “crisis de valores” no sea de nuestra parte otra cosa que pretender hablar con el mundo de hoy utilizando códigos culturales que pertenecen a otra época. No digo que los valores pertenecen a otra época. Los valores, en sí mismos, no pertenecen a ninguna época. Aunque en cada momento asuman códigos culturales que pertenecen a ese fragmento histórico y por los cuales pueden tener una verdadera incidencia significativa en dicho marco espacio-temporal.

Uno de los compromisos de la esperanza cristiana en esta posmodernidad es otorgar una válida re-significación a la inculcación de valores que necesitan de una nueva “re-adaptación” en la sociedad. Sólo así se podrá “re-fundar” el deteriorado entretendido del vínculo social en sus estructuras e instituciones. Es preciso contribuir entre todos a la elaboración de un nuevo proyecto nacional de identidad de País, de Nación y de Estado. Hemos estrechado tanto los horizontes que actualmente sufrimos –en el sistema imperante- el ahogo de una extrema “claustrofobia económica”. Si toda la vida queda sólo medida por el parámetro económico, cuando se cae la economía se deprime gran parte de la vida. Algunos creen que vivimos en un mundo de “post-ideologías”. En verdad vivimos en un mundo sin “utopías”, sin sueños colectivos que impulsan la marcha histórica. Sin embargo, sobrevivimos bajo el régimen globalizado de una “ideología económica imperante” cuyo modelo se plasma en el consumismo práctico, el individualismo social y el capitalismo neo-liberal. A lo largo de la historia de la humanidad hemos vivido bajo el influjo de varias utopías. En la Antigüedad imperó la utopía de la sabiduría y la belleza. En el Medievo, la de la santidad. En la Modernidad, la de la política. En nuestros tiempos sin utopías, sólo reina la ideología económica.

Nuestra cultura, nuestra sociedad y en muchos aspectos también nuestra Iglesia precisan recorrer caminos de “re-fundación” para poder estar a la altura de la misión que les toca en este nuevo tiempo. El proceso de refundación consiste en retornar a los “fundamentos-raíces” como “lugares” de identidad desde los cuales ubicarse en el “hoy” de cada realidad según “los signos de los tiempos” otorgando una válida interpelación para el presente. No consiste en realizar una “reforma” en el sentido histórico del término sino en iniciar un nuevo planteo adecuado a las necesidades imperantes. Es la búsqueda de nuevas “referencialidades” significativas. Si en el siglo XX el Concilio Vaticano II propuso una renovación, un “aggiornamento”; en el siglo XXI se requiere de una “re-fundación”. Para los ámbitos eclesiales la “re-fundación” consiste en reconquistar para nosotros y para el mundo la permanente

interpelación de la Persona del Señor y su estilo de vida para los hombres del tercer milenio. No hay que pretender colocar otro cimiento **“porque un cimiento diferente del ya puesto -Jesucristo- nadie puede poner” (1 Co 3,11); “Jesucristo es el mismo hoy, ayer y siempre” (Hb 13,8)** sin embargo, la fidelidad al Evangelio, a la Tradición, al Magisterio, a la herencia espiritual de los santos y fundadores, junto a los reclamos de la realidad de cada contexto exigen reformular renovadas propuestas teológicas, espirituales y pastorales para dar respuestas a los planteos del mundo.

La “re-fundación” que se da dentro de algunas realidades eclesiales consiste en un proceso marcado por etapas que requieren de la memoria histórica de los fundamentos iniciales, la lectura sapiencial y contemplativa del presente con fidelidad creativa y la apertura a futuros nuevos pasos generando otros modelos y estilos nacidos desde el discernimiento comunitario, superando así algunos esquemas históricos porque -como afirma el mismo Santo Padre- **“ha pasado ya la situación de una sociedad cristiana. Hoy se ha de afrontar con valentía una situación que cada vez es más variada y comprometida en el contexto de la globalización y de la nueva y cambiante situación de pueblos y culturas. Hace falta reavivar en nosotros los impulsos de los orígenes. El cristianismo del tercer milenio debe responder mejor a esta exigencia de inculturación”**⁶¹. Hay que retornar a estos **“impulsos de los orígenes”** buscando nuevos senderos de “re-fundación”.

Estos dos “cauces” mencionados -la “re-significación” de los valores en la cultura y la “re-fundación” de ámbitos, estructuras e instituciones eclesiales- constituyen dos acciones de la esperanza cristiana que no pueden esperar. Así lograremos como Iglesia no sólo mostrar a otros nuevos horizontes de esperanza sino también nosotros emprender ese camino. Nuestro servicio a un crecimiento interior de la esperanza hacia adentro de la Iglesia debe darse en los procesos de “re-fundación”, mientras que nuestro aporte hacia afuera de la Iglesia se brindará en las instancias de “re-significación” de los valores en la sociedad. Así se podrá mostrar la esperanza cristiana como una genuina “audacia profética” y encontraremos, entre tantas grietas, alguna rajadura luminosa. Hay transparencias de esperanzas que sólo renacen del dolor. El “factor humano” resolverá la crisis de nuestro mundo. La Iglesia, maestra en la experiencia de lo humano, tiene mucho que aportar. Nuestro País y nuestra Iglesia argentina poseen un riquísimo recurso en su gente. La esperanza es, precisamente, el recurso humano por excelencia de las relaciones. Siempre se puede y se debe esperar algo de sí y de los otros. La esperanza es la posibilidad de la “otra oportunidad” que tenemos que otorgarnos recíprocamente. La verdadera esperanza se alimenta con el asombro y el sentido gozoso de la admiración mutua.

Por otra parte, en nuestro País se denota el maltrato social de la esperanza especialmente en el hecho de que no sólo se han acortado las realidades concretas empobreciéndose hasta límites extremos sino fundamentalmente en que se han achicado hasta los sueños. En otros tiempos el padre de una familia anhelaba que su hijo pudiera ser más de lo que él pudo ser. En este ajustado presente los hijos cada vez pueden menos que sus padres. No sólo en posibilidades sino en realidades. Al estrecharse no solamente los sueños sino además las realidades la esperanza socialmente se inhibe. Es por eso que se ha disgregado casi hasta disolverse dando a luz generaciones de muchos jóvenes sin sueños, ni metas y aquellos que los tienen buscan otros horizontes geográficos donde autoimponerse la solitaria pena del exilio, forjándose la identidad de la no-identidad, el vínculo de la no-pertenencia.

Hay un salmo que canta a Dios una profunda tristeza hecha interrogante diciendo: **“... ¿Harás tú maravillas por los muertos?, ¿Se conoce tu justicia en el país del olvido?...” (87,13)**. Cuando uno lo

⁶¹ Ibid. N° 40.

reza desde este vértice del mundo a veces parece que es Argentina **“el país del olvido”**. No porque Dios la haya olvidado sino porque da la impresión que muchos argentinos lo han hecho. **“El país del olvido”** de los que están ocupados sólo con la desocupación o de los que encuentran “el pan nuestro de cada día” hurgando en la basura y revolviendo en las sobras de otros o de las distancias sociales cada vez más abiertas como lacerantes heridas ya que **“entre ustedes y nosotros se abre un inmenso abismo por más que quieran nadie puede cruzar” (Lc 16,25-26)**. El **“tuve hambre, tuve sed, fui extranjero” (Mt 25,31-6)** no sólo son palabras del Evangelio para nosotros son también palabras de la realidad. El cristiano en Jesucristo une la Palabra de Dios y la palabra del hombre en la carne de un solo Verbo. Evangelio y realidad: Uno debe ser leído desde el otro. Entre los desafíos actuales tenemos el de recrear la mutilada esperanza, la cual es un derecho del mundo y un deber de los cristianos. También nosotros podemos en estas circunstancias tomar las palabras del Apóstol: **“... Estamos atribulados en todo, pero no aplastados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados...” (2 Co 4,8-9)**. Que el Señor nos encuentre en la espera de una esperanza, construyendo la realidad de la esperanza con la esperanza de la realidad. Ojalá que **“el Dios de la esperanza colme nuestra fe de alegría para que con la fuerza del Espíritu Santo también nosotros desbordemos de esperanza” (Rm 15,13)**.

2- La comunión de la esperanza.

La propuesta que nos hace el Santo Padre de una “espiritualidad de la comunión” intentando **“hacer de la Iglesia la casa y escuela de la comunión”⁶²** no nace -en cuanto expresión- con este Documento sino que la acuñó el Sínodo sobre la vida consagrada en la proposición 28 y se incluyó en la Exhortación Post-Sinodal “Vita Consecrata” en su número 46. Así aparece el horizonte del ser y del hacer, de la comunión y la misión de la Iglesia en estos nuevos Documentos. Ciertamente ya el Concilio Vaticano II presentó a la Iglesia como comunión y la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Puebla subrayó este perfil en términos de “comunión y participación”.

En la praxis se empieza por la participación para llegar después a la comunión. La participación es el presupuesto de la comunión. Sólo si hay verdadera y efectiva participación es que se va construyendo la comunión. Aunque tal como nos lo indica la Carta Apostólica, no es primariamente una praxis sino una gracia, de allí que **“antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión”⁶³**. La **“espiritualidad de la comunión”** supone también que pueda ser posteriormente “traducida” a una “praxis de comunión” manifestada como **“un decidido empeño programático”⁶⁴** sin personalismos y aprendiendo a trabajar en equipo según el ritmo y el sentir común. Es en esta modalidad de programación pastoral donde debe privilegiarse la participación de todos según la vocación, la misión, el rol y la función que cada uno tenga en el Cuerpo. Para esto la participación debe estar cimentada en algunas “solidaridades” fundamentales: Solidaridad en el saber y en la información; solidaridad en el poder y en la decisión; solidaridad en la operación y en la ejecución; solidaridad en la evaluación y en el discernimiento. Todas estas “solidaridades” no hacen sino “sociabilizar” los dones de cada uno a favor de todos. Sin estas mutuas corresponsabilidades no pueden darse los verdaderos niveles de una real participación y, por consiguiente, tampoco pueden esperarse los frutos de una genuina comunión. Esta participación solidaria supone siempre las mediaciones concretas. La praxis de la comunión requiere, en un determinado momento del proceso, de una elaborada

⁶² Ibid. N° 43.

⁶³ Ídem.

⁶⁴ Ibid. N° 42.

“metodología orgánica” que -a su vez- se refleje en los horizontes cada vez más abarcativos de una pastoral en conjunto con acciones comunitarias trabajadas en equipo, buscando nuevas modalidades de ser y de acción.

Esta “espiritualidad de la comunión” (espíritu) que genera una “praxis de la participación” (método) en orden a elaborar una pastoral orgánica (proyecto) según diversas prioridades (opciones pastorales) cristalizadas en compromisos según distintos pasos y tiempos (proceso) acordados para la ejecución y evaluación supone una voluntad pastoral en la conducción del Cuerpo que se expresa en el conjunto de un plan pastoral. Así se irá plasmando un “estilo evangelizador” con un sello característico de identidad.

Como esto tiene que ver con la realidad concreta de cada Iglesia particular no hay que caer en inmediatismos reduccionistas y simplistas; o en respuestas ya hechas; tampoco **“nos satisface ciertamente la ingenua convicción de que haya una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo. No será una fórmula la que nos salve. No se trata pues de inventar un nuevo programa. Sin embargo, es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad”**.⁶⁵ El conjunto de estas **“orientaciones pastorales adecuadas”** debe suscitar en la comunidad **“una nueva acción misionera que no podrá ser delegada a unos pocos especialistas sino que acabará por implicar la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios. El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta exigencia de inculturación”**.⁶⁶

Para esto es preciso en primer lugar pedir a Dios la gracia de la comunión -ya que ante todo es un don- y en actitud contemplativa escuchar **“lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Ap 2,7)** para luego otorgar -dentro de las estructuras eclesiales- las vías de participación, teniendo en cuenta el requerimiento de lo que tenemos y de lo que nos hace falta, situándonos desde la misión pastoral que tenemos para con la realidad.

En nuestra Diócesis todo este camino con sus distintos pasos -“espíritu”, “método”, “proyecto”, “opciones” y “proceso”- se encuentra en su fase preparatoria o inicial. No porque no haya existido aquí una historia pastoral -sobre todo considerando la antigüedad de nuestra Diócesis- sino porque la modalidad comunitaria con la que se está encarando es relativamente reciente, además teniendo en cuenta que los tiempos comunitarios -tanto los institucionales de las estructuras eclesiales como los tiempos sociales- inciden con cierto condicionamiento. En este camino lo importante es ir descubriendo cierta continuidad retrospectiva y prospectiva -lo que hemos sido y con lo que queremos llegar a ser- captando fundamentalmente la continuidad dada por el proyecto común y no por la permanencia de las personas o situaciones.

Estas observaciones no implican la desconsideración del obrar de la gracia porque **“también aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso”**⁶⁷. La colaboración pastoral de la Iglesia supone siempre la iniciativa primera de la gracia de Dios. Una y otra mutuamente se complementan. La “praxis de la comunión” -que implica la operatividad eficaz de la participación- tiene su fundamento en la gracia de lo que el Santo Padre llama

⁶⁵ Ibid. N° 29.

⁶⁶ Ibid. N° 40.

⁶⁷ Ibid. N° 43.

“una espiritualidad de la comunión como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano. Sin este camino espiritual de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión, más que sus modos de expresión y crecimiento”.⁶⁸

Esta gracia de vínculo fraterno que genera en la Iglesia una verdadera “espiritualidad de la comunión” tiene como consecuencia el desarrollo de una genuina “mística”. El Santo Padre la designa como un camino de santidad de la cual se deriva todo un itinerario pastoral, **“no dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la santidad. Recordar esta verdad fundamental, poniéndola como fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio, podría parecer, en un primer momento, algo poco práctico. ¿Acaso se puede programar la santidad?, ¿qué puede significar esta palabra en la lógica de un plan pastoral? En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias”.**⁶⁹ En primer lugar, **“en la programación que nos espera significa respetar un principio esencial de la visión cristiana de la vida: La primacía de la gracia. Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: Pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar”.**⁷⁰ La **“primacía de la gracia”** que hay que rescatar -por sobre la planificación de las acciones y la evaluación de sus resultados- se centra, fundamentalmente, en los vínculos que sostienen las personas en el núcleo eclesial. De esto depende que exista verdadera comunión o no.

Esta “espiritualidad de la comunión” eclesial se puede entender como una “mística de la Alianza fraterna” que al ser incorporada como parte esencial del plan pastoral se transforma en una **“pedagogía de la santidad”**,⁷¹ en una experiencia de aprendizaje recíproco a través de los caminos transitados por aquellos que -en el estilo de la gracia de los vínculos evangélicos- teniendo vocaciones diversas trabajan en una misión eclesial común. Al hablar de “mística” nos referimos a una gracia capaz de generar una “espiritualidad”, un modo de vivir la totalidad de la vida cristiana desde un determinado don configurando todo un estilo evangélico y pastoral.

Esta “mística de la comunión” no anula la distinción necesaria que existe en la pluralidad eclesial de personas, carismas, vocaciones y ministerios. El mismo Santo Padre afirma que **“no es uniformidad sino integración orgánica de las legítimas diversidades”.**⁷² Cada persona en el misterio inédito de su singularidad es absolutamente distinta de cualquier otra que exista, que haya existido o que podrá existir en este vasto universo. Esta singularidad particularísima de cada persona se pone aún más de relieve cuando es amada gratuitamente por sí misma, por lo que ella simple y absolutamente es. El amor marca de manera única la singularidad de cada persona a tal punto que la comunión con otro se logra de manera más perfecta cuando cada uno en el amor se revela como distinto del otro. El verdadero amor nos preserva de la indistinción y de la masificación. Nos singulariza las diferencias proponiéndolas no como obstáculo sino como posibilidades de integrarnos a una unidad en donde cada uno no renuncie a nada de lo que verdaderamente es. A veces creemos que el amor nos transforma en el otro. En verdad, nos transforma más en nosotros mismos. El que no llega a ser amado continúa siendo su persona una

⁶⁸ Ídem.

⁶⁹ Ibid. N° 30-31.

⁷⁰ Ibid. N° 38.

⁷¹ Cf. Ibid. N° 31-32.

⁷² Ibid. N° 46.

diferencia más en la desigualdad del mundo que todos conformamos. El que es amado, en cambio, se manifiesta como una distinción en la unidad. La comunión requiere de una unidad a la cual le es esencial la distinción. Esta verdad nos viene como un dato de la fe en el misterio del mismo Dios Uno y Trino. La unidad del único Dios se define por la distinción de las Personas en la comunión. El Padre, el Hijo y el Espíritu son Personas distintas en la unidad del amor. La Escritura afirma que **“Dios es amor” (1 Jn 4,8)** -si el amor singulariza de manera especial la distinción de cada uno- en el amor que es Dios esto acontece de manera suprema. Se distingue tan particularmente la singularidad de cada uno que se preserva absolutamente la distinción aunque -como no podría ser de otra manera- en el amor se crea y se recrea verdaderamente la comunión. La unidad de Dios es la comunión de todos en la distinción de cada uno.

Nuestro amor humano -como un limitado reflejo de esta realidad- cuando es verdadero funda distinción y comunión entre las personas. Nos reunimos por nuestras afinidades pero nos unimos por nuestras diferencias. Somos cada uno en la medida en que podamos ser nosotros y somos nosotros en la medida en que no dejemos de ser cada uno. Esta doble garantía sólo la otorga el amor. Por eso Dios no es otra realidad sino amor. Es “un cada uno” y es un “nosotros” a la vez.

Esta espiritualidad de la comunión -que asume en su unidad la necesaria distinción- genera también una “mística de la integración”. Lo distinto no le es extraño a la unidad sino que -al contrario- forma parte de ella. Lo diferente no necesariamente tiene que ser lo opuesto. Esta dinámica en las relaciones interpersonales de lo distinto en lo común tiene un movimiento propio que se llama “integración”. En Dios no se necesita integración porque la distinción se da en la unidad del mismo ser de Dios. En el hombre, en cambio, se requiere de la integración porque si bien está dada la distinción no siempre está dada la comunión. La comunión en nosotros no se da como en Dios -por el sólo hecho de ser- sino que supone la libertad de poder y querer hacerla. Es posible la distinción para la comunión cuando acontece el amor. Sin el amor todos somos -y nos quedamos- solitariamente distintos. El milagro del amor radica en que abre la distinción a la posibilidad de la unión sin que se diluya la diversidad cuando se logra la unidad.

Esta “mística de la integración” en la que nadie pueda ser dejado de lado genera además una “mística de la inclusión” donde nadie pueda ser -ni sentirse- excluido. El “católico” -el que es “universal”- se encuentra abierto a la posibilidad de todos. El horizonte de la comunión asume en su seno todas las posibles distinciones, porque **“si amamos sólo a los que nos aman, ¿qué hacemos de extraordinario?, ¿acaso no es esto lo que hacen también los pecadores? (Mt 5,46-47)**. Para el Evangelio no existen los “marginales” -los que puedan situarse al margen del amor de Dios- y mucho menos los “excluidos”. El Santo Padre nos lo recuerda cuando dice que **“no debe olvidarse que, ciertamente, nadie puede ser excluido de nuestro amor, desde el momento que *“con la Encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre” (Cf. GS 22)*”**⁷³. Ya que en el imperante sistema social globalizado existen los “excluidos” tenemos que recordar que -en cambio- para los cristianos no puede ni debe ser así. Hay quienes afirman que en vez de hablar de **“opción preferencial por los pobres”** habría que decir “amor preferencial por los pobres”. Para un cristiano no es una opción -si se abraza el Evangelio- elegir o no la caridad hacia los más pobres. Si se opta por el Evangelio no es optativo el amor a los pobres. Sin embargo esta preferencia no es exclusiva ni excluyente sino “inclusiva” e integradora. El amor a los pobres es constitutivo de la caridad cristiana formando parte integral del mensaje de la Buena Nueva y consiste en **“la práctica de un amor activo y**

⁷³ Ibid. N° 49.

concreto con cada ser humano”⁷⁴. Es por eso que “el siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. En efecto, en nuestro tiempo son muchas las necesidades que interpelan la sensibilidad cristiana. Nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de contradicciones. El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza”⁷⁵. En nuestro País tenemos más de un ejemplo de “nuevas pobreza” encarnadas en la crucifixión social de los “nuevos pobres”. Nuestra pastoral en esto “requiere hoy de mayor creatividad. Es la hora de una mayor imaginación de la caridad. Sin esta forma de evangelización el Evangelio corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de comunicación nos somete cada día”⁷⁶.

Estas palabras del Santo Padre -“mayor imaginación” y “mayor creatividad”- nos abren a la perspectiva de recrear nuestro abrazo a los hombres en una “inclusión” tan “católica” como su omniabarcante amor, ya que “Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos la misericordia” (Rm 11,32). Dios permitió que todos entráramos en la “exclusión” del pecado realizada por nuestra libertad para cobijarnos a todos -por su gracia- en la “inclusión” redentora de su amor. Así ingresamos al misterio de la comunión de Dios que se revela igualmente como una “unidad inclusiva”: “... Que todos sean uno, como tú Padre en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros...” (Jn 17,21). Esta “inclusión trinitaria” de una Persona divina en su recíproca apertura a las otras descubre para nosotros un dinamismo que nos lleva más allá de nosotros mismos. La inclusión como apertura nos ensancha el corazón para incorporar toda la realidad en su totalidad. Esta es la expresión de la catolicidad de la unidad abriéndose a la perspectiva de la santidad comunitaria en la gracia de una fraternidad “inclusiva” y contenedora. Una “inclusión” para la mutua complementación donde no se anulan las diferencias sino que se las hace comunión.

Todos los misterios de Dios iluminan esta “inclusión” empezando por la Trinidad donde se contempla siempre a una Persona divina en co-implicancia con las otras dos. Por la Encarnación existe una “inclusión” de la condición humana en la Persona del Hijo desde la cual se otorga a cada hombre la capacidad de co-incluirse eclesialmente en Cristo con los otros hombres convertidos en hermanos. El misterio de la Redención es “inclusión” del pecado en la historia salvífica de la gracia. La Cruz y el descenso a los infiernos nos revelan hasta qué punto Dios incluyó el pecado del mundo en la muerte del Hijo. El desenlace del Misterio Pascual en la Resurrección nos muestra el destino de la inclusión definitiva del mundo en Dios. Y en el más allá de la historia se dará la plena y máxima “inclusión” donde Dios será todo en todos (Cf. 1 Co 12,6; 15,28; Ef 1,23; Col 13,11). La eternidad se desplegará entonces como la “inclusión” definitiva en Dios y en su infinito amor.

Todos estos fundamentos en los misterios de Dios nos hacen ver que en toda espiritualidad y praxis de comunión y participación antes de ser vividas como un hecho pastoral programático deben ser pedidas y recibidas como un don eclesial con toda la riqueza espiritual que supone el proceso de la gracia de la fraternidad, capaz de ser reflejado vincularmente en los lazos vitales de las relaciones, pudiendo ser vivido como una “mística de la Alianza”, una “mística de la integración” y una “mística de la inclusión”. Sin lugar a dudas que vivir esta espiritualidad que conlleva una modalidad pastoral -ya que toda espiritualidad debe traducirse en una pastoral y toda pastoral debe sostenerse en una

⁷⁴ Ídem.

⁷⁵ Ídem.

⁷⁶ Ídem.

espiritualidad- nos tiene que hacer discernir cuáles son los modelos eclesiales que manejamos y sus correspondientes estilos de vinculación, de conducción y de corresponsabilidad que reflejan. Es bueno dialogar sobre el modelo de Iglesia que queremos en esta legítima pluralidad de caminos teológicos y pastorales posibles. La Iglesia Universal que es Una puede y debe ser entendida y vivida de muchas maneras posibles según sea la inculturación de las Iglesias particulares en su contexto. Así se podrá apreciar la **“integración orgánica de las legítimas diversidades”**⁷⁷ en la matriz de la unidad eclesial y aunque los senderos por los que **“cada una de nuestras Iglesias camina, son muchos; sin embargo, no hay distancias entre quienes están unidos por la única comunión”**⁷⁸. Lo universal y lo particular están mutuamente “incluidos” en la catolicidad eclesial.

No obstante, hay que ser cuidadosos con esta experiencia espiritual y pastoral y reflexionarla en la medida en que la vamos viviendo y no al revés porque se corre el peligro hasta de vaciar las palabras del profundo sentido teológico que tienen a fuerza de trivializarlas. La comunión se propone y se construye, no se “codifica” o se declama. En estos tiempos de cambios, épocas que son como una “bisagra” que une a lo que viene a continuación y aún no sabemos, nos es muy necesario aprender de los otros que están también aprendiendo junto a nosotros. Nadie tiene una respuesta definitiva. Una vez más se nos abre aquí la perspectiva de la esperanza, la cual no sólo tiene que ver con el futuro sino que -en cuanto asume la realidad- tiene que ver profundamente con el presente. La esperanza es posible en la medida en que se tiene humildad, o sea adecuación con la realidad. Necesitamos una esperanza madura y no ingenua que asuma este presente del mundo en el permanente presente de Dios. La esperanza cristiana tiene la forma de la cruz, dramáticamente asume la configuración intrínseca del mundo. Sólo así es posible tener aquí y ahora una esperanza solidaria y corresponsable que posibilite la búsqueda de un bien cada vez más común y comunitario.

Tenemos que adentrarnos en este océano inmenso del nuevo mundo y del nuevo tiempo como sostiene el Santo Padre⁷⁹ ahondando aún más en el océano igualmente inmenso de una dilatada esperanza tan vasta como el mundo y como Dios. Sabemos que **“un nuevo siglo y un nuevo milenio se abren a la luz de Cristo. Pero no todos ven esta luz. Nosotros tenemos el maravilloso y exigente cometido de ser su reflejo. Cuando los Santos Padres hablaban de la Iglesia como el misterio de la luna indicaban con esta imagen que la Iglesia dependía de Cristo, Sol del cual ella refleja la luz. Era un modo de expresar lo que Cristo mismo dice, al presentarse como “luz del mundo” (Jn 8,12) y al pedir a sus discípulos que fueran “la luz del mundo” (Mt 5,14). Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia”**⁸⁰. Ojalá que María -Mujer del nuevo milenio, Estrella de esta reciente aurora, Lucero virginal de la alborada y Centinela del amanecer- con su nacimiento nos regale el nacimiento de una buena nueva para este tiempo porque nosotros todavía creemos que la esperanza es aquél soplo de la belleza de Dios que se levanta sobre el mundo y nos invita a seguir bendiciendo la luz.

⁷⁷ Ibid. N° 46.

⁷⁸ Ibid. N° 58.

⁷⁹ Ídem.

⁸⁰ Ibid. N° 54.

Semblanza

Legado teológico-pastoral de Monseñor Sueldo

“Jesucristo fuente de dignidad y justicia, a través de su Iglesia, en la sociedad santiagueña”

P. Gerardo Ramos SCJ

Parroquia San Roque - Diócesis de Santiago del Estero

Introducción

Es innegable la repercusión que el relativamente corto pero fecundo ministerio pastoral de Monseñor Gerardo Sueldo como obispo diocesano de Santiago del Estero (1995-1998) ha tenido en su Iglesia diocesana y en la vida de mucha gente de la provincia. Su voz profética ‘en favor de quienes tienen la vida y la fe amenazada’ y en contra de quienes él consideraba los principales gestores de la dramática realidad social que aún padece el pueblo se convirtió en una especie de ‘divisoria de aguas’ tanto fuera como incluso dentro de la vida de la misma Iglesia local.

En el presente trabajo trataré de resaltar brevemente los principales rasgos de su teología pastoral subyacente a las homilias más significativas⁸¹. La lectura de las mismas sugiere una sistematización de su *legado* en torno a dos polos: por un lado, Jesucristo y la dignidad humana; por otro, la Iglesia y su servicio al Reino en la sociedad santiagueña.

Como veremos, ambos polos se ínter penetran mutuamente: la dignidad humana de la que Jesucristo es fuente sólo puede encarnarse en una sociedad concreta a través de una presencia profética de su Iglesia, y a su vez la Iglesia no puede servir ‘al Reino y su justicia’ sino participando de la misión de Jesucristo y dejándose conducir por su Espíritu.

1. Jesucristo y el hombre: *el Jubileo del 2000 y la dignidad humana*

En esta primera parte desarrollaré la cristología de Sueldo y la presentaré como fundamento de dignidad para los hombres y mujeres concretos de Santiago. Este planteo tiene en las homilias del recordado pastor una impronta evidentemente litúrgica, marcada fuertemente por la inminencia del Jubileo. A su vez, este Jubileo encuentra eco celebrativo en las grandes solemnidades anuales de Pascua y Navidad, en las cuales podemos contemplar y meditar las consecuencias antropológicas precisas del misterio teológico que celebramos.

a. El Gran Jubileo del 2000

Por ser “un tiempo privilegiado de salvación”⁸² para “confesar y anunciar nuestra fe en Cristo (...) que está entre nosotros viviente y operante”⁸³, el Jubileo del 2000 se convirtió en una especie de *leit motiv* en el ministerio profético de Sueldo. En él destaca los aspectos de alabanza y acción de gracias, gozo y conversión; expresiones que tienen como centro y fundamento la celebración del nacimiento del Hijo de Dios y la Redención por él realizada⁸⁴. Además, el jubileo tendrá una repercusión concreta en la

⁸¹ Tomaré como base la compilación *Diálogos teológicos. ‘Ministerio profético y Reino. Legado de Monseñor Sueldo’*, Instituto ‘San Martín de Porres’, Santiago del Estero, 1999.

⁸² *Mes del Rosario* 1/10/95, 4.

⁸³ *Saludo de Navidad* 25/12/95, 3.

⁸⁴ Cf *Santiago apóstol* 25/07/95, 12.

vida de la Iglesia presente en Santiago, la cual descubre en este ‘Año de Gracia del Señor’ un tiempo privilegiado de salvación y renovación en la fe⁸⁵, y un incentivo evidente para profundizar su vocación transformadora en favor de la dignidad de tantos hombres y mujeres cuyas vidas y fe están amenazadas⁸⁶.

“Nuestra querida comunidad eclesial santiagueña es presencia de la Iglesia universal de Cristo que se prepara a celebrar el nacimiento de su Señor el año dos mil. Preparación que nos invita a crecer en júbilo y alegría, por eso se llama ‘Jubileo’, pero también a examinar nuestro caminar evangelizador en medio de la humanidad. Esa humanidad que no es algo abstracto o diluido en un falso sentido de lo ‘espiritual’, sino ese hombre y esa mujer, ese joven y ese niño, ese anciano de carne y huesos que cada día vemos y oímos, tocamos y rozamos al pasar. Jubileo que nos interrogará sobre nuestro trabajo evangelizador frente a cada santiagueño y frente a la comunidad toda” (*Santiago apóstol 25/07/96, 2*).

b. La Pascua

Para Sueldo, la Pascua es no solamente el triunfo de Cristo sobre la muerte, sino que también es –y está llamada a ser cada vez más– el triunfo del hombre sobre todo lo que atenta contra su dignidad de hijo e hija de Dios. De ello la Iglesia está llamada a ser testigo como comunidad y en cada uno de sus miembros, aunque esto le cueste sufrimiento y persecución⁸⁷. “El Señor de la Pascua no es el Señor que domina, sino el que sirve”⁸⁸. Sin embargo, –constata el pastor–, la realidad de las cosas nos hace ver que aún estamos lejos de vivir una vinculación existencial entre cristología y antropología en torno a este acontecimiento central de la fe: las diferentes expresiones de servilismo muestran que los creyentes no han internalizado suficientemente el único señorío de Cristo⁸⁹.

“La Pascua, no sólo nos presenta a Jesús resucitado, sino nos lleva al contenido fundamental de su triunfo. El triunfo de la vida sobre la muerte y de la fe sobre la oscuridad de la incredulidad y de la duda. (...) Por ello hoy, la Iglesia juntamente con la victoria de Jesús, celebra la victoria del hombre, vencedor, por Cristo, de la muerte y de la incredulidad a través del bautismo que da el triunfo a la fe y a la vida. (...) También desde esa perspectiva pascual, es que la Iglesia, a través de sus hijos, denunciará todo lo que pone en peligro la vida y lo que le da sentido que es el creer” (*Saludo pascual 16/04/95, 2 y 4*).

c. La Navidad

En íntima conexión con la Pascua, Sueldo se detiene en el de la Navidad. Ésta es expresión del ‘camino de despojo y humillación’ elegido por el Hijo de Dios; despojo y humillación a través de los cuales Él mismo nos reveló el fundamento de nuestra dignidad como personas e hijos/as de Dios⁹⁰. Saliendo al encuentro del hombre en la persona de Jesucristo Dios, se solidariza con el destino del hombre, de cada hombre y mujer concretos –particularmente los de su diócesis–, especialmente ‘con los

⁸⁵ Cf *Saludo pascual 7/04/96, 7*.

⁸⁶ Cf *Santiago apóstol 25/07/96, 2; Saludo de Navidad 25/12/96, 6*.

⁸⁷ Cf *Santiago apóstol 25/07/96, 4-5*.

⁸⁸ Cf *Saludo pascual 7/04/96, 10 y 12*.

⁸⁹ Cf *Saludo pascual 30/03/97, 2,7-8*.

⁹⁰ Cf *Saludo de Navidad 25/12/95, 5*.

*pobres, humillados y perseguidos*⁹¹; es más, *‘en ellos oculta su gloria*⁹². Así, a partir de Jesucristo no habrá ya nada de profundamente humano que no halle su eco en el corazón de Dios, ni nada divino que no tenga una concreta y verdadera repercusión antropológica: *“Cristo en su misterio no nos permite separar a Dios del hombre, ni de la humanidad, ni de todo lo humano”*⁹³.

“El Dios que celebramos en Jesucristo, es el Dios que sale ‘al encuentro del hombre’. No espera que el hombre vaya a Él. Dice el Papa, ‘en Jesucristo Dios no sólo habla al hombre, sino que lo busca. La encarnación –y el Nacimiento- del Hijo de Dios testimonia que Dios busca al hombre’ (TMA 7). Por eso Jesús, nacido en Belén es el punto de ‘encuentro’. Él mismo, su Persona es un ‘Encuentro’ viviente y siempre actual de Dios con la humanidad. (...) Por esta comunión total y profunda con el hombre, desde Jesús en adelante, nada que afecte al hombre será ajeno a Dios, y nada del hombre estará fuera de la esfera salvadora de Dios. (...) Cristo, nacido como Hombre, nos reveló nuestra dignidad como personas e hijos de Dios (...); nos reveló los derechos y responsabilidades de personas e hijos de Dios” (*Saludo de Navidad 25/12/96*, 8-10).

d. “Jesucristo fuente de dignidad”

Por último, Sueldo explicita el fundamento último que en Cristo tenemos de nuestra dignidad: en Él ‘hemos sido elegidos, bendecidos y predestinados para ser alabanza y gloria de Dios’. Este es el motivo de la ‘grandeza’ de cada persona humana, y la razón última del ‘respeto’ que ésta merece. De este modo, el hombre pasa a ser parte del misterio de Dios, que ya no quiere entenderse a sí mismo sin esta vinculación ontológica y existencial con el hombre. Defender la dignidad humana –propia y ajena- pasa a ser una exigencia básica de la fe; y atentar contra ella se convierte en ofensa directa al Creador y Redentor del hombre, como así también en una apostasía práctica.

“Ésta es la grandeza y ésta es la razón del respeto fundamental de cada una de las personas y de cada uno de nosotros: el saber que, desde Dios, hemos sido elegidos, bendecidos y predestinados para ser alabanza y gloria de Dios y revelar así la Voluntad salvadora y dignificadora de nuestro Dios. Por eso, todo aquello que atente contra la imagen viviente de Dios en cada hombre y en cada mujer es negar el contenido de nuestra fe. (...) Al mismo tiempo, se nos pide a nosotros mismos, como compromiso, saber defender esa dignidad que Dios nos ha dado y defenderla dentro de la debilidad y pobreza que tenemos”(*Por el derecho a la vida 12/7/97*, 7-8).

2. Iglesia y sociedad santiagueña: la Nueva Evangelización y la justicia del Reino

Después de haber presentado a Jesucristo como fuente de dignidad para el hombre, buscaré profundizar el modo concreto en que este proceso está llamado a realizarse a través del servicio insustituible de la Iglesia; como así también el contenido preciso que en la sociedad santiagueña la justicia correspondiente a tal dignidad exige en vista al Reino.

Partiré del concepto Nueva Evangelización, como de hecho lo hizo Sueldo en su ministerio profético; me detendré en la sociedad concreta en que él vivió y –siguiendo la voz del pastor- haré una lectura creyente de algunas de sus situaciones más relevantes. Descubriremos en el pensamiento de Sueldo el perfil de Iglesia necesario para responder a los desafíos presentados por el contexto socio-

⁹¹ Cf *Saludo de navidad 25/12/96*, 2,5-7.

⁹² *Saludo de Navidad 25/12/95*, 5.

⁹³ *Saludo de navidad 25/12/95*, 4.

político-cultural; los ámbitos de reflexión que él considera más importantes y los criterios y opciones pastorales más relevantes.

a. Iglesia y Nueva Evangelización

1. El Misterio de la Iglesia...

Recordando las afirmaciones conciliares fundamentales sobre la Iglesia, Sueldo subraya que ésta es el ‘ámbito de comunión de Dios con los hombres y de los hombres entre sí’, participación de la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo⁹⁴. Por eso ‘Dios reina’ en ella y está llamado a reinar cada vez más como su único Señor⁹⁵; de modo que pueda ella misma sentirse enviada al mundo para renovarlo y transformarlo con el ‘anuncio de la buena Noticia a todas las gentes’ y por la fuerza del Espíritu que la guía y acompaña⁹⁶. En ella todos “debemos comprometernos a presentar al Dios misericordioso y consolador”⁹⁷.

2. ...Ante el desafío de una Nueva Evangelización

Sueldo destacó –en comunión con la Iglesia universal- el desafío de una Nueva Evangelización, particularmente en el inicio de su magisterio profético; y cada vez más lo fue traduciendo en la exigencia de ‘obras concretas’ en favor del hombre recreado en Cristo⁹⁸: a esto lo llamó justicia. Según él, hablar de Nueva Evangelización es “hablar, pensar y sentir a Cristo”⁹⁹. Ésta exige una lectura creyente respecto de la realidad que nos toca vivir –por lo que habrá que conocerla e interpretarla-; como así también una estrategia pastoral que, ‘mirando hacia delante’ e inspirándose en el misterio de Jesucristo, pueda ir transformando –en este caso la realidad de la sociedad santiagueña– en vista al ‘Reino y su justicia’.

“La Iglesia en la Argentina debe seguir recorriendo y profundizando el camino de la Nueva Evangelización; (...) esa Nueva Evangelización nos invita a leer desde la fe la situación particular que vive nuestra Patria” (Homilía al llegar a la diócesis, 5). “Quiero invitar a todos a mirar hacia delante, hacia los nuevos desafíos que los tiempos y la Iglesia nos presentan. Desafíos especialmente enmarcados en la Nueva Evangelización en la que estamos comprometidos. Evangelización que nos lleva a proponer nuevamente a Cristo” (Al iniciar el gobierno en la diócesis, 30/11/94, 6).

b. La realidad de Santiago del Estero

Al acercarse a la realidad santiagueña, Sueldo tiende a subrayar y denunciar las deficiencias tanto coyunturales como estructurales de la sociedad: los aspectos socio-políticos y los socio-culturales. Ve en los primeros manifestaciones de los segundos. Percibe responsabilidades tanto en el manejo caudillesco e impune del poder como así también en la mentalidad de dependencia obsecuente y pasiva del pueblo.

⁹⁴ Cf Clausura 10° Semana de Pastoral 9/11/97, 2.

⁹⁵ Cf Santiago apóstol 25/07/95, 2.

⁹⁶ Cf Clausura..., 4.

⁹⁷ Al iniciar el gobierno de la diócesis 30/11/94, 8.

⁹⁸ Cf Aniversario del 16 de diciembre 16/12/94, 8.

⁹⁹ Clausura 8° Semana de Pastoral 22/10/95, 4.

En su ministerio profético, pone de manifiesto con increíble sagacidad la vinculación estrecha que existe entre dos polos de una misma realidad y mentalidad: es gracias a la pasividad de la sociedad que los ávidos de poder pueden instrumentalizarla y someterla¹⁰⁰; y a su vez es por esta instrumentalización y sometimiento que se acentúa el sentimiento de impotencia y postergación¹⁰¹, en una especie de circularidad demoníaca¹⁰², en la cual es cada vez más clara la relación de ‘vasallaje’ existente entre ‘amos y esclavos’¹⁰³.

“Un pueblo con vocación servil (...) permitirá y justificará la impunidad sin reclamar; apaludirá y votará la dádiva y la dependencia (...), aceptará como normal la compra y venta de personas (...); se someterá siempre a la represión del estado, del poder económico, de la tradición del apellido o de otros poderes (...), nunca cuestionará la competencia o incompetencia de sus funcionarios; (...) gozará haciendo el papel de ‘cándido’ abanderando y aplaudiendo todas las obras y placas que reinaugura su líder (...); aceptará medios de comunicación social sumisos y entregados (...); se admirará de los funcionarios que siendo corruptos saben ‘zafarse’ y quedan muy bien (...); alrededor del caudillo o autoritario de turno creará un culto a la persona que lo llenará de miedo y reverencia (...). Una sociedad que tenga esa vocación servil, no podrá sino crear instituciones y poderes que respondan a esa actitud (...): una justicia sometida y manejable (...); una Cámara de Representantes que no representa a nadie porque es inoperante y obsecuente” (*Saludo pascual 30/3/97, 8*).

Señala en particular la pervivencia de una ‘tiranía y opresión’ alimentada de ‘obsecuencia cortesana’¹⁰⁴, la inexistencia de una justicia independiente¹⁰⁵, la inseguridad y desprotección frente a un “Poder Ejecutivo que proclama que es ‘Juez, Fiscal e Instructor’” o a “una Policía Provincial que primero golpea y después pregunta”¹⁰⁶, las presiones laborales del Estado provincial¹⁰⁷, la indolencia del Gobierno¹⁰⁸ y los mezquinos intereses de partido¹⁰⁹.

c. “Seguir madurando una Iglesia santiagueña...”

Desde la realidad que acabamos de describir, la Iglesia que peregrina en Santiago del Estero tendrá que hacer presente a Cristo¹¹⁰; a partir de su propia maduración creyente, y del potencial que la fe tiene para ‘sanar, afianzar y promover la dignidad del hombre’¹¹¹. Para ello se hará ‘prójima’ de los hombres y mujeres concretos, de cada ‘individualidad’ y no solamente del ‘montón’¹¹²; y a la inversa, desde las personas concretas, hijos e hijas de Dios, buscará renovarse en la fe, descubriendo el

¹⁰⁰ Cf *Santiago apóstol 25/07/95, 9*.

¹⁰¹ Cf *Aniversario del 16 de diciembre 16/12/94, 4; Mes del Rosario 1/10/95,4; Saludo de Navidad 25/12/95, 7-8; Desempleados 28/01/96, 1 y 7*.

¹⁰² “Ustedes conocen ‘el adversario’: la postergación, la pobreza, la manipulación de las personas, el soborno, la compra y venta de la dignidad” (*Clausura 8º Semana de Pastoral 22/10/9, 6*).

¹⁰³ Cf *Saludo pascual 12/0/98, 4*.

¹⁰⁴ Cf *Santiago apóstol 25/07/96, 10*.

¹⁰⁵ Cf *Santiago apóstol 25/07/95, 11*.

¹⁰⁶ *Municipales de Loreto y Choya 6/09/96, 7-8*.

¹⁰⁷ Cf *Saludo de navidad 25/12/95, 7*.

¹⁰⁸ Cf *Saludo de Navidad 25/12/96, 13*.

¹⁰⁹ Cf *Desocupados en la Catedral*.

¹¹⁰ Cf *Misa crismal 13/04/95, 3*.

¹¹¹ Cf *Aniversario del 16 de diciembre 16/12/94, 7; Saludo de Navidad 25/12/95, 4*.

¹¹² Cf *Apertura 10º Semana de pastoral 6/11/97, 5*.

potencial liberador de la misma¹¹³. Para ello será imprescindible ‘acercarse’, ‘ver’, y meterse en la vida de quienes ‘tienen la vida y la fe amenazadas’¹¹⁴; sin tener miedo a ser una Iglesia que “como las aguas vivas produce y defiende la vida”¹¹⁵. En su servicio pastoral, deberá reflexionar periódicamente acerca de la fidelidad a su misión; la cual, como la del Hijo de Dios, ‘siempre tocará lo temporal’.

“El servicio evangelizador de la Iglesia tocará siempre lo temporal, y esta preocupación por lo temporal se convertirá también en preocupación para el evangelizador” (*Santiago apóstol* 25/07/95, 8). “Cuando la Iglesia invita a no perder la dignidad por la obsecuencia y servilismo frente al poder de todo tipo, está anunciando su fe. Cuando observa cómo se va profundizando una cultura de la dependencia y el sometimiento con refinados métodos de la dádiva que crean la pasividad y hacen sentir al otro deudor por siempre, está anunciando su fe” (*Santiago apóstol* 25/07/96, 7).

Esta maduración en la fe de la Iglesia santiagueña está llamada a realizarse en cada uno de sus miembros: obispo, sacerdotes, religiosos/as, laicos. Desde la especificidad eclesial de cada una de estas vocaciones, todos están llamados a vivir un testimonio profético. El obispo con su presencia y palabra, comprometiendo su propia persona en el ‘aquí estoy’ sacerdotal¹¹⁶. Los presbíteros haciendo carne en sus vidas lo que anuncian y celebran y como los consagrados/as, con un testimonio radical de vida inmune a la crítica y a la calumnia, y abierto como el del Hijo de Dios incluso a la posibilidad del martirio¹¹⁷; Los laicos, -‘discípulos de Jesús’ y muchos de ellos ‘estrechos colaboradores del ministerio pastoral del obispo’-, tomando consciencia de la dignidad de sus personas y de sus familias, y defendiéndola contra toda forma de manipulación por parte de los ‘poderosos de turno’¹¹⁸.

d. “...En favor de los que tienen la vida y la fe amenazadas”

Si bien ‘todo hombre es sacramento de Cristo’, el Señor quiso identificarse preferencialmente con los más pobres y débiles, y en ellos de hecho ‘esconde hoy su gloria’¹¹⁹. Por eso la Iglesia, y particularmente en América Latina, Argentina y Santiago del Estero, quiere privilegiar esta opción, y renovar sus ‘actitudes y comportamientos personales y comunitarios’ desde ella¹²⁰. Sin pretender hacerlo con un carácter exclusivo -descuidando otros sectores¹²¹-, esta opción será la impronta y talante específicos que señalará la fidelidad de la Iglesia de Cristo en la diócesis.

“Continuando con la opción de la Iglesia en América Latina y en la Argentina, queremos privilegiar el servicio fraterno a los más pobres, revisando nuestras actitudes y comportamientos personales y comunitarios, así como los métodos y estructuras pastorales” (*Aniversario del 16 de diciembre* 16/12/94, 12).

¹¹³ Cf *Aniversario de Cabezas* 23/01/98, 2.

¹¹⁴ Cf *Clausura 9º Semana de pastoral* 6/11/97, 5.

¹¹⁵ Cf *Clausura 10º Semana de pastoral* 9/11/97, 5.

¹¹⁶ Cf *Inicio gobierno en la diócesis* 30/11/94, 3; *Homilía al llegar a la diócesis*, 2; *Saludo de Navidad* 25/12/95, 9; *Marcha por la justicia* 29/05/98, 2-3.

¹¹⁷ Cf *Misa crismal* 13/04/95, 4-7; *Municipales de Loreto y Choya* 6/09/96, 4; *1º Encuentro diocesano Derechos Humanos* 13/12/97, 2.

¹¹⁸ Cf *Municipales de Loreto y Choya* 6/09/96, 3; *Marcha por la Justicia* 29/05/98, 4.

¹¹⁹ Cf *Saludo de Navidad* 25/12/95, 5; *Desempleados* 28/01/96, 4.

¹²⁰ Cf *Santiago apóstol* 25/07/95, 10.

¹²¹ Cf *Santiago apóstol* 25/07/98, 6.

e. Ambitos de reflexión y discernimiento

Madurar un estilo de ser Iglesia en Santiago ‘en favor de los que tienen la vida y la fe amenazadas’ exige crear ámbitos de reflexión y discernimiento, tanto para los criterios como para las estrategias concretas que se van asumiendo. A respecto, el obispo descubre en las Semanas de Pastoral lugares privilegiados para este esfuerzo, en los que la Iglesia diocesana se pregunta acerca del servicio que está prestando, revisa la eficacia de lo que ha hecho (=mirada retrospectiva), y proyecta pastoralmente las opciones aparentemente más conducentes (=mirada prospectiva)¹²². Sueldo es exigente sobre todo en lo que atañe a la evaluación pastoral, ya que de esto depende el posicionarse bien en el presente (=tiempo salvífico): “un desafío para nuestra Iglesia diocesana es revisar continuamente su servicio”¹²³.

En esta línea de revisión llega a preguntarse: “¿Qué ha cambiado en Santiago del Estero en los últimos diez años?”; a lo cual parecería querer responder/se -sin tener miedo a la verdad de la historia- que no muchas cosas¹²⁴ ...

“Debemos preguntarnos ante Dios y la comunidad santiagueña qué estamos haciendo para ‘madurar una Iglesia en Santiago del Estero comunitaria y misionera, pobre y solidaria, que se nutre de la Palabra de Dios y los Sacramentos, para el servicio de los que tienen la vida y la fe amenazadas’. Éste es el rumbo evangelizador que a lo largo de ocho Semanas Diocesanas de Pastoral se ha ido delineando. Este examen de conciencia lo hemos iniciado el año pasado y lo seguiremos en la próxima 9ª Semana de Pastoral” (*Santiago apóstol 25/07/96*, 3).

f. “Jesucristo fuente de justicia”: líneas pastorales

“El trabajo pastoral de la Iglesia nunca podrá ser una huida de las realidades del mundo, al contrario, como lo hizo Cristo con la fuerza del Espíritu desde el primer momento, será enfrentarse con esas realidades para iluminarlas con la luz del Espíritu” (*Saludo de Navidad 25/12/97*, 7).

*Del magisterio profético de Sueldo surgen algunas líneas pastorales muy claras, y que él explicita en diferentes circunstancias. Ante la urgencia de muchos de los desafíos esbozados a partir de una lectura interpretativa y creyente de la realidad, el obispo advierte que las respuestas deben ser rápidas; y que por estar inspiradas en el misterio de Jesucristo ‘fuente de dignidad y justicia’ tienen que estar avaladas por la coherencia y santidad de vida de los evangelizadores*¹²⁵.

Estas respuestas responderán a una acción pastoral común madurada en el seno de la vida de la Iglesia presente en Santiago, involucrando así a la mayor cantidad posible de sus miembros. Supondrá la defensa y promoción de la dignidad de cada persona en los más variados ámbitos de la vida – especialmente la de aquellas que se encuentran en situaciones de mayor indefensión-¹²⁶; como así también una conscientización pública para que ‘no nos dejemos manipular’ ni entremos en complicidades¹²⁷ -ya que “nada tan anticristiano como la obsecuencia que exigen ciertos ‘señoríos’”¹²⁸. Esta defensa profética de la dignidad de hijo/a de Dios presente en cada hombre y mujer santiagueños

¹²² Cf *Mes del Rosario 1/10/95*, 4.

¹²³ *Santiago apóstol 25/07/96*, 12.

¹²⁴ Cf *Apertura 9º Semana pastoral 10/10/96*, 4; *Apertura 10º Semana pastoral 7/11/97*, 3.

¹²⁵ Cf *Homilía al llegar a la diócesis*, 9; *Aniversario del 16 de diciembre 16/12/94*, 8.

¹²⁶ Cf *Homilía al llegar a la diócesis*, 10; *Al iniciar el gobierno de la diócesis 30/11/94*, 8.

¹²⁷ Cf *Saludo pascual 16/04/95*, 7; *Aniversario Cabezas 23/01/98*, 1.

¹²⁸ *Saludo pascual 7/04/96*, 10.

frente a toda forma y tentación de sometimiento a 'vasallaje', constituirá el testimonio de fe que la Iglesia tendrá que dar 'con audacia'¹²⁹, con coordinadas 'acciones comunes'¹³⁰, para preparar de un modo comprometido el Gran Jubileo del 2000.

Conclusión

Puedo concluir afirmando que el legado teológico pastoral de monseñor Sueldo es doble. Al releer sus homilias descubro, por una parte, el *legado de un contenido* cristológico-antropológico que se convierte en eje hermenéutico de su magisterio pastoral. Por otra, encuentro el *legado de un método* que a partir de la fe se desarrolla sobre el eje histórico de su praxis pastoral.

Tal vez este legado no fue comprendido suficientemente en su momento y por eso mismo es 'legado'. Puede ser que por esto monseñor Sueldo quedó un poco sólo en su ministerio y vida profética: tal vez porque quiso ir demasiado rápido, tal vez porque el pueblo de Dios fue demasiado lento. Es posible, incluso, que inconscientemente haya asumido esa misma actitud caudillesca que trataba de denunciar en la sociedad, o que el pueblo de Dios haya 'delegado' en él –con bastante elegancia- la responsabilidad de su propio protagonismo social. Probablemente se dio de todo esto un poco.

Creo que la deuda pendiente de la Iglesia en Santiago frente a este 'legado teológico-pastoral' es el de hacerlo más suyo, fortaleciendo los ámbitos de reflexión, discernimiento y decisión comunitaria en los cuales pueda vivirse y aplicarse, sin esperar todo de su nuevo pastor.

¹²⁹ Cf *Segundo día 10º Semana pastoral 7/11/97*, 6.

¹³⁰ Cf *Clausura 8º Semana de pastoral 22/10/95*, 5.

Informe

La Reforma Económica de la Iglesia en la Argentina

Evaluación del Plan "COMPARTIR"¹³¹

Mons. Carmelo Juan Giaquinta

Arzobispo de Resistencia - Presidente del Consejo Episcopal de Asuntos Económicos.



I. Idea madre del Plan: formación de un capital humano

Primeros pasos

1. Hace cuatro años, el 16 de junio de 1997, me visitaron en Resistencia tres miembros de la Comisión formada para colaborar con el Consejo Episcopal de Asuntos Económicos e imaginar el Proyecto de Reforma Económica de la Iglesia encomendado por el Episcopado. Eran los señores Eduardo Casabal, José Luis Picone y el P. Rafael Braun. Invité a una reunión con ellos a los miembros de varios entes eclesiales: Consejo Presbiteral, Consejo Arquidiocesano de Pastoral, Consejo Arquidiocesano de Asuntos Económicos, Junta de Laicos, y a algunos otros laicos entendidos en materia económica, con la intención de someter a la discusión una idea que ellos traían de lo que podría ser el Proyecto de Reforma. "Pareciera - dijeron- que el Proyecto de Reforma Económica de la Iglesia habría de consistir sustancialmente en la formación de agentes pastorales con una nueva mentalidad en lo referente a la economía eclesiástica, que sea acorde con el espíritu del Evangelio, ajustada a las normas canónicas y a la ciencia y práctica de la administración propia de los hombres honestos. En la Argentina tenemos alrededor de 2.500 Parroquias. Si formásemos en esa nueva mentalidad a 10 agentes por Parroquia, tendríamos pronto 25.000 nuevos agentes, que hoy no contamos. Si formásemos a 20, tendríamos 50.000. Y así consecutivamente. Entonces el Proyecto tendría un sustento real. De lo contrario, aunque juntásemos una gran suma de dinero para solucionar los problemas económicos que hoy tiene la Iglesia argentina, pronto esa suma desaparecería como el agua en la arena. Y el problema persistiría. ¿Qué opinan Uds.".

2. El planteo mereció amplio consenso, en especial por parte de los laicos. Apuntaba directamente a la formación de un capital humano, que no se devalúa, capaz de generar el capital dinerario con el que hoy nos manejamos los hombres y que también la Iglesia necesita para la obra evangelizadora. El enfoque coincidía con la intuición que yo había tenido en noviembre de 1996 cuando acepté el cargo de Presidente del Consejo. Entonces les había dicho a mis hermanos Obispos que aceptaba el cargo si el Proyecto de Reforma económica incluía instaurar en la Iglesia argentina la correspondiente catequesis

¹³¹ Esta evaluación retoma la presentada por Mons. Giaquinta ante la Asamblea Plenaria del Episcopado, el 10 de mayo de 2001.

sobre el uso del dinero. Y de hecho, así fue resuelto: "Se encomienda al Consejo de Asuntos Económicos que estudie el tema del sostenimiento de la Iglesia Argentina, incluyendo la preparación catequética correspondiente" (72a. Asamblea Plenaria, 4-9 noviembre 1996, Resolución 14).

3. Poco después, en agosto de 1997, nos reunimos los Obispos miembros del Consejo y dimos el okey a esta idea, y nos avenimos a llevarlo a la práctica en nuestras Diócesis, a manera de experiencia "piloto": Alto Valle, Resistencia y San Isidro. Y, a inicios de septiembre, presentamos el Proyecto a la Asamblea Plenaria del Episcopado. Éste lo aprobó en líneas generales, prácticamente por unanimidad, y quedó bautizado con el nombre de "Plan COMPARTIR". No faltó el comentario risueño de algún Obispo: "El Plan es estupendo en la presentación con transparentes a colores. Esperemos que no quede sólo en eso".

Otros elementos inspiradores

4. No me detengo a comentar otros elementos que intervinieron indirectamente en la gestación del Plan. Por ejemplo, la visita que Mons. José Pedro Pozzi y yo hicimos en enero de 1997 a las Iglesias de España, Francia, Alemania e Italia, para interiorizarnos del modo cómo ellas abordan el sostenimiento de la obra evangelizadora. O la que hicimos a la Iglesia de Estados Unidos en diciembre de ese año. En todas, pero especialmente en la norteamericana, observamos la necesidad de fundar el sostenimiento de la Iglesia no sólo en cálculos económicos y técnicas administrativas, sino en una espiritualidad basada en el Evangelio. De allí, Stewardship y Sacrificial Giving, dos movimientos que apuntan a fundamentar los aportes de los fieles y su administración en la espiritualidad cristiana.

Necesidad de evaluar

5. A casi cinco años de la decisión del Episcopado de emprender la Reforma económica, y a casi cuatro de la aprobación en general del Plan COMPARTIR:

- a) ¿qué sentimos hoy los Obispos frente a dicha Reforma? ¿la seguimos sintiendo necesaria?
- b) ¿cuál es el punto en que se encuentra?
- c) ¿cómo asumen la Reforma Económica los sacerdotes?
- d) ¿cómo la asumen los laicos?
- e) ¿y frente al Plan COMPARTIR: nos parece un instrumento adecuado para lograr la Reforma? ¿los Obispos asumimos el liderazgo necesario? ¿los sacerdotes secundan? ¿los laicos acompañan?
- f) ¿cuáles son los frutos del Plan? ¿cuáles las dificultades a superar?

Dejaré que la Comisión Nacional del Plan Compartir y que el Equipo Nacional de Trabajo hagan su propia evaluación. Yo procuraré hacerla desde mi propia perspectiva.

II. Un Plan fundado en el Evangelio

6. Para hacer una buena evaluación, conviene tener presentes los propósitos y criterios aprobados por el Episcopado, tanto en el Planteo General de la Reforma económica (septiembre 1997), cuanto en la Carta pastoral colectiva "**Compartir la multiforme gracia de Dios**", sobre el sostenimiento de la Obra evangelizadora de la Iglesia" (octubre 1998). Acudiré, sobre todo, a ésta última. En ella los Obispos nos propusimos tres objetivos. Uno de ellos es "explicitar el fundamento teológico-pastoral en el que se basa el Plan Compartir" para "llevar adelante el proceso de reforma económica" (n° 3c).

Ateniéndonos al texto de la Carta, podemos decir que el Plan:

a) se funda en la Palabra de Dios.

De las cuarenta y cuatro citas que trae, veinticinco son bíblicas. Si bien ello no basta para que un documento sea de inspiración bíblica, la misma salta a la vista. Lo bíblico no es en ella algo postizo, sino

su alma, lo mismo que lo es del Plan, y de los numerosos talleres que se realizan en las diversas Diócesis para asimilarlo;

b) expresa la fe en el misterio del nacimiento de Jesucristo.

Éste misterio es propuesto en la Carta como el fundamento inspirador del Plan. Comienza y concluye aludiendo explícitamente a él (cf. N°s 1 y 30). Y ello, no porque quedase bien referirse al nacimiento de Cristo en vísperas del Gran Jubileo, sino porque San Pablo, primero (cf. 2 Co. 8,9), y la liturgia navideña, después, unieron el admirable intercambio entre el cielo y la tierra realizado en el nacimiento de Jesús, gracias al cual Dios comparte con nosotros su naturaleza divina y nosotros con él nuestra naturaleza humana;

c) retoma la experiencia de comunión del primer Pentecostés.

La comunión en la primitiva Iglesia no era sólo una noción teológica, sino ante todo una vivencia suscitada por la presencia del Espíritu de Jesucristo en la comunidad y en cada uno de los fieles, que lo abarcaba todo: el plano espiritual, mediante la comunión en los padecimientos de Jesucristo, y el material, mediante la comunión de los propios bienes con quien estaba falto de ellos. De allí, que la Carta subraye esta categoría bíblica (cf. N°s 4-6). De allí, también, que la Carta, si bien tuvo que poner énfasis en la comunión de los bienes materiales, porque este aspecto en la Iglesia argentina sufre especiales dificultades y necesita de una particular catequesis (cf. N°s 18-26), tiene siempre presente que la comunión ha de ser total. Por ello, cuando propone como su primer objetivo *“acrecentar el espíritu de comunión de bienes”*, los entiende a éstos en forma completa: *“personas, talentos, tiempos y dinero”* (n° 3; cf. N°s 7-17);

d) apunta a la misión evangelizadora de la Iglesia.

La misionalidad de la Iglesia está presente en la Carta desde el subtítulo. No se trata de emprender una reforma económica sólo por motivos humanos; por ejemplo para adecuar la Iglesia a la nueva situación económica del mundo, sino en orden a *“el sostenimiento de la obra evangelizadora”*. El misterio del nacimiento de Jesucristo, de su muerte y resurrección, y en particular su mandato misionero de ir a anunciar el Evangelio a todo el mundo, *“nos ha de llevar a considerar la obligación que nos cabe de poner todos los medios necesarios para su realización”* (n° 1). De allí, que el segundo objetivo de la Carta sea: *“facilitar un proceso de reforma económica en la Iglesia en la Argentina, cuyo fruto sea el sostenimiento integral de la obra evangelizadora”* (n° 3b);

e) exige conversión a la persona y al Evangelio de Jesús.

El llamado a la conversión, en el que los Evangelios sintetizan la predicación de Jesús (cf. Mc 1,15; Mt 4,17; Lc 5, 32), está muy presente en la Carta. A este aspecto está dedicado el último capítulo: *“Conversión y ordenamiento económico”* (cf. N°s 27-29). Digno de recordar es lo que decimos en el n° 28: *“La reforma económica de la Iglesia debe pasar necesariamente por la conversión al Evangelio de Jesús. Se trata de un verdadero proceso de conversión, en el sentido bíblico de cambio de mentalidad, que debe comprender a todos los miembros de la Iglesia, comenzando por nosotros los pastores. Ésta exige, además, que se adopten los medios necesarios para hacerla efectiva”*;

f) subraya el amor a la pobreza evangélica.

Si bien no podemos reducir el Evangelio de Jesús a la pobreza inspirada en él, ésta es una de sus premisas necesarias. La pobreza evangélica es la respuesta del hombre creyente a la liberalidad con que Dios Creador y Padre de los hombres crea todas las cosas y nos las comunica para que disfrutemos de ellas y las compartamos como hermanos. Por ello la Carta insiste sobre ella (cf. N° 29,1□). Es digna de

ser atendida la referencia que hace al capítulo sobre “Pobreza en la Iglesia” del Documento de San Miguel, al cual es bueno volver a pesar de los treinta y dos años transcurridos;

g) intenta influir en la transformación de la sociedad.

Aunque la Reforma económica es estrictamente eclesial, se prevé que el espíritu de la misma influirá en la concepción y conducta económica de la sociedad. Y ello porque los cristianos, además de ser miembros de la Iglesia, son también ciudadanos de este mundo. Por tanto, su conversión al Evangelio de Jesús en materia económica no sólo los hará más responsables de la economía de la Iglesia, sino mejores ciudadanos que sabrán cumplir sus obligaciones tributarias, y exigir el derecho a una inversión justa de sus impuestos y a una rendición transparente por parte de la autoridad. Por ello en la Carta decimos: *“Esto no dejará de revertir en un mejor testimonio de los cristianos dentro de la sociedad civil en la promoción del bien común social. Y es tanto más importante cuanto que nos hallamos en medio de una cultura individualista, donde los que tienen más tienden a desentenderse de lo público y a replegarse a la esfera de la vida privada”* (n° 29,2°). Ya al comienzo decimos: *“Todo ello (las dificultades económicas que sufre el pueblo) en vez de retraernos, nos hace sentir la urgencia de la materia de esta Carta, para proponer al Pueblo de Dios, e incluso a la Nación entera, una doctrina y práctica del compartir los bienes que tenemos, según el designio de Dios creador del mundo”* (n° 3).

III. Un Plan de Reforma económica con alma cristiana

Evitar confusiones

7. A lo largo de estos años, he advertido una dificultad recurrente cuando se presenta el Plan Compartir, que por momentos se vuelve un tanto filosófica. Y esto tanto entre laicos, como entre clérigos. A saber: ¿el Plan trata sólo de promover una espiritualidad de comunión, cuyo fruto será un día la Reforma económica de la Iglesia? Lo es, por el contrario, un Plan netamente económico, pero camuflado bajo apariencias espirituales porque el católico argentino no querría oír hablar de dinero?. Ni lo uno, ni lo otro. **El Plan COMPARTIR es un Plan de Reforma Económica profundamente imbuido de una espiritualidad de comunión que brota del Evangelio.**

8. Para que no quepa la menor duda de lo que se propone el Plan Compartir, recuerdo la resolución de la 74a. Asamblea Plenaria del Episcopado: *“Se aprueba el planteo general propuesto por el Consejo de Asuntos Económicos a seguir para lograr una Reforma Económica de la Iglesia en la Argentina, en vista del sostenimiento de su obra evangelizadora. En cuanto al Proyecto Compartir, se aprueba genéricamente el Plan presentado, cuya aplicación deberá ser revisada periódicamente. Asimismo, se encomienda al Consejo de Asuntos Económicos elaborar un proyecto de Carta al Pueblo de Dios sobre el sostenimiento de la obra evangelizadora y la comunión de bienes en la Iglesia”* (74a. Asamblea Plenaria, 1-3 septiembre 1997; Resolución 3). Por su parte, la Carta del Episcopado se propone como objetivos: *“a) iluminar a los fieles en orden a acrecentar el espíritu de comunión de bienes (personas, talentos, tiempos y dinero); b) facilitar un proceso de Reforma económica en la Iglesia en la Argentina, cuyo fruto sea el sostenimiento integral y permanente de la obra evangelizadora; c) explicitar el fundamento teológico-pastoral en el que se basa el Plan Compartir”* (n° 3). Es decir, el Episcopado pensó desde el principio en **un Plan de Reforma Económica con alma cristiana.**

9. El Plan COMPARTIR pretende una Reforma económica, pero no cualquier reforma. Tiene un espíritu propio que fluye del Evangelio: la comunión de bienes. Por ello, en la Carta se propone la Reforma económica desde el primer objetivo (cf. N°3a). Y vuelve continuamente sobre ella. Así, después de tratar ampliamente sobre el dinero en la Iglesia (cf. N°s 13- 26), la Carta menciona expresamente la

Reforma económica en los n°s 27 y 28, pero uniéndola profundamente a su espíritu, enunciándolo allí como *“conversión al Evangelio de Jesús”* (n° 28).

Necesidad de espiritualidad y de planificación pastoral

10. Me permito insistir en que el Plan COMPARTIR no pretende diluir el Proyecto de Reforma económica en la simple promoción de una espiritualidad de comunión. Tampoco se lo ha de confundir con un Plan general de pastoral. Sin embargo, el Plan COMPARTIR tiene en cuenta a ambos. No tendría ninguna chance una Reforma económica si no se inspirase en una profunda espiritualidad y si no se encuadrara permanentemente dentro del marco más amplio de una Pastoral orgánica renovada. Y ello, de acuerdo a las más recientes orientaciones de la Iglesia: Concilio Vaticano II, San Miguel, Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización, Santo Domingo, Tertio Millenio Adveniente, Sínodo de América, Novo Millenio Ineunte, y los respectivos planes diocesanos de pastoral.

IV. Un Plan que asume los talentos y el tiempo

Una objeción

11. Otra dificultad a considerar es la extrañeza que a veces causa que, en la Carta del Episcopado y en el Plan COMPARTIR, se dé amplio espacio a los talentos y al tiempo como dones a poner al servicio de la obra evangelizadora. (cf. N°s 7-12). Si el propósito es lograr una Reforma económica de la Iglesia, ¿no sería mejor hablar sólo de los aportes en dinero?

Respuesta

12. En primer lugar, la Carta desde su título habla de *“sostenimiento de la obra evangelizadora”*. Y ésta no se sostiene sólo ni primeramente con dinero. Si así fuese, los apóstoles de Jesús no habrían realizado ninguna de las misiones que narra el Nuevo Testamento. Y la inmensa mayoría de los actuales ministros del Evangelio de la Argentina hace mucho tiempo habríamos dejado de fatigarnos por él. Por gracia de Dios, grande es nuestra alegría en trabajar por el Evangelio, incluso renunciando parcial o totalmente al derecho que Jesús nos dio a vivir de él, como lo hizo y escribió el apóstol San Pablo: *“El Señor ordenó a los que anuncian el Evangelio que vivan del Evangelio. A pesar de todo, no he usado de ninguno de estos derechos... Si anuncio el Evangelio, no lo hago para gloriarme: al contrario, es para mi una necesidad imperiosa. ¡Ay de mi si no predicara el Evangelio!”* (1 Co 9,14-16)

13. En segundo lugar, los talentos y el tiempo son hoy bienes mensurables económicamente. Si la Iglesia pidiese hoy a los fieles mayores aportes en dinero, pero no agradeciese los que éstos ya hacen en talentos y en tiempo, ello denotaría una visión un tanto miope sobre el sostenimiento de la obra evangelizadora. Si bien ésta tiene carencias en el orden financiero, tiene una gran riqueza en el orden del voluntariado. Y ello debe ser ponderado y agradecido.

Por fortuna, uno de los párrafos más bellos de la Carta del Episcopado está dedicado al agradecimiento: *“Hemos de recordar con admiración y agradecimiento a tantos cristianos, varones y mujeres, que colaboran con desinterés en la Evangelización, poniendo al servicio de la misma sus capacidades y parte de su tiempo... Sin esta colaboración espontánea, multiforme, alegre y competente del Pueblo de Dios, sería imposible comprender la vitalidad de nuestras Parroquias”* (n° 12). Y al Episcopado no le pareció un despropósito imaginar que todo lo que se hace voluntariamente en la Iglesia, podría ser mensurado económicamente: *“Si midiésemos en términos económicos los tiempos y talentos que voluntariamente ponen en común tantos fieles, quedaríamos atónitos ante el aporte que el Pueblo de Dios ya hace en favor de la obra evangelizadora de la Iglesia”* (n° 14).

14. En tercer lugar, porque el talento y el tiempo son bienes superiores al dinero. Éste se hace con talento y con tiempo, y no viceversa. El aportar estos bienes a la obra evangelizadora indica una disposición profunda del alma creyente a ponerse toda entera a disposición de ella, según su propia vocación, e incluso a donar su dinero. Si el cristiano aporta al Evangelio lo más, que es su persona con su talento y su tiempo, más fácilmente aportará lo menos, que es el dinero. Si esto último no acontece en la Argentina en el grado deseable, habrá que estudiar sus causas, pero no por ello dejar de agradecer los aportes que el cristiano ya hace en talentos y en tiempo.

V. Un Plan eficaz

No basta el voluntarismo

15. La Reforma Económica no consiste sólo en un propósito interior de hacer mejor las cosas referidas a la economía eclesiástica. El voluntarismo ha sido un defecto muy propio del Clero desde la formación recibida en el Seminario. Es decir, pensar que basta que algo sea claro a la inteligencia y querido por la voluntad para que acontezca en la realidad, sin pensar en los procesos y en los medios necesarios para alcanzarlo. Sin bien hay esfuerzos renovadores en la formación pastoral del futuro Clero, que incluye una preparación elemental en cuanto a la administración, no pareciera que esta falla haya sido superada del todo. Y aparece en toda su gravedad si se tiene en cuenta la cultura moderna, en cuyo medio hemos de actuar los pastores,: la cual estudia la acción humana al detalle para que sea eficaz y provechosa.

Superar el maniqueísmo

16. Al voluntarismo, muchas veces se ha sumado un cierto maniqueísmo con respecto a los bienes de este mundo y a su administración. Y esto también desde el Seminario, incluso bajo el disfraz de pobreza evangélica o de espíritu pastoral. De allí, el desconocimiento y, a veces, el desprecio de las normas canónicas y civiles relativas a la administración de los bienes materiales de la Iglesia por parte de no pocos miembros del Clero. Todo lo cual ya ha acarreado a no pocas Parroquias y Obispos cuantiosas deudas por juicios civiles inútilmente provocados y perdidos. Si se sumasen tales pérdidas y erogaciones, quedaríamos aterrados por el daño material y espiritual a la evangelización que tales actitudes han ocasionado. Y ello sin hablar del dolor y fatiga que le provoca a un Párroco o a un Obispo tener que pagar ese tipo de deudas con recursos inexistentes.

Conocer y aplicar las normas canónicas de la administración

17. La Carta se pregunta: “¿ponemos los medios necesarios para que el Evangelio llegue a todos los habitantes de nuestra Patria” (nº 2). El capítulo VI, dedicado a la “Administración de los bienes en la Iglesia” (cf. Nºs 25-26), muestra que en ella existe una legislación con sabiduría de siglos sobre los medios destinados a la evangelización. Sin embargo, como dije arriba, su conocimiento no siempre forma parte de la cultura del Clero. Y muchos de nuestros colaboradores laicos con el pasar del tiempo van asumiendo nuestra misma mentalidad un tanto mágica, como si fuese suficiente la voluntad de hacer el bien para que todo ya esté bien hecho.

Uno de los propósitos de la Carta es hacer conocer al Pueblo de Dios la existencia de las normas canónicas sobre la administración de los bienes e impulsar su puesta en práctica: “*Es nuestra voluntad -decimos- aplicarlas en nuestras Diócesis con la colaboración de todo el Pueblo de Dios, en particular de los pastores, y en cuanto sea necesario, dictando normas comunes para toda la República*” (nº 25). De hecho, la Reforma económica tiene mucho que ver con el conocimiento y la aplicación de las normas canónicas sobre la administración. Y también de las normas civiles.

Poner los medios necesarios

18. Es digno de ser recordado cuanto la Carta dice sobre la conversión necesaria para realizar la Reforma económica. Para que ésta se dé no bastan los sentimientos interiores. La conversión se manifiesta también en signos exteriores y se alimenta de ellos. Por eso decimos que es *“un verdadero proceso... de cambio de mentalidad”*, ... que *“exige, además que se adopten los medios para hacerla efectiva”* (n° 28). Y entre los signos de una voluntad sincera de conversión enumeramos:

- a) *“primero, instaurar una Catequesis sobre esta materia, que cambie nuestra mentalidad y la configure al sentir de Jesús, junto con la voluntad de perseverar en ella durante largos años”*;
- b) *“segundo, adoptar una nueva cultura de gestión en relación a los bienes materiales”* (ib.). Y en cuanto a esto último, se subrayan también dos aspectos:
- c) *“poner en práctica las normas canónicas de la Iglesia sobre la administración de los bienes”*
- d) *“entrenar al personal responsable de la administración, adoptar normas y prácticas claras de gestión, e idear medios realistas, eficaces y transparentes de recolección”* (ib.).

Por todo ello, es preciso tener en claro que la Reforma económica camina como un tractor con dos ruedas delanteras sincronizadas, pero que actúan con relativa autonomía: a) la primera, la catequesis sobre los bienes materiales, que apunta a lo más interior de la conversión; b) la segunda, la ciencia y práctica de la administración para la mejor gestión de los mismos, que apunta a su concreción en el plano práctico.

Ser eficaces

19. En la Carta se destacan *“algunos criterios a tener muy en cuenta para alcanzar y permanecer en el espíritu de conversión permanente en esta materia”* económica. Y se citan seis: 1° pobreza evangélica; 2° corresponsabilidad; 3° ejemplaridad; 4° transparencia; 5° solidaridad; 6° eficacia.

Entre todos me parece útil subrayar el último, la eficacia, porque en nuestro mundo eclesial hasta puede sonar como una noción excesivamente mundana, o neoliberal como se dice hoy. En la Carta decimos: *“La eficacia en los medios adecuados es otro de los criterios necesarios para juzgar que se ha abrazado de veras la conversión en el renglón de la economía eclesial”*. La Iglesia *“no puede contentarse con predicar el espíritu evangélico de la comunión de bienes. Necesita implementar planes concretos, acordes con lo que pretende. De allí ha surgido el Plan Compartir”* (n° 29,6°).

VI. Un Plan con sus tensiones propias

Tensión entre alma y cuerpo

20. Un Plan de Reforma Económica concebido, como dijimos arriba, *“con alma cristiana”*, sufre una necesaria tensión entre su alma y su carne. Es decir, entre el espíritu del Evangelio que lo ha de animar y que ha de ser asumido cada vez más por todos los miembros del Pueblo de Dios, y las iniciativas y disposiciones concretas (jurídicas, económicas, administrativas) que han de concretar la Reforma económica.

La tensión se da no porque ambos términos sean naturalmente opuestos e irreconciliables, sino porque son de naturaleza distinta, y por tanto marchan a ritmo diverso. Uno lo hace al ritmo de la conversión interior. Otro, al ritmo de los tiempos que corren y de los dineros que cuestan.

Por lo mismo, no sería de extrañar que hubiese tensiones entre los diversos actores de la Reforma. Una es la psicología y el ritmo de un empresario que aporta ideas y dinero al Plan; otra la psicología y el ritmo del Obispo o del Párroco que lo lleva adelante en su Diócesis o Parroquia. Incluso podría haber tensión entre los miembros de una misma Comisión o Equipo, nacional o diocesano, porque de ordinario se busca integrar esos entes con personalidades diferentes para que cada una haga un aporte original y complementario.

Una tensión saludable

21. ¿Cómo solucionar la tensión? No se trata de suprimirla, sino de que la tensión se mantenga en forma saludable. Para ello es necesario:

- a) saber de antemano que la tensión existe y existirá entre los dos elementos del Plan, y por tanto, entre los diversos actores;
- b) entender el papel que el otro cumple en el Plan y aproximarse espiritualmente a él;
- c) aumentar el diálogo entre las partes involucradas, para acrecentar la sintonía y detectar eventuales problemas.

Por ejemplo, un empresario o un economista ha de entender que en los meses de enero y febrero en el Chaco y en casi toda la Argentina disminuye el trabajo pastoral. Y esto no porque se ame la siesta, como se podría pensar en Buenos Aires. En las parroquias del Chaco, después de un año pastoral intenso, todavía hay fuerzas para dedicar la primera quincena de enero a las misiones rurales. Y ello sin contar que el calor no afloja a voluntad. ¿Pero el Clero no ha de parar en algún momento para descansar de su fatiga? Desde el Miércoles de Cenizas que no lo hace. Y el Obispo debe cuidar que los sacerdotes tomen el debido descanso. Por tanto, es obvio que no se pueden programar actividades del Plan COMPARTIR para esos meses.

Por su parte, el Cura párroco y el Obispo han de saber que el tiempo empleado en el Plan vale oro y cuesta dinero, en especial a nivel de Equipo nacional. Y, además que, tratándose de un Plan de Reforma económica, también es preciso medir los resultados económicos.

Un Plan integral, secuencial y a medida

22. Conviene advertir que ciertas características internas del Plan COMPARTIR lo exponen también a diversas tensiones. Éste ha sido definido como “integral, secuencial y a medida”. Todo esto, fácil de decirlo, no se obtiene sin esfuerzos. Con estas tres características sucede lo que con toda cualidad humana: a la vez que es don de la naturaleza, ha de ser también objeto de cultivo cuidadoso.

Integral

23. El Plan es integral por múltiples capítulos:

- a) porque “*atiende a todos los fines para los cuales la Iglesia tiene derecho a poseer y administrar bienes materiales*”, (Planteo General, punto 1). Y, por ello, “*no se circunscribe a buscar primero una solución financiera inmediata a cuestiones puntuales, aunque sean importantes*” (Punto 6), por ejemplo, Curias, Seminarios, C.E.A., aunque tampoco los olvida (cf. Punto 11);
- b) porque es realizado por todo el Pueblo de Dios, pastores y fieles, y no sólo por un sector del mismo;
- c) porque es económico a la vez que catequético.

Un Plan tan abarcativo no puede excluir las tensiones.

Secuencial

24. El hecho de que se haya optado por centrar el Plan en la formación de agentes pastorales con una nueva mentalidad en cuanto al uso del dinero en la Iglesia, ha llevado a que el mismo tuviese que ser implementado a partir de las Diócesis y de sus respectivas Parroquias. Y ello a medida que las Diócesis solicitasen el apoyo del Equipo Nacional Compartir, y éste combinase con ellas la fecha conveniente para visitarlas y prestarles el servicio que necesitasen.

Esta característica del Plan, a la vez que lo hace atractivo, actúa como de freno de sí mismo, como un ómnibus de larga distancia impedido técnicamente de pasar de cierta velocidad. Esto tiene como consecuencia que no se habla del Plan de Reforma económica al unísono en toda la Iglesia de la República. Lo cual priva al Plan de una fuerza que necesita. Tal vez con menos inversión de esfuerzo, -

que lo hubo mucho y bueno -, el Encuentro Eucarístico Nacional del año pasado impactó a la Iglesia argentina más que el Plan de Reforma económica, en el que quizá ya se invirtió más tiempo y dinero.

A medida

25. Si bien el Plan parte de elementos comunes, quiere adaptarse a la particular situación de cada Diócesis. Esto tiene una ventaja clara: respeta la naturaleza propia de cada Iglesia diocesana. Pero también tiene sus límites: impone una diversidad enorme de esfuerzos al Equipo Nacional COMPARTIR.

De las tres características mencionadas, las dos últimas, - "secuencial" y "a medida" - merecerían ser analizadas a la luz de la experiencia. No para suprimirlas, sino para tomar conciencia de las dificultades que cada una de ellas debe enfrentar, y hacer entonces los ajustes necesarios en el modo de implementar el Plan.

Sufre los condicionamientos de la Argentina

26. Otras tensiones o dificultades del Plan provienen de la realidad argentina. Como toda Iglesia, la nuestra está condicionada por la situación socio-político-económico-cultural del País. Una dificultad, digna de ser atendida, es la peculiar estructura demográfica de la Argentina, con una gran cabeza y un cuerpo largo y flaco. El Gran Buenos Aires, y en especial la Capital Federal, tienen un peso determinante y hasta excesivo en casi todos los renglones de la vida de la República. Así, lo que no se dice en Buenos Aires, es como si no se hubiese dicho. Lo que no acontece allí, es como si no hubiese acontecido. Esto no es una ironía. Es la realidad de la Argentina. Y ello repercute en el campo pastoral. Y, por tanto, también en la Reforma económica.

Quizá ello esté indicando que, si bien el Equipo Nacional COMPARTIR haya de seguir atendiendo al resto de las Diócesis del País, convendrá que en el próximo futuro privilegie a las del Gran Buenos Aires y, sobre todo, a la Arquidiócesis. Ojalá que todas ellas se comprometan en el Plan de una manera más formal y orgánica.

Algo similar pasa con la ciudad de Córdoba. La misma tiene un gran peso sobre muchas Provincias del interior. De allí, también, la relativa importancia de la realización del Plan en esa Arquidiócesis.

Y no creo con esto desmerecer a ninguna ciudad o diócesis.

VII. Un Plan a ser integrado en las Líneas Pastorales II

Descubrir la lógica del Espíritu

27. Atendiendo a todo lo dicho, convendrá que el Plan COMPARTIR sea asumido explícitamente en las nuevas Líneas Pastorales que el Episcopado prepara para el primer decenio de este siglo. Y ello principalmente por dos motivos.

Primero, porque aunque haya una secreta lógica entre las diversas mociones con que el Espíritu Santo guía a la Iglesia, no siempre se la percibe, pues muchas veces no se tiene el tiempo suficiente para reflexionar sobre ello. Así, a muchos agentes pastorales, incluidos no pocos clérigos, les costó captar el hilo conductor que había entre las Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización (1990), la apertura de las mismas a las orientaciones de Santo Domingo (1992), las propuestas pastorales de la carta apostólica Tertio Millenio Adveniente (1994), la preparación próxima del Gran Jubileo (1997-1999) y su celebración (2000). La cosa fue un poco más compleja cuando hubo que percibir también la lógica entre todo ello, y los pasos de la respectiva planificación diocesana y el Plan Compartir. De allí que, a veces, al Plan se lo sintiese como una cosa más, que no se sabía cómo enhebrar. De allí, también, ciertas interrupciones o postergaciones unilaterales por parte de algunas Diócesis o Parroquias, lo cual dificultó

el trabajo en curso, de por sí complejo como es llevar adelante un Plan en Diócesis muy distantes y distintas. La asunción de la Reforma económica dentro de las Líneas Pastorales II ayudará a percibir la profunda concatenación que hay entre ésta y los demás propósitos pastorales de la Iglesia argentina para el presente decenio, pues las Líneas servirán de marco referencial para todas las planificaciones diocesanas.

Este enfoque retoma el que propuso el Episcopado al concluir el Concilio, cuando planteó por vez primera la necesidad de una Reforma económica dentro de una Pastoral de conjunto: *“Para llegar a establecer una verdadera pastoral de conjunto, será necesario: c) confluir todo este trabajo en la constitución del Consejo pastoral en cada Diócesis.; d) encarar también la reforma y organización del sistema económico de nuestras comunidades”* (Declaración del Episcopado sobre La Iglesia en el periodo posconciliar, 13 mayo 1966, III, 3, c y d).

Los pobres, débiles y sufrientes

28. Una segunda razón para asumir el Plan dentro de las Nuevas Líneas es el tema de los pobres, débiles y sufrientes. Éste, ya muy presente en las primeras Líneas Pastorales (cf. 32, 55-59), asumirá aún más importancia en las Nuevas Líneas Pastorales y en la acción pastoral de la Iglesia. Y ello por varias razones:

a) una mayor conciencia en cuanto al amor preferencial a los pobres, al cual la Iglesia no puede renunciar;

b) la situación social del país y del Tercer Mundo, que previsiblemente tenderá a empeorar;

c) el impulso de caridad al que llama la reciente carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* (cf. N°s 49-50).

Pero ¿cómo acrecentar la caridad de la comunidad cristiana hacia los más pobres si no se suscitase en ella un fuerte espíritu de comunión de bienes, facilitado por una Reforma económica seria?

El tiempo de la mera denuncia verbal de la Iglesia contra las injusticias sociales ya se agota. Cada vez más la gente va a esperar de la Iglesia un testimonio de caridad, que sea ardiente, inteligente y eficaz. Si bien la Iglesia no ha de suplantar al Estado en la misión social que le corresponde a éste, no podrá evitar embarcarse aún más en la obra de asistencia y de promoción humana. Pero para ello no le bastará ya contar con personas voluntarias, que en ratos libres junten ropa usada, la laven y la distribuyan a los pobres que acuden a Cáritas. Los voluntarios deberán ser formados. Y sin desprestigiar la obra que éstos hacen hoy, hará falta junto a ellos el asistente social full time y otro personal capacitado, incluso remunerado, que visite y acompañe a la familia asistida, o lleve adelante los planes de promoción.

En esta perspectiva de un ejercicio creciente y renovado de la caridad de la Iglesia, su Reforma económica es sinónimo de amor preferencial a los pobres. De lo contrario, al no contar ella con los medios necesarios, ese amor quedará en pura declamación retórica.

VIII. Responsabilidad eclesial frente a la Reforma económica

Compromiso conciliar

29. La Reforma económica de la Iglesia es una deuda pendiente que contrajimos los Obispos con el Concilio. Apenas éste concluyó, la prometimos al Pueblo de Dios en la Asamblea de mayo de 1966, en el documento *“La Iglesia en el periodo posconciliar”*: *“Los Obispos argentinos, en el deseo de fomentar el espíritu de servicio evangélico, deseamos encarar también la reforma y organización del sistema económico de nuestras comunidades”* (III,d).

Si bien el Episcopado, posteriormente en el documento de San Miguel (1969), dio orientaciones preciosas para concretar la Reforma del sistema económico (cf. III, Pobreza de la Iglesia), ésta nunca se llevó a cabo. Ello es explicable por dos motivos. Primero, porque, lamentablemente desde el año 1969, el País comenzó a verse envuelto en la vorágine de la violencia, cuya contención demandó esfuerzos

enormes al Episcopado durante muchos años. Segundo, porque el Episcopado entonces no superó el voluntarismo al no adoptar un plan para concretar la Reforma prometida.

Restaurada la democracia, en 1983, los Obispos volvimos reiteradas veces sobre el tema de la Reforma económica, centrándola en algunos aspectos que sentíamos más urgentes: la financiación de los Seminarios, de las Curias y de la CEA. Y ello bajo la conducción de los Obispos MM. A. Canale, R. Di Monte y D. Collino. A fines de 1996, los Obispos retomamos el tema, y optamos por una Reforma económica integral. Y desde entonces en diversas Asambleas plenarias dimos nuevos pasos para implementarla:

- a) decisión de Reforma económica integral (noviembre 1996);
- b) aprobación del Planteo General de Reforma económica (septiembre 1997);
- c) Carta Pastoral “Compartir la Multiforme gracia de Dios, sobre el sostenimiento de la obra evangelizadora” (octubre 1998);
- d) Jornada sobre “El Obispo y la administración de los bienes eclesiásticos” (abril 2000);
- e) evaluación del Plan COMPARTIR (mayo 2001).

Nos corresponde ahora renovar el paso y continuar el camino.

Se hizo mucho, pero falta mucho por hacer

30. En cuanto al camino recorrido en estos últimos años: es enorme el esfuerzo hecho, en especial por los laicos de la Comisión y del Equipo Nacional, y también de los Equipos diocesanos, para ayudar al Pueblo de Dios a comprender el significado de la Reforma económica y el valor del Plan COMPARTIR. En una apreciación general de la marcha del Plan, podemos decir:

- a) el Plan está afianzado, porque su teoría ha sido sometida a la experimentación;
- b) no adquirió todavía la fuerza y velocidad que un Plan de Reforma económica supone;
- c) conviene analizar las dificultades internas y externas que traban su fuerza y frenan su velocidad;
- d) necesita un nuevo y decisivo empuje por parte de cada uno de los Obispos, y si fuere necesario del Episcopado en pleno, sin excluir una mayor dedicación del Consejo episcopal;
- e) es preciso incentivar el apoyo del Clero. Éste debe admitir con humildad que, en su seno como en toda profesión, existen defectos propios, y en este caso frenan o impiden la participación responsable y creativa de los laicos en el campo de la Reforma económica.

Perseverar durante largos años

31. En la Carta decimos que, para lograr la conversión que haga posible la Reforma económica de la Iglesia, será preciso “instaurar una Catequesis que cambie nuestra mentalidad sobre esta materia y la configure al sentir de Jesús, junto con la voluntad de perseverar en ella durante largos años” (n° 28). En un mundo light, y en una cultura gritona y llorona como la instaurada en la Argentina, que piensa obtener todo como por arte de magia, pastores y fieles debemos dar ejemplo de perseverancia y tenacidad. Sería una pena que dejásemos que el Plan de Reforma económica se diluyese ante las dificultades. Por no decir que sería una grave irresponsabilidad, con graves consecuencias para la Iglesia y para la misma Nación.

X. La Reforma Económica, desafío pastoral del Posjubileo

32. Durante la discusión sobre la Reforma Económica de la Iglesia, en noviembre de 1996, y luego en varias ocasiones, algunos hermanos Obispos, expresaron que ésta debía ser una de las señales más perceptibles de la conversión de la Iglesia argentina a raíz del Gran Jubileo.

Éste ya concluyó como hecho eclesiástico, y quedó registrado en la historia. Pero como hecho sacramental perdura, y perdurará por mucho tiempo. Por ello nos sigue urgiendo a los pastores para que nuestras Iglesias profundicen en él y se aprovechen de sus frutos.

Yo siento igual que lo que expresaron entonces algunos Obispos. En un mundo donde el Dinero es un dios absoluto, una especie de Moloc que se lo traga todo, la Reforma económica está llamada a ser un gesto profético contundente por parte de nuestra Iglesia: que Dios es uno solo, y que “*no se puede servir a dos señores, ... a Dios y al dinero*” (Lc 16, 13), y que éste debe estar subordinado a Él, como todas las demás cosas. Y, por tanto, debe mantenerse al servicio del hombre, y no viceversa, como está aconteciendo. ¿Qué mejor manera de expresar este convencimiento fundamental de la fe cristiana que con la Reforma económica tan largamente anunciada y esperada?

Para mayor información sobre el Plan Compartir comunicarse a:
Balcarce 236 3º piso – (1064) Buenos Aires –
(011) 4343-2701/1960 – compartir@interar.com.ar

Estudio

La espiritualidad de los administradores públicos de los bienes materiales en la Iglesia*

Pbro. Rafael Braun

Arquidiócesis de Buenos Aires

Introducción

Me he tomado la libertad de modificar el título que se me había sugerido para esta exposición, ya que la hipótesis que quiero adelantar desde el comienzo es que para mí el problema central que se nos presenta en la Iglesia en esta materia no es con los fieles sino con nosotros, los pastores, quienes, como obispos y párrocos, somos por derecho los administradores públicos de los bienes eclesiales a nosotros confiados. Voy a explorar, por lo tanto, nuestra propia espiritualidad en este campo, que nos resulta tan difícil de abordar en la práctica.

I.- Los bienes materiales

Los bienes materiales de la Iglesia son de dos tipos: bienes inmuebles y bienes muebles. Los bienes inmuebles son los que están en un lugar del que no se pueden mover, como los terrenos, casas e iglesias, dedicados al uso pastoral, y los campos y edificios destinados a producir renta. Los bienes muebles son los que pueden ser trasladados, como el dinero y los títulos (acciones, bonos, etc.) que acreditan una propiedad.

Estos bienes son propiedad privada de diferentes personas jurídicas dentro de la Iglesia. A este respecto es fundamental recordar que los bienes de la Iglesia están sometidos a los mismos principios de la doctrina social de la Iglesia que tan a menudo se les recuerda a los laicos, tales como el del destino universal de los bienes, y el de la función social de la propiedad. Recuerdo el primero: “Dios destinó la tierra con todo lo que ella contiene al uso de todos los hombres y pueblos, de manera que los bienes creados deben equitativamente llegar a cada uno, bajo la guía de la justicia, y la asistencia de la caridad. Cualesquiera sean las formas de la propiedad, acomodadas a las legítimas instituciones de los pueblos, según diferentes y cambiantes circunstancias, siempre se debe atender a esta destinación universal de los bienes. Por lo cual, el hombre, al usar de esos bienes, no debe considerar las cosas exteriores que legítimamente posee como solamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no aprovechen exclusivamente a él, sino que puedan además aprovechar a otros”(G.S.,69). El segundo fue enunciado por Juan Pablo II de un modo novedoso en Puebla: “sobre toda propiedad privada grava una “hipoteca social”.

Para que estos dos principios se cumplan, es absolutamente necesario, aunque no suficiente, que la administración de los mismos sea óptima, es decir se rija por los criterios de gestión profesional que en la sociedad civil aseguran resultados excelentes. La ciencia de la administración de las organizaciones ha progresado enormemente en las últimas décadas, y no se la debe identificar con una rama de ella que es la administración de empresas lucrativas. Hospitales, escuelas, universidades, fuerzas armadas, administraciones públicas, organizaciones de la sociedad civil sin fines de lucro hoy no pueden ignorar el uso eficiente de los recursos humanos y materiales puestos a su disposición. La Iglesia, siguiendo la lógica de la parábola de los talentos, no debe quedar al margen de esta verdadera revolución cultural que se está produciendo en materia de mejor administración de recursos humanos y

* Exposición realizada ante los obispos chilenos reunidos en 80° Asamblea Plenaria. 23 de noviembre de 2000, Punta de Tralca, Chile.

materiales, que siempre son escasos en relación con las necesidades a cubrir. Lo exige la opción preferencial por los pobres.

El destino universal de los bienes, que grava a la propiedad eclesial con una “hipoteca social”, exige del propietario que tenga una conciencia de administrador. En el caso de la Iglesia, no sólo de bienes confiados por Dios, sino de bienes pertenecientes a la comunidad eclesial. Por eso los he denominado “administradores públicos”, ya que se asemejan en su función a la tarea encomendada a los funcionarios públicos que gestionan los recursos de la comunidad en el Estado.

II.- La dimensión económica de la vida social y eclesial

Desde que los hombres viven en sociedad después del pecado original, sus transacciones han tenido siempre una dimensión económica. En el paraíso los economistas no eran necesarios, porque reinaba la abundancia y cada uno podía libremente proveer a sus necesidades. La ciencia económica nace como respuesta al problema de la escasez. ¿No es acaso la escasez lo que nos congrega hoy?

Lo característico del mundo contemporáneo, en el cual la riqueza no depende de la propiedad inmueble sino del trabajo inteligente del hombre, es la importancia que ha adquirido el dinero como unidad de cambio y de ahorro. Lo primero en relación con la división del trabajo; lo segundo como expresión del trabajo acumulado. Los bienes muebles hoy tienen infinitamente mayor significación que los inmuebles, y gracias a la digitalización de las comunicaciones, estos bienes han adquirido una volatilidad que muchos dirigentes sociales, tanto públicos como privados, no terminan de comprender.

Esto tampoco termina de comprenderse en la Iglesia. Inútil es decirles a ustedes que toda pastoral tiene una dimensión económica. Y, sin embargo, ¿cuántos planes pastorales elaboran un presupuesto de su costo económico? Tradicionalmente la organización económica de la Iglesia estaba fundada en los bienes inmuebles, tanto en los de uso como en los de renta, porque su pastoral era territorial. Obispos y parroquias son territorios. Sus criterios de administración siguen cánones muy antiguos. Cada unidad se supone que es autosuficiente. Como el modelo económico es cuasi feudal, las conferencias episcopales no encuentran el modo de financiarse si no es pidiendo fondos al exterior, como hacen nuestros Estados nacionales. La deuda externa de la Iglesia latinoamericana es inmensa.

¿Por qué ocurre esto? A mi juicio, porque la Iglesia latinoamericana no ha comenzado a pensar siquiera un modelo de organización económica que responda a la eclesiología de comunión elaborada en el Concilio. Un chiste expresa bien esta situación. Un párroco se dirige un domingo a la comunidad congregada para el culto y le dice que tiene dos noticias que darle: una buena, y otra mala. La primera es que la parroquia tiene todo el dinero necesario para satisfacer las necesidades parroquiales. La segunda, la mala, es que ese dinero está en manos de ellos, y no de nosotros...Pues bien, este chiste expresa una gran verdad eclesiológica y cultural. Eclesiológica, porque la Iglesia es el Pueblo de Dios, y su riqueza es la de sus miembros; y cultural, porque hoy lo que importa no son los terrenos ni los edificios, sino el tiempo, los talentos y el dinero de los fieles. En el antiguo modelo patrimonial, el obispo y el párroco beneficiario, gozaban de una gran autonomía en la administración de los bienes, porque percibían mayormente rentas. Luego pasaron a depender del Estado, pero cuando el lazo se cortó la Iglesia no supo reconocer la novedad de la situación y adecuarse a ella. Si hoy no tiene un sistema impositivo digno de ese nombre es porque su estructura jurídica cuasi feudal se lo impide. Por eso las viejas órdenes y congregaciones religiosas, que hacen votos de pobreza personal pero no colectiva y no se estructuran sobre bases territoriales, disponen de mayores recursos para sus planes pastorales que las viejas estructuras diocesanas. Lo mismo cabe decir de los nuevos movimientos eclesiales. Operan en la Iglesia con la agilidad de las empresas transnacionales en el mundo.

III.- El sacerdote como administrador eclesial

Creo innecesario recordar que por disposición del Código de Derecho Canónico, el Obispo y el párroco son los administradores de la diócesis y de la parroquia respectivamente, contando para ello con el concurso de otras estructuras y cargos como los Consejos de Asuntos Económicos, el Colegio de Consultores y el Ecónomo. Me interesa abordar en este párrafo, no la dimensión jurídica de la responsabilidad, sino la espiritualidad que la debe animar.

Según el Diccionario de uso del español(María Moliner), administrar es “dirigir la economía de una persona o de una entidad cualquiera. Cuidar los intereses de una comunidad...”. Administrador es un “empleado que tiene a su cargo la administración de un establecimiento o de los intereses de un particular”. Al administrador le compete, pues, dirigir la economía. Tratemos de iluminar estas exigencias desde el Evangelio.

Recordemos ante todo un texto de Mateo: “Al oír esto, los otros diez se indignaron con los dos hermanos. Pero Jesús los llamó y les dijo: ‘Ustedes saben que los jefes de las naciones dominan sobre ellas y los poderosos les hacen sentir su autoridad. Entre ustedes no debe suceder así. Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero que se haga su esclavo: como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud’”(Mt.20,24-28). Esta enseñanza de Jesús despliega una polaridad de actitudes en relación con la dirección de la comunidad: por un lado poder y dominio, por el otro servicio. Es conveniente detenerse para analizar cómo se manifiesta en nuestras vidas la ambición de poder cuando tenemos la administración económica entre nuestras manos. A mi juicio enfrentamos aquí el principal problema del fracaso de la reforma económica de la Iglesia.

Si concebimos el cargo de administrador como un poder, seremos muy celosos en no compartirlo, y entonces veremos en ejercicio el gran clericalismo existente en las administraciones eclesiales en las cuales se observa una dificultad extrema en los responsables en delegar en quienes saben más que ellos la administración de los bienes eclesiales. Si, por el contrario, la potestad de administrar es vista como un servicio a brindar, se procurará que el servicio sea el de máxima calidad posible, y para ello se recurrirá a quienes son expertos en la materia, es decir a los laicos, aunque no fueran de la amistad directa de los administradores. El servicio se mide por el grado de satisfacción de la comunidad servida; cuando la administración se enfoca desde el poder, lo que se mide es el grado de satisfacción de quien delega: este es bueno porque hace lo que yo le mando. Concebir el rol de administrador como un servicio, organizar la curia como un centro de servicios, organizar la administración parroquial como un servicio compartido, exigen una conversión permanente del corazón. Es sabido que ‘soltar’ el deseo de controlar todo marca un antes y un después en nuestro camino espiritual.

Traigamos ahora a colación un texto de Lucas en relación con la economía. “El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho, y el que es deshonesto en lo poco, también es deshonesto en lo mucho. Si ustedes no son fieles en el uso del dinero injusto, ¿quién les confiará el verdadero bien? Y si no son fieles con lo ajeno, ¿quién les confiará lo que les pertenece a ustedes? Ningún servidor puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se interesará por el primero y menospreciará al segundo. No se puede servir a Dios y al Dinero’. Los fariseos, que eran amigos del dinero, escuchaban todo esto y se burlaban de Jesús. El les dijo: “Ustedes aparentan rectitud ante los hombres, pero Dios conoce sus corazones. Porque lo que es estimable a los ojos de los hombres, resulta despreciable a los ojos de Dios”(Lc.16,10-15). Esta enseñanza de Jesús también despliega una polaridad de actitudes en relación con el dinero, instrumento de la economía: por un lado lo propio, la propiedad, por el otro lo ajeno, lo administrado. El administrador es un empleado del propietario de los bienes. ¿Quién es el propietario de los bienes eclesiales? La persona jurídica a cuyo nombre están registrados, que es siempre una comunidad eclesial. Sin embargo, cuando nos adentramos en la vida interna de

diócesis y parroquias, quedamos estupefactos al ver la desaprensión con que estos bienes son administrados. Terrenos, edificios e iglesias sin las escrituras correspondientes en orden, parroquias sin inventarios que permitan saber cuáles son los bienes personales del párroco y lo que pertenece a la institución, no distinción en las parroquias confiadas a religiosos de los bienes pertenecientes a la comunidad religiosa y a la comunidad parroquial, dinero de colectas y donaciones no contabilizado, dinero parroquial depositado en cuentas corrientes del párroco, etc. etc. Los ejemplos que se pueden dar de confusión entre los bienes que el administrador gestiona como si fueran propios y aquellos otros que reconoce como ajenos son innumerables. Pero lo más grave es que en la Iglesia no hay verdaderas auditorías ni en las diócesis cuando cambian de administrador, ni por parte de los obispos cuando se producen cambios o visitas pastorales en las parroquias. Al punto que me animo a decir, por lo que conozco de mi país, que prácticamente ningún obispo sabe a ciencia cierta cuáles son los bienes, muebles e inmuebles, sobre los cuales debería dar cuenta. Una de las consecuencias de esta situación es la altísima tasa de riesgo que paga la Iglesia bajo la forma de cuantiosos juicios en su contra. Otra, es que no hay transparencia en las cuentas y la deshonestidad queda impune.

Llegamos así a un problema espinoso, el de la relación del sacerdote con el dinero. La experiencia llevada a cabo en la Argentina con el taller para párrocos nos ha demostrado que existe un bloqueo afectivo para hablar abiertamente del dinero. El tema no ha sido abordado durante el período de formación en el seminario, de modo que esta relación queda determinada por la historia personal de cada uno. No es lo mismo haber nacido en un hogar muy acomodado, en un hogar de ingresos suficientes pero muy ajustados, o en un hogar decididamente pobre. Y además haber o no recibido una capacitación en el uso y gestión del dinero, aprendiendo a registrar gastos e ingresos, a hacer presupuestos y trámites bancarios. También en este campo se despliegan dos actitudes polares: la dependencia y la libertad. La dependencia puede, a su vez, asumir dos formas. La primera es la demonización del dinero. No debe tocar nuestras manos porque nos haría incurrir en una especie de impureza ritual. Como los laicos ya viven en ese contacto impuro, que asuman ellos el problema y se ocupen de “mantener” al cura como si fuera un niño irresponsable. Todo esto acompañado de una ideología de la pobreza siempre crítica de todo progreso social. La segunda actitud es la opuesta, y está representada por la avaricia. La dependencia se manifiesta en la adicción de controlar todo lo atinente al manejo del dinero, y en ocasiones en mantener un nivel y estilo de vida que no se compadece con los ingresos ‘blancos’ que tiene. O enriquecimiento personal, o usufructo de la posición administrativa de poder, cargando a la institución gastos personales.

En el polo opuesto encontramos la libertad de indiferencia que nace de la auténtica pobreza de espíritu. Es la libertad que proclamaba Pablo cuando decía que podía vivir tanto en la abundancia como en la estrechez. La actitud clave es el desapego, que nace de considerar el dinero administrado simplemente como un medio al servicio de un fin. En el caso de la Iglesia, los fines enunciados en el Código que pueden resumirse en el enunciado del Episcopado argentino en su Carta pastoral: el sostenimiento en forma permanente de la obra evangelizadora de la Iglesia. A mi juicio, la avaricia y la lujuria son dos pecados capitales que obedecen a pulsiones que generan actitudes comunes: la adicción y la represión, que nos producen vergüenza y de las que no queremos hablar. Del mismo modo que una sana espiritualidad cristiana exige sanar la dimensión sexual de nuestra persona asumiendo su significado profundo, también exige sanar nuestro vínculo con el dinero como símbolo del poder que nos otorga la posesión de bienes materiales. Pobreza de espíritu y servicio van de la mano.

IV.- La responsabilidad del administrador eclesial

Toda forma de espiritualidad cristiana está anclada en el misterio de la Encarnación. Jesucristo, único mediador entre Dios y los hombres, es luz y verdad no sólo porque nos comunica una revelación sobrenatural, sino también porque nos participó la luz natural de la razón para que descubriéramos la

verdad a partir de la realidad inteligible. Una espiritualidad holística medita en profundidad el prólogo del evangelio de Juan, que en último término fundamenta la autonomía relativa de lo temporal.

La espiritualidad cristiana no debe privarse de las mediaciones racionales si quiere evitar caer, sin saberlo, en un idealismo desencarnado al estilo platónico. Pienso que uno de los principales defectos de la inmensa mayoría de los proyectos pastorales de nuestras Iglesias es que se proponen fines muy laudables, se elencan prioridades, se repite hasta el cansancio lo que se debe hacer, pero se guarda silencio sobre quiénes lo van a hacer, en qué tiempo, cuánto dinero van a demandar, cuántas personas van a ser remuneradas, quién y cuándo evaluará los resultados del plan. Se omiten las mediaciones racionales, y todo se confía a la buena voluntad de “agentes pastorales” ya abrumados por encargos anteriores, que, aunque asistidos por la gracia divina, no pueden cumplir lo que se les encomienda. Los organigramas son perfectos, pero los resultados son pobres.

Las reflexiones que siguen procuran un acercamiento racional al problemas de las responsabilidades administrativas. Seguiré siendo franco en la expresión de mi pensamiento porque estoy convencido de las palabras de Jesús: la verdad nos hará libres. Enumeraré siete puntos que me parecen indispensables para vivir una espiritualidad encarnada de la administración de los bienes eclesiales.

1) El primer paso es adoptar el principio de la corresponsabilidad eclesial. El Pueblo de Dios a nosotros confiado tiene hoy día un enorme conjunto de laicos, varones y mujeres, altamente entrenados en la administración de organizaciones mucho más complejas que las diócesis y las parroquias. El secreto de quien dirige una organización compleja no es querer hacerlo todo solo, o confiar sólo en el asesoramiento de un conocido a quien le tenemos confianza. Es aprender a delegar en cuerpos colegiados como los Consejos de Asuntos Económicos la selección y el control de quien deberá asumir el cargo de ecónomo o equivalente. Algo análogo a los Directorios de las sociedades anónimas que seleccionan al Director Ejecutivo de las mismas. Dirigir es hacer hacer. Hay que animarse a elegir un Consejo de Asuntos Económicos integrado por personalidades fuertes capaces de decirle tanto si como no a quienes los han designado. Los Consejos incondicionales no sirven, porque no aconsejan en tiempo y forma. ¿No habrá llegado la hora de que las diócesis tengan como administradores ejecutivos a laicos competentes remunerados con dedicación exclusiva?

2) Un problema que la Iglesia deberá enfrentar seriamente es el de la capacitación para el desempeño de un rol. Los que estamos a cargo de la enseñanza en las facultades o seminarios somos capacitados en universidades de prestigio para desempeñarnos idóneamente como profesores. Los títulos de Licenciado y Doctor lo certifican. Pero no existe una capacitación para desempeñarse como párroco o como obispo. Recibimos una formación general, pero no somos capacitados para gobernar. Las empresas económicas capacitan a sus gerentes en escuelas de negocios. Las Fuerzas Armadas tienen sus Escuelas de Guerra. Los funcionarios públicos tienen sus Escuelas de Gobierno o de Administración Pública. ¿No debería tener la Iglesia Escuelas de gobierno eclesial? ¿Son acaso suficientes los actuales talleres de una semana corta de duración para párrocos y obispos? ¿Y no debería considerarse seriamente la posibilidad de que antes de asumir, los nuevos párrocos y obispos siguieran por lo menos un curso intensivo trimestral de gobierno y administración eclesial?

3) Si se admite el principio de la corresponsabilidad y la delegación de autoridad en los organismos colegiados, queda pendiente aún la cuestión de los criterios pertinentes para la selección del ecónomo o director ejecutivo. El primero, y el más importante, es que debe ser idóneo para el cargo. Las empresas recurren a agencias especializadas para reclutar a sus ejecutivos. Las Fuerzas Armadas tienen sus Juntas de calificación. Las Universidades realizan concursos académicos. Mi impresión es que la Iglesia carece de proceso racional de selección. Generalmente el criterio predominante es la confianza que despierta la persona en quien lo elige. En la inmensa mayoría de los casos que conozco es un clérigo en las curias, y un laico amigo del párroco en las parroquias. Criterios que emplearía un jefe de familia

para administrar sus bienes personales, pero que no es admisible cuando lo que se administra son bienes públicos de la comunidad eclesial. Un poco de humildad socrática - saber que de esto no se sabe – contribuiría significativamente al logro de mejores resultados.

4) Aunque de vergüenza decirlo, es responsabilidad del administrador eclesial ser honesto. Esto implica, a mi juicio, tres cosas.

a) Primero no robar, es decir no quedarse con lo ajeno. Para ello hay que ser extremadamente escrupuloso en diferenciar lo que es propiedad personal del administrador de lo que pertenece a la institución que administra. Vimos antes que esto no es siempre el caso. Si bien la institución del “beneficio” ha sido suprimida, la mentalidad no ha corrido la misma suerte. Pero ocurre también que cuando no se cumplen las obligaciones de justicia conmutativa también nos estamos quedando con lo ajeno. En mi país la evasión impositiva y previsional son dos tumores que carcomen la solidaridad. En la Iglesia también se evaden las imposiciones, tanto las civiles como las eclesiales.

b) Ser honesto es no malversar los fondos. Si el gobierno ha dado un subsidio para comprar alimentos, no puedo destinar los fondos para pagar a una persona que los cocine. Si he pedido dinero para pagar el techo de una capilla, no puedo destinar ese dinero para una urgencia inesperada. El respeto a la voluntad del donante debiera ser un principio inviolable, pero debemos reconocer que no siempre se lo respeta. Como, por ejemplo, cuando una diócesis retiene el monto de una colecta nacional para Caritas durante meses.

c) Ser honesto es no mentir. Como este tema será retomado a propósito de la transparencia, me limito a señalar la facilidad con que mentimos en materia económica. Desde dar recibos de donaciones por montos mayores que los efectivamente desembolsados, hasta rendiciones falsas de cuentas.

Una espiritualidad encarnada no puede admitir una separación entre la conducta moral y la fe. Me parece que así como en materia sexual rige un tutorismo extremo, en materia económica rige un laxismo extremo. Es urgente cerrar esta brecha, que es por otra parte conocida por los laicos y les produce escándalo.

5) Un administrador debe rendir cuenta de su administración. En el evangelio encontramos muchos ejemplos, desde la parábola de los talentos (Mt.25,14-30) y la parábola del administrador fiel (Mt.24,45-51), hasta la del administrador deshonesto (Lc.16,1-8). ¿Rendir cuenta a quien? Desde el punto de vista espiritual la primera rendición de cuentas es en conciencia a Dios. Si mi oración a Dios fuera tan transparente como lo es su mirada hacia mí, las otras rendiciones de cuenta serían una tarea sencilla. Pero creemos, falsamente, que Dios no se interesa en estas cuestiones materiales, y entonces este capítulo no entra ni en nuestra oración ni en nuestro examen de conciencia previo a la confesión.

El Código de Derecho Canónico estipula que “los administradores rendirán cuentas a los fieles de los bienes que éstos ofrendan a la Iglesia”. Pero a mi juicio también deberían rendir cuenta de la administración de los bienes inmuebles que administran por cuenta y orden de la comunidad, ya que las rentas no les pertenecen. El objeto de la rendición no tiene sólo por objetivo probar que uno es honesto, sino también dar a conocer a la comunidad el balance de sus activos y deudas, y poder así hacerse una idea más aproximada de la calidad de la administración eclesial y de las posibilidades abiertas a la evangelización. Si el informe se extendiera a los bienes de renta se comprobaría en muchos casos la cantidad de bienes ociosos que tiene la Iglesia sin cumplir ninguna función social, y en otros casos contratos sospechosos de corrupción.

El tercer destinatario de la rendición de cuentas son los superiores o sucesores. En mis tres años de experiencia en el Programa Compartir de la Conferencia Episcopal Argentina he constatado que son poquitas las curias que reciben los informes económicos de las parroquias, puntual o impuntualmente. Y pocas las que los reclaman. Es habitual, también, escuchar de labios de obispos y de párrocos la queja por las deudas que les dejaron sus antecesores y que sólo descubren luego de asumir el cargo.

6) Todo lo contenido en los dos últimos puntos puede ser incluido en un concepto que los engloba: transparencia. Hasta ahora me he detenido especialmente en la dimensión moral del comportamiento de los administradores públicos de la Iglesia. Es preciso, sin embargo, advertir que en las grandes organizaciones sociales la transparencia no sólo se promueve por medio de códigos éticos que regulan la conducta de los funcionarios, sino por códigos de procedimientos de registración de ingresos y control de pagos que dificultan la deshonestidad y favorecen el control de la calidad de gestión.

Contar con un plan de cuentas homogéneo de ingresos y egresos permitiría comparar los resultados de las parroquias entre sí, como de las diócesis entre sí, además de poder consolidar a nivel diocesano las cuentas parroquiales. Elaborar un buen plan de cuentas suficientemente desagregado es una cuestión técnica que no admite improvisaciones, pero se transforma en una herramienta decisiva para el buen manejo de la administración eclesial. Con los medios que brinda la digitalización, cualquier obispo debería poder saber al instante el estado de las cuentas de su diócesis, del mismo modo que un director ejecutivo de una empresa que cuenta con varias sucursales sabe diariamente lo que pasa en ellas. Lograrlo no es una cuestión económica sino cultural. Hay que confiarle esta tarea a quienes son idóneos y están diariamente familiarizados con algo que para nosotros, los clérigos, nos es extraño. ¿Por qué no soñar un poco, y pensar que una diócesis puede tener todas sus cuentas en una página propia de la red, a la cual puedan acceder todos los fieles interesados? ¿Tenemos acaso algo que esconder? La conversión espiritual y cultural a la transparencia me parece uno de los pasos más difíciles a emprender en los próximos años.

7) El último paso indispensable de un administrador es evaluar la gestión de sus colaboradores a fin de medir su eficiencia en la consecución de los fines y en el uso de los medios. Para ello es indispensable elaborar un conjunto de indicadores que nos vayan informando de la marcha de la administración, de modo semejante a como el tablero de un auto o de un avión nos informa de lo necesario para llegar a destino sano y salvo. De ese modo no volaremos a ciegas. Evaluamos resultados económicos y pastorales para saber dónde estamos; evaluamos también a las personas para promoverlas o cambiarlas a fin de obtener mejores resultados. ¿No deberían las diócesis tener una gerencia de personal que atendiera a la capacitación de los miembros de su administración, tanto diocesana como parroquial?

Esta tarea interna debería ser complementada por una auditoría externa que certificara ante el Pueblo de Dios y la sociedad en su conjunto, que las cuentas de la Iglesia están en orden, y si no lo están saber qué debemos hacer para corregir lo imperfecto. La auditoría externa genera confianza, y ésta es la condición necesaria para solidificar el vínculo entre donantes y administradores. Los países y empresas que acuden al mercado de capitales en busca de dinero aceptan que sus cuentas sean auditadas. ¿Por qué no la Iglesia?

V.- El dinero en la pastoral eclesial

No deseo en esta exposición repetir lo que otros, con mayor autoridad, (cf. Compartir la multiforme gracia de Dios, CEA, 1998, cap.II) han escrito sobre la comunión de bienes en la Iglesia. La teoría está bien afirmada. ¿Pero qué pasa en la práctica? Leemos en *Gaudium et Spes*, 29: “resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros o los pueblos de una misma familia humana”. Reemplácese ahora miembros por parroquias, pueblos por diócesis, y familia humana por Iglesia, y tendremos una buena descripción de la realidad. Quedaría así: “resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre las parroquias y las diócesis de una misma Iglesia”.

Muchas veces me he preguntado por qué y para qué colaboro en la reforma económica de la Iglesia. Hoy creo conocer la respuesta. Es porque deseo que la evangelización de la Iglesia llegue a los

pobres, para que la proclamada opción preferencial por ellos no sea sólo declamada sino realizada. Para que “no amemos solamente con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad” (1Jn.3,18).

Tengo frecuentemente la impresión que los pastores de la Iglesia proclaman la doctrina social a los laicos para que la apliquen en la sociedad civil, pero nunca veo aplicada esta doctrina a la vida económica de la Iglesia de una manera consistente. Tomemos el caso del principio de solidaridad. Para Juan Pablo II la solidaridad no es “un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas”. Al contrario, es una virtud que consiste en “la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos” (S.R.S.38).

La organización económica de la Iglesia, tal como yo la veo, consiste en un conjunto de unidades estancas, las diócesis, las cuales contienen otras unidades estancas, las parroquias. Entre dichas unidades no existe ninguna norma de justicia distributiva que traduzca el principio de “que todos seamos verdaderamente responsables de todos”, ya que cada unidad es autosuficiente y no está gravada por imposiciones que redistribuyan la riqueza de sus miembros. Al interior de las diócesis no existe un verdadero sistema impositivo racional, porque los aportes que la curia demanda a las parroquias con sumas fijas o porcentajes fijos son imposiciones regresivas, es decir que castigan a los pobres. En ese sentido, el impuesto a las ganancias vigente en la sociedad civil es más justo porque tiene un mínimo no imponible y una escala progresiva de las imposiciones en función de los ingresos.

A esta especie de feudalismo territorial se agrega la independencia de las órdenes y congregaciones religiosas, por un lado, y los nuevos movimientos por el otro, sin que ellos tampoco participen en ningún esquema redistributivo. La consecuencia es que los ricos están abundantemente servidos, y a los pobres no les llega la palabra por parte de la Iglesia, a pesar de la inmensa generosidad de muchas personas que se entregan heroicamente, con escasos recursos, a su servicio. La consecuencia es la presencia creciente en dichos sectores de nuevos movimientos religiosos.

Pienso que para ejercer la virtud de solidaridad en la Iglesia sería importante revisar a fondo tanto el derecho que rige la organización en diócesis y parroquias, como la práctica de la solidaridad intra diocesana e interdiocesana. En una era en que el mundo se encamina a una unidad cada vez mayor, donde las soberanías absolutas de los Estados nacionales ceden su lugar a acuerdos regionales de integración, preludio de uniones más vastas, la comunión de bienes y personas en la Iglesia debería sufrir una transformación radical basada no sólo en la nota específicamente cristiana de la gratuidad, sino también en la de la justicia distributiva, para que los que tienen más contribuyan más en favor de los que menos tienen, no sólo por caridad sino por justicia. Una interpretación creativa de los cánones 1274 y 1275 abriría la puerta para ello.

* * *

Es hora de concluir. Lo haré enunciando los que creo conceptos centrales de mi exposición. Destino universal y comunión de bienes, corresponsabilidad, espíritu de servicio, pobreza de espíritu, desapego, mediaciones racionales, conversión espiritual y cultural, opción preferencial por los pobres.

Recension

El coraje de ser testigos

Testigos de esperanza

Mons. F.X. Nguyen van Thuan

Ciudad Nueva

Buenos Aires, 2001 - 249 pags.

Uno de los best sellers de los últimos meses ha sido el libro “Testigos de esperanza” que recoge los ejercicios espirituales predicados en el Vaticano en presencia de Juan Pablo II al comenzar la Cuaresma del año 2000 por monseñor François Xavier Nguyen Van Thuan, presidente del Pontificio consejo de la Justicia y de la Paz.

El arzobispo vietnamita fue creado cardenal en el histórico Consistorio del 21 de febrero del corriente junto con otros 43 preladados de todo el mundo.

No sin razón se ha dicho que no ha tenido necesidad de vestir los atuendos cardenalicios para conocer el significado del rojo de los mismos. Sabido es que, al ser investidos de esa dignidad, los elegidos se comprometen a “ser fieles hasta el derramamiento de su sangre”.

Durante trece años, en un perdido lugar de Vietnam del norte, su “catedral” fue una celda, sus fieles los otros presos y los carceleros, a algunos de los cuales logró convertir sólo con la fuerza de “poner la otra mejilla”.

La razón de todo ello fue haber sido nombrado arzobispo coadjutor de Saigon el mismo día (24 de abril de 1975) en que la capital de Vietnam del sur caía en manos del Vietcong.

El arresto, la detención y trece largos años de prisión de la cual fue liberado después de trece años culminaron con su elección, por parte de Juan Pablo II, como vicepresidente (1994) y después presidente (1998) del dicasterio vaticano encargado de la promoción de la justicia y la paz en el mundo.

Refiriéndose a su tarea en el mismo ha dicho: “en el primer lugar pongo la lucha contra la pobreza que no se encuentra solamente en los países del Tercer mundo. Lázaro se encuentra en todas partes y a menudo la pobreza es fruto de la falta de trabajo que origina otros fenómenos negativos como la criminalidad, el analfabetismo, las enfermedades, el AIDS. En Africa está disminuyendo la expectativa de vida y miles de millones de personas que viven con un dólar al día. Tenemos que tomar conciencia que la humanidad es una gran familia y dependemos los unos de los otros”.

Al recordar sus años de prisión dice que esa experiencia le enseñó que cuando nos parece que estamos abandonados y tratados injustamente como Jesús en la cruz es justamente cuando estamos más acompañados por Dios que nunca deja de ser fiel.

Ahora, como cardenal, promete “estar siempre cerca de los que sufren y en particular de aquellos que son perseguidos a causa del evangelio. Cuando estaba preso me confortaba saber que, como dicen los Hechos de los apóstoles, “toda la Iglesia oraba por Pedro”.

Es muy hermoso lo que dice cuando se encontró con la responsabilidad de predicar el retiro cuaresmal nada menos que al Papa y a toda la Curia romana: “los asiáticos no razonan mediante conceptos, narran una historia, una parábola y la conclusión brota claramente. Así hablaron Confucio, Buda y Gandhi y así hablaba también Jesús. Traté de hacerlo lo mejor que pueda pero el pobre cocinero no puede hacer nada sin el fuego: el Espíritu Santo”.

Van Thuan celebraba la misa con tres gotas de vino y una gota de agua en la palma de la mano y usaba como sagrario un paquete de cigarrillos en la cárcel.

Hoy es una de las figuras más representativas de la Iglesia que vale la pena conocer para afrontar los tiempos oscuros que nos toca vivir para que encontremos la fuerza interior que nos está haciendo

falta y que se sintetizan en la dedicatoria del libro: “a mi madre Elizabeht que me educó desde que estaba en su seno. Me enseñaba todas las noches las historias de la Biblia, me contaba las memorias de nuestros mártires, me enseñaba el amor a la tierra, me presentaba a Teresa del Niño Jesús como modelo de virtudes cristianas. Es la mujer fuerte que sepultó a sus hermanos, masacrados por los traidores, a los que luego perdonó de corazón. Cuando estaba en la prisión, era mi gran consuelo y les decía a todos: “recen por mi hijo para que sea fiel a la Iglesia y permanezca donde Dios quiera que esté”.

Pbro. Hugo W. Segovia.
Diócesis de Mar del Plata

Noticias

III° Encuentro Nacional de Sacerdotes

Villa Cura Brochero
2-6 de septiembre de 2002

Organizado por el Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros, se realizará el próximo año este tercer encuentro de sacerdotes.

De esta manera se continúa una convocatoria que nació en 1995. En aquel Primer Encuentro, durante los días 2 al 4 de agosto, se reunieron casi 400 sacerdotes de todo el país en torno a la figura y el legado pastoral del Cura Brochero.

La experiencia se repitió en septiembre de 1999. Allí el motivo fue renovar nuestro ministerio celebrando el Gran Jubileo. “Los sacerdotes como testigos de la misericordia del Padre” fue el tema que reunió a más de 350 sacerdotes.

En este Tercer Encuentro del año 2002, reflexionaremos sobre: “La Espiritualidad sacerdotal con ocasión de los 10 años de *Pastores dabo vobis*”, y será invitado Mons. Juan María Uriarte, que entre otras actividades fue Presidente de la Comisión Episcopal del Clero en la Conferencia Episcopal Española.

Esta será la segunda vez que Mons. Uriarte nos visita. Estuvo a cargo de las exposiciones del III° Encuentro Nacional de Responsables de Clero realizado en Cosquín en mayo de 1998, donde presentó las distintas etapas de la vida sacerdotal y las posibles vías de atención pastoral de cada una. En *Pastores* hemos publicado algunos de sus estudios, entre otros “Crecer como personas para servir como pastores” (*Pastores* 6, pag. 22) y “Madurar espiritualmente durante toda la vida” (*Pastores* 10, pag. 17)

Para más información comunicarse con:

Pbro. Gustavo Oscar Zanchetta
Secretario Ejecutivo de la CEMIN
Conferencia Episcopal Argentina.Suipacha 1034
C1008AAV Buenos Aires
fax 011-4328-9570 / 4322-4788
e-mail: cura@obisquil.org.ar

Taller para párrocos

Desde el año 1998 la Comisión Episcopal de Ministerios, a través del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros, viene organizando estos talleres, en donde con una metodología de intercambio, trabajo personal y en grupo, se busca ofrecer elementos formativos para la gestión de los párrocos en el campo pastoral, jurídico y organizacional.

Taller I:

La Parroquia desde una **Espiritualidad de Comunión.**

Gestión organizacional – Autoridad – Trabajo en equipo con las herramientas que brinda hoy la Psicología Social: Estilos de gestión organizacional. Estilos de liderazgo. Bases para el trabajo en equipo. Consejos pastorales.

Instrumentos de Gestión Económica: El párroco en su rol de administrador. A cargo de “Proyecto Compartir”

Iluminación desde **la Teología Pastoral** y el **Derecho Canónico** durante el desarrollo del Taller.

Metodología:

A través del método de “taller”, se trata de una semana de capacitación para la conducción a partir de las experiencias compartidas con un facilitador del diálogo para reconocer los desafíos que se nos presentan en la actualidad y proponer caminos de solución.

Taller II:

Este taller consiste en una semana de reflexión personal y grupal a partir de temas y dinámicas orientados a la búsqueda, comprensión y aceptación de uno mismo, con el objetivo de lograr un crecimiento personal, desde las propias posibilidades, fortaleciendo las que tienen que ver con la tarea de ser Pastor en un ámbito concreto como es la Parroquia.

Este taller fue surgiendo a partir de las inquietudes de aquellos que hicieron el Taller I, sobre todo la necesidad de entender y revisar los procesos que se iban dando en el ejercicio del rol de párroco. No siempre es fácil este ejercicio del rol y en muchos casos tiene más que ver con uno mismo que con lo externo (llámese a esto habilidades a adquirir, personas, contexto, etc.) si bien lo externo condiciona. Este taller busca descubrir qué nos pasa con lo que hacemos y con nuestras limitaciones; es un camino de autoconocimiento desde nuestra tarea de párrocos, que puede ayudar para un crecimiento interior. Todo esto realizado en el marco de una espiritualidad evangélica desde la figura Cristo, Buen Pastor. Este Taller II (ya se realizó el año pasado) se ofrece a quienes ya hicieron el Taller I.

Quienes deseen ampliar esta información o ponerse en contacto con el Secretariado Nacional de FPP pueden dirigirse personalmente o por correo a Suipacha 1034 - 1008 Buenos Aires. Teléfono: (011) 4328.0859 /2015/ 5823/ 0993; fax: (011) 4328.9570

Fechas:

Taller I

- ◆ 1 al 5 de Julio, en Córdoba.

Taller II

(Para aquellos que ya hicieron el Taller I)

- ◆ 6 al 10 de mayo, en Buenos Aires.
- ◆ 14 al 18 de octubre, en Córdoba.